
EL VEREDICTO
DEL
MULTIMILLONARIO
G.R. OLIVEIRA

EL VEREDICTO DEL MULTIMILLONARIO: UN ROMANCE INTENSO ENTRE ACUSACIONES FALSAS Y SEGUNDA OPORTUNIDAD (2026)

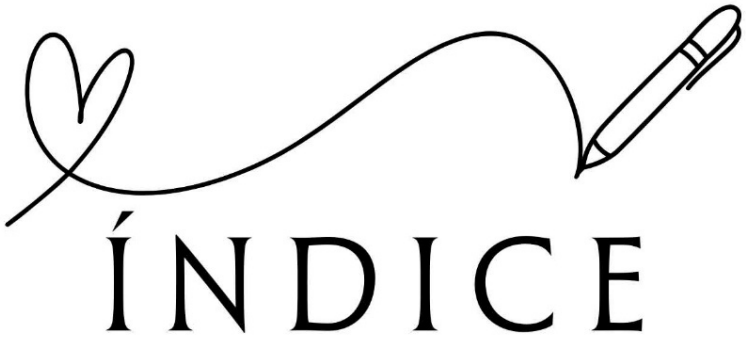
Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Esta obra sigue las normas ortográficas de la Real Academia Española.

Todos los derechos están reservados y protegidos por la ley n.º 9.610, de 10 de febrero de 1998.

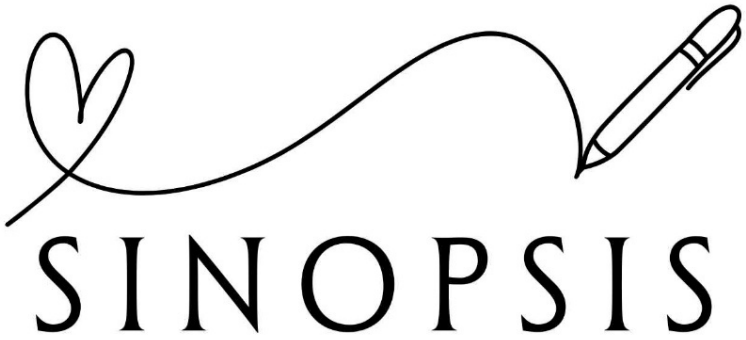
Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito del autor.



ÍNDICE
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR



«La pieza más valiosa de Italia ha desaparecido. Y todas las pruebas señalan a la nueva empleada.»

CHIARA FERRARI

Crucé media Italia por este trabajo.

Dejé Florencia, a mi padre enfermo y todo lo que conocía por un puesto en el departamento de gemología del Gruppo Riccardi — el templo de la alta joyería en Roma. Era el sueño de mi vida. La oportunidad de demostrar que la nieta de la nonna podía llegar lejos.

Duró una semana.

Siete días. Ese fue el tiempo que pasó entre mi primer día y la desaparición de la joya más valiosa de la casa — de una caja fuerte abierta sin forzar, en una sala donde encontraron mis huellas.

Acusada. Despedida. Convertida en titular de prensa.

Y el hombre que firmó mi sentencia fue Lorenzo Riccardi. El CEO. El mismo hombre arrogante del ascensor, el dueño de esos ojos de ámbar que me desarmaron desde el primer día.

Ahora ningún laboratorio de Italia me contrata. Solo me queda una salida: demostrar mi inocencia.

Aunque, para eso, tenga que estar cerca del hombre que destruyó mi nombre.

LORENZO RICCARDI

Construí el Gruppo Riccardi sobre una sola regla: no dejar jamás que el corazón opine en los negocios. Firmé su despido como he firmado mil decisiones más. Limpio. Frío. Definitivo.

Entonces, ¿por qué no consigo dejar de pensar en la mujer que me plantó cara con la barbilla bien alta mientras su mundo se derrumbaba?

La verdad está enterrada en algún lugar, entre una caja fuerte violada y una familia llena de secretos.

Y cuanto más hondo excavo, más peligroso se vuelve — para mi imperio, para mi familia…

…y para mi corazón.

«El único crimen que cometió fue robarle el corazón al hombre que la condenó.»

✓ Enemies to Lovers ✓ Multimillonario / CEO ✓ Acusada Injustamente ✓ Misterio y Secretos ✓ Cenicienta al Revés ✓ Slow Burn Emocional

** El veredicto del multimillonario es el segundo volumen de la serie Multimillonarios Despiadados. Cada libro sigue a un magnate diferente y puede leerse de forma independiente.*



CAPÍTULO 1

«Un zafiro puede parecer perfecto por fuera y guardar una fractura justo en el centro de la estrella. Aquella mañana todavía creía saber separar lo que brilla de lo que hiere.»

CHIARA FERRARI

El edificio del Gruppo Riccardi no parecía un lugar de trabajo.

Parecía un templo.

Mármol claro hasta donde alcanzaba la vista, techos de catedral, una puerta giratoria de cristal que devolvía el reflejo de toda Roma a mis espaldas.

Me detuve en la acera un segundo más de lo debido, solo para respirar.

En Florencia, el mayor lujo que conocía era el olor a pan caliente que subía de la panadería que había debajo de mi casa.

Allí, el lujo olía a dinero antiguo y a flores caras.

—Ánimo, Chiara —murmuré para mí misma.

El móvil vibró en el bolsillo. Ya sabía quién era antes de mirar.

—Papà…

—¿Has entrado? —La voz de mi padre sonó ronca, con ese tono de quien finge calma y no engaña a nadie—. ¿Va todo bien por ahí, piccola?

—Todavía estoy en la puerta. —Apreté la correa del bolso contra el hombro con más fuerza de la necesaria—. Voy a entrar ahora, te lo juro.

—No olvides quién eres. —Hizo una pausa que me sabía de memoria—. Tu nonna estaría muy orgullosa.

—Te llamo a la hora de comer. Y tómate la medicina, papà.

Colgué antes de que mi voz traicionara lo que sentía.

No podía llorar el primer día. No en la acera, justo delante de aquella puerta.

Casi cuatro años cuidándolo sola. El puesto de mis sueños a casi trescientos kilómetros de casa.

No había cruzado media Italia para rajarme delante de una puerta giratoria.

Ese era el problema de los sueños: nunca avisaban de cuánto iban a costar.

El alquiler de una habitación en Roma se tragaba la mitad del sueldo antes incluso de que llegara a mi cuenta. La otra mitad iba a

Florencia, a las medicinas, a la casa en la que había crecido y que ahora dependía solo de mí.

No podía fallar.

Enderecé los hombros y entré. El aire acondicionado me engulló entera.

La recepcionista, impecable, me evaluó de arriba abajo en un único movimiento ensayado. Mi blazer era el mejor que tenía. Por su cara, no bastaba.

—Chiara Ferrari. Departamento de gemología. Primer día.

Tecleó, tardó a propósito y empujó una acreditación provisional hacia mí como quien concede un favor.

—Planta doce. El ascensor de la derecha. —Una pausa mínima—. Los demás son privados, signorina.

Claro. Porque tengo pinta de meterme en el ascensor equivocado a propósito.

Me guardé el gesto de poner los ojos en blanco para cuando le diera la espalda.

Ya llegaba tres minutos tarde. Y el ascensor de la derecha parecía decidido a parar en todas las plantas del universo antes de subir.

Cuando las puertas se abrieron en la planta baja una vez más, entró un hombre.

Y todo el espacio pareció encogerse a la mitad.

Era alto de un modo casi descortés, del tipo que te obliga a levantar la barbilla solo para mirarlo, y ocupó el ascensor como si el espacio se hubiera construido demasiado pequeño para él. El traje oscuro caía sin una sola arruga sobre unos hombros anchos —de esos que llenan la ropa por mérito propio— y el cuello abierto de la camisa dejaba a la vista la línea firme de la garganta. Manos grandes, dedos largos, un reloj en la muñeca que valía más que todo

un año de mi alquiler. El maxilar era duro, marcado por una sombra de barba, una mandíbula que parecía diseñada para decir que no. Y los ojos —ámbar, casi dorados— me recorrieron despacio, de arriba abajo, antes de devolverme a mi sitio, como una parte más de la pared.

Sentí su perfume invadir el poco aire que quedaba entre nosotros: madera, algo caro y oscuro.

El corazón se me aceleró sin pedir permiso, y lo detesté al instante.

Las puertas empezaron a cerrarse y apreté con fuerza el botón de la planta doce.

—Las prisas suelen estropear más cosas de las que arreglan.

Su voz era grave, baja, sin ninguna intención de resultar simpática.

—Qué bien que tenga usted tiempo de sobra para filosofar dentro de un ascensor. —Me crucé de brazos—. Algunos aquí trabajamos.

Algo cambió en la comisura de su boca. No llegó a ser una sonrisa. Fue casi peor.

Diversión. Como si yo fuera una niña con una rabieta.

—¿Trabajas aquí? —Sus ojos bajaron hasta la acreditación provisional de mi pecho y se quedaron ahí medio segundo más de lo que habría sido educado—. No lo parece.

Sentí que me hervía la sangre.

—Ya. Yo tampoco esperaba compartir ascensor a primera hora con alguien tan... —busqué la palabra con falsa dulzura— ...encantador.

No respondió de inmediato. Se limitó a mirarme, con la calma de quien está acostumbrado a ganar cualquier discusión con el silencio.

—Planta doce —anunció el ascensor, con una voz femenina y neutra, como si no acabara de salvarme.

Las puertas se abrieron. Salí con la cabeza alta, sintiendo su mirada en la espalda hasta el último centímetro.

Idiota arrogante.

Respiré hondo.

Olvídalo. Ni siquiera vas a tener que volver a ver a ese hombre.

La planta doce era otro mundo.

Vitrinas de cristal templado, luz blanca calibrada para no mentir sobre ningún color, y el murmullo bajo de gente hablando de quilates como quien habla del tiempo.

Era allí donde soñaba con estar desde niña, inclinada sobre los libros de mi nonna.

Pasé junto a una mesa de trabajo y, sin pensarlo siquiera, mis ojos volaron hacia la lupa olvidada al lado de un lote de piedras en bruto.

Reconocí la inclusión en una de ellas solo por cómo se quebraba la luz en su interior.

Turmalina, con fractura interna.

Llevaba años así: las gemas me hablaban en una lengua que entendía antes de cualquier palabra. Con la gente, siempre fue más difícil.

Una chica con bata vino hacia mí, con una carpeta en el brazo.

—Debes de ser Ferrari. Me llamo Sofia. —Me entregó una segunda acreditación, esta definitiva—. Bienvenida al caos. Estamos a tope con el relanzamiento, así que aquí nadie duerme desde hace semanas.

—¿Relanzamiento?

—La colección homenaje. —Sofia bajó la voz con una reverencia casi religiosa—. La Stella. La pieza central está en aquella caja fuerte del fondo. Un zafiro estrella. Lo verás de cerca; es lo más bonito que ha producido esta casa.

Me hormiguearon los dedos solo de oírlo.

Un zafiro estrella de verdad. En siete años inclinada sobre piedras, nunca había estado cerca de uno.

—Algún día quiero tener mi propio taller —se me escapó, y me sentí tonta por decir aquello en voz alta el primer día.

Sofia soltó una risa, sin ninguna maldad.

—Todo el mundo aquí empezó con ese sueño. —Tiró de mí por el pasillo—. Ven, antes de que...

Se detuvo a media frase, y toda la planta pareció cambiar de temperatura.

Las conversaciones bajaron de golpe. Alguien se enderezó. A través de la cristalera del pasillo, vi a un hombre cruzar la sala principal: alto, traje oscuro impecable, mandíbula de piedra.

El aire huyó de mis pulmones.

—¿Quién es...? —Mi voz sonó demasiado fina.

—El dueño —susurró Sofia, con los ojos clavados en él en una mezcla de miedo y devoción—. Lorenzo Riccardi. No te cruces en su camino, Chiara. Dicen que destroza a la gente por deporte.

No conseguía mover ni un músculo.

Porque el hombre que acababa de tratarme como a una impostora dentro de aquel ascensor, el hombre que juré no tener que volver a ver en la vida, era el dueño de cada centímetro de mármol de aquel lugar.

Bienvenida a Roma, Chiara.



CAPÍTULO 2

«Quince centímetros de acero entre el mundo y lo que quedaba de ella. Yo lo llamaba seguridad. No era más que miedo con otro nombre.»

LORENZO RICCARDI

Roma se extendía allá abajo como un tablero que ya había aprendido a jugar con los ojos cerrados.

Desde mi planta —la última, siempre la última—, la ciudad parecía pequeña. Cúpulas, tejados color de óxido, el verde de Villa Borghese a lo lejos.

Había construido lo suficiente para mirar todo aquello desde arriba. Y, aun así, unas plantas más abajo había una puerta al final de un pasillo que todavía me obligaba a respirar hondo antes de abrirla.

La sala de la caja fuerte.

Bajé hasta la planta doce. Tecleé el código que nadie más conocía por completo.

El panel parpadeó en verde. El acero cedió con aquel chasquido grave, casi litúrgico.

Allí dentro, bajo la luz fría, La Stella.

El zafiro reposaba en el centro del collar como si hubiera venido del cielo y no de una mina. Cuando la luz incidía en el ángulo justo, la estrella se encendía: seis brazos de luz cruzando el azul, el asterismo perfecto que solo una piedra entre miles llevaba consigo.

Mi madre pasó tres años diseñando aquella pieza, pero no vivió para verla terminada.

Yo tenía veintipocos años cuando murió, y desde entonces el Gruppo Riccardi creció diez veces, abrió plazas en tres continentes, compró competidores que un día me miraron por encima del hombro.

Nada de aquello la trajo de vuelta.

Con todo, La Stella era lo más cerca que llegaba de su letra: de cómo ladeaba la cabeza ante una gema en bruto y decía que toda piedra tenía un alma esperando a ser liberada.

Sentimentalismo.

Cerré la caja fuerte.

La piedra es carbono y presión. Lo demás son historias que uno se cuenta para soportar la pérdida.

Era lo que me repetía a mí mismo. Casi siempre funcionaba.

La confianza era un lujo que había dejado de permitirme.

Años atrás, una mujer se sentó en la silla frente a la mía, sonrió, firmó el contrato de confidencialidad y, en dieciocho meses,

vendió nuestros procesos a la competencia como quien vende fruta en el mercado.

No lo vi. Yo, que lo veía todo. La lección entró de la peor manera: las personas más peligrosas son siempre las que uno deja entrar.

Desde entonces, cada rostro nuevo en mis pasillos era una variable hasta que se demostrara lo contrario.

Y faltaban semanas para el relanzamiento. Semanas para exponer La Stella al mundo. El peor momento posible para abrir las puertas a desconocidos.

Me pasé la mano por el pelo e intenté no pensar en ello.

—Tienes esa cara —dijo Massimo, sin levantar los ojos del vaso—. La cara de quien ha dormido aquí otra vez.

Estaba repantingado en el sillón de cuero de mi despacho como si fuera suyo, el traje arrugado de quien ha venido directo de la inauguración de un hotel en alguna costa que no recordaba cuál.

Massimo Greco era la única persona en el mundo que entraba en mi despacho sin avisar.

—Algunos trabajamos —dije.

—Algunos vivimos. —Levantó el vaso en un brindis perezoso —. Deberías probarlo algún día. Dicen que es agradable.

Me serví café en vez de responder.

Fuera, la tarde caía sobre Roma en un dorado que mi madre habría llamado color topacio. Massimo me observaba por encima del vaso con esa atención de quien finge no estar prestando ninguna atención.

Lo hacía. Leía a las personas como yo leía una hoja de cálculo. Era lo que lo hacía bueno en los negocios e insoportable como amigo.

—¿El relanzamiento va en plazo?

—Todo va en plazo. Siempre.

La puerta se abrió sin avisar otra vez.

—Lorenzo, necesito tu firma en el seguro de la... —Vittoria se detuvo al ver a Massimo, y su sonrisa se ajustó en el rostro como una joya cambiada de estuche—. No sabía que estabas acompañado.

Mi prima cruzó la sala con la elegancia de siempre. Vittoria había crecido conmigo: dos críos correteando por los pasillos de este mismo edificio, cuando el Gruppo aún era solo mi abuelo y un sueño demasiado grande.

Hoy se ocupaba de todo el patrimonio histórico de la casa. Conocía cada pieza, cada caja fuerte, cada código mejor que nadie. Confiaba en ella como se confía en la propia sangre.

Deslizó la carpeta sobre mi mesa y se quedó ahí, dudando de un modo que no encajaba con ella.

—¿Puedo decirte una cosa? —Vittoria bajó la voz—. Sobre la nueva contratación. La chica de Florencia, la del departamento de gemología.

Massimo arqueó una ceja. Yo no dije nada, dejé que el silencio hiciera la pregunta por mí.

—Es solo que... —Escogió las palabras con cuidado—. Faltando tan poco para la exposición, con La Stella ahí al fondo de aquella planta, traer a gente de fuera que nadie conoce bien... no sé. Me incomoda. Solo eso.

—Ha pasado por todos los filtros —dijo Massimo, girando el vaso entre los dedos—. Currículum limpio, buenas referencias. Por lo que me han contado, entiende de piedras más que la mitad de esta planta.

—Las referencias también se compran —respondió Vittoria, dulce.

Las referencias también se compran.

Yo conocía esa verdad en carne propia.

La chica de Florencia. Tardé un segundo en encajar la pieza en su sitio.

Rizos oscuros mal domados. Una acreditación provisional torcida sobre un blazer barato. Y una boca irónica, de lengua demasiado afilada para el primer día de trabajo, que me había devuelto cada pulla sin bajar la mirada.

Algunos aquí trabajamos.

Casi había sonreído en aquel ascensor. Casi. Hacía años que nadie me contestaba de aquella manera, sin miedo, sin adulación, con la barbilla alta como si el problema fuera yo y no ella.

Apreté los puños sobre la mesa sin darme cuenta.

Me había fijado en su boca. Eso ya era un problema.

No era atracción. Hacía mucho que no me permitía ese tipo de distracción. Era irritación; solo podía ser la irritación de alguien que se había atrevido a plantarme cara dentro de mi propia casa.

Así que es ella.

—Vittoria. —Me levanté—. Tienes razón en una cosa. Gente nueva cerca de La Stella es un riesgo que no corro a ciegas.

El alivio le pasó rápido por el rostro.

—Por eso —continué— quiero a la chica en la catalogación de la colección. Bien cerca, donde pueda ver con mis propios ojos exactamente lo que hace.

La sonrisa de Vittoria vaciló medio segundo antes de recomponerse. Massimo, en cambio, esbozó una sonrisa amplia, divertido por algo que yo aún no había entendido.

—A los amigos, cerca —murmuró—; y a los enemigos, más cerca aún.

No es mi enemiga, pensé. Todavía no he decidido qué es.

Y esa indecisión, lo sabía, era lo más peligroso que me había pasado en años.



CAPÍTULO 3

«Hay un frío que llega envuelto en cordialidad, sonriendo *de oreja a oreja. Tardé en aprender que ese es el más peligroso de todos.»*

CHIARA FERRARI

Una semana dentro del Gruppo Riccardi y ya había aprendido tres cosas.

La primera: el café de la máquina de la planta doce era mejor que cualquier cosa que pudiera permitirme en Roma.

La segunda: allí nadie daba los buenos días antes de la tercera taza.

Y la tercera, la más importante de todas: Lorenzo Riccardi había decidido que yo sería su problema personal.

Catalogación de la colección. Fue lo que dijeron cuando me pasaron la carpeta el segundo día.

Qué suerte tienes, Ferrari.

Sofia lo había dicho con envidia sincera. Lo que nadie explicó fue que catalogación de la colección significaba trabajar bajo su mirada, con él bajando de la última planta cada dos por tres y rondando mi pasillo sin motivo aparente.

Aquella mañana se había parado detrás de mí sin que yo oyera sus pasos.

—Ha clasificado esta como turmalina rosa.

No me volví enseguida. Terminé primero la anotación.

Que espere.

—Porque es turmalina rosa.

—La ficha del proveedor dice que no.

—La ficha del proveedor está equivocada. —Entonces sí giré la silla, con la lupa todavía en la mano—. Es turmalina, sí, pero tiene zonas de color. Mírela al trasluz, en el sentido del eje. Hay un rosa que se vuelve casi incoloro por un lado. Eso cambia el valor. Quien compró esto como rosa puro pagó demasiado.

Por un segundo —solo uno— algo cruzó sus ojos ámbar. No era irritación.

Era sorpresa.

Cogió la piedra, la levantó contra la ventana, la giró en el ángulo exacto que yo había indicado y no dijo nada más. Solo

devolvió la gema a la bandeja y se marchó, con ese andar de quien nunca ha necesitado pedir permiso para existir.

El corazón me latía acelerado y me negué a investigar el motivo.



—A ver si lo he entendido. —Bianca se metió en la boca un trozo de focaccia demasiado grande y habló con la boca llena, porque los modales nunca fueron lo suyo—: El hombre más rico de Roma se pasa el día entero rondando tu mesa y tú crees que es porque te odia.

—No lo creo. Lo sé. —Pinché la ensalada con más violencia de la que merecía—. Tenías que haberle visto la cara en el ascensor, amiga. Me miró como quien mira una mancha en la alfombra.

La trattoria cerca de la galería donde trabajaba Bianca se llenaba a la hora de comer. Los camareros pasaban haciendo equilibrios con los platos, alguien reía a carcajadas en una mesa del fondo, y el olor a salsa de tomate y albahaca era lo más parecido a mi casa que había encontrado en Roma.

Bianca era mi mejor amiga desde los tiempos de la universidad, la única persona en aquella ciudad que conocía el sonido de mi risa de verdad.

—Una mancha en la alfombra —repitió, saboreándolo—. Chiara, cariño. Ningún hombre se obsesiona con una mancha en la alfombra. Un hombre manda que la limpien y se olvida.

—No está obsesionado.

—Te sacó de un departamento entero y te plantó delante de su propio despacho. —Levantó el vaso de agua como si fuera vino—.

Eso no es odio, mi amor. Eso es un hombre que no puede dejar de mirar y está muy cabreado consigo mismo por ello.

Puse los ojos en blanco.

—Lees demasiadas novelas.

—Y tú lees demasiada piedra. Cada una con su poesía. —Bianca se limpió la boca con la servilleta y se puso seria un instante, algo tan raro en ella que me asustó—. ¿Cómo está tu padre?

Un nudo en el pecho me pilló por sorpresa.

—Cansado. Cabezota. —Forcé una sonrisa—. Igualito que yo. Lo llamé ayer y me juró que se había tomado la medicina. Tenía esa voz de quien no se la ha tomado.

Bianca alargó la mano por encima de la mesa y apretó la mía.

—Lo estás haciendo por él. No lo olvides cuando ese hombre te mire mal. —Sonrió de nuevo, volviendo a su tono de siempre—. Y cuando por fin te bese, quiero detalles. Todos. Incluidas las medidas de los hombros.

—No va a haber ningún beso.

—Ya, ya...



La tarde tenía ese silencio denso del final de la jornada cuando ella apareció.

Estaba sola en la mesa de catalogación, con la luz ya dorada entrando de lado por los cristales, cuando una mujer se detuvo frente a mí. Alta, rubia de un rubio caro, vestida de un modo que hacía que mi mejor blazer pareciera un trapo de fregar.

Me observó un instante antes de sonreír, y su sonrisa llegó a los labios sin pasar nunca por los ojos.

—Tú debes de ser Chiara. —La voz era suave, pulida—. Vittoria Riccardi. Me ocupo del patrimonio de la casa.

Riccardi.

—Encantada —dije, levantándome para estrecharle la mano.

Sus dedos estaban fríos. El apretón duró exactamente el tiempo justo para no significar nada.

—Me he enterado de que Lorenzo te ha puesto en la catalogación. —Paseó la mirada por mi mesa, por las fichas, por las gemas alineadas—. Qué interesante. No suele confiar piezas tan importantes a gente tan reciente.

Gente tan reciente.

Había una aguja clavada justo en medio de aquella frase dulce.

—Me esfuerzo por merecer la confianza —afirmé, manteniendo la voz neutra.

—Estoy segura de que sí. —Vittoria cogió una de las piedras de mi bandeja sin pedir permiso, la giró entre los dedos con una intimidad que decía esto es mío, no tuyo, y la devolvió fuera de sitio —. Es que el patrimonio de esta casa es delicado, ¿sabes? Hay piezas de valor incalculable, cosas que pertenecen a la familia. Sería una pena que alguien de fuera se confundiera sobre lo que se puede y lo que no se puede tocar.

—Sé exactamente lo que puedo tocar —dije, devolviendo la piedra a su sitio con cuidado, justo delante de ella.

Por una fracción de segundo, su sonrisa se endureció.

—Claro que lo sabes. —Retrocedió un paso, perfecta de nuevo—. Bienvenida al Gruppo, Chiara. Estoy segura de que vamos a vernos mucho por aquí.

Y se marchó, con el perfume caro flotando en el aire después de que ya hubiera desaparecido.

Me quedé quieta, con el corazón latiendo de forma extraña, sin saber muy bien qué había pasado.

No fue una amenaza. No hubo nada que yo pudiera repetir y que sonara a ataque. Había sido solo una conversación y, aun así...

¿Por qué siento que acaban de avisarme de algo?

Miré la bandeja de piedras que tenía delante, todas en su sitio, todas catalogadas, todo en orden.

Y, aun así, un nudo en el estómago me decía que acababa de pisar un terreno donde había reglas que nadie iba a enseñarme.



CAPÍTULO 4

«Basta un punto de luz para despertar la estrella dormida dentro de un zafiro. Me pasé el día entero fingiendo no haber visto encenderse la mía.»

CHIARA FERRARI

Trabajar con Lorenzo Riccardi cerca era como catalogar piedras durante un terremoto discreto.

No hacía ruido, no daba órdenes a gritos. Simplemente bajaba a mi planta sin avisar, varias veces al día, y el aire entero parecía reorganizarse en torno a aquella presencia.

Había empezado a reconocer sus pasos por el ritmo. Odiaba saber que los reconocía.

Aquella tarde bajó y vino hacia mí.

—Necesito la evaluación técnica de la pieza central antes de la exposición. —Dejó la carpeta en la mesa sin ceremonias—. Hoy.

—Buenos días a usted también.

—Son las tres de la tarde, signorina Ferrari.

—Lo sé. Estaba siendo generosa. —Arqueé una ceja—. ¿Qué pieza central?

Algo se endureció en su mandíbula.

—La Stella.

Ya había visto fotos, todo el mundo en el sector las había visto. Pero nada me preparó para el instante en que abrió el estuche sobre la mesa y la cosa estaba allí, de verdad, a medio palmo de mis manos.

El zafiro era del tamaño de una nuez, de un azul tan profundo que parecía haberle robado el color a un cielo nocturno y haberlo encerrado dentro para siempre.

Me quedé sin aire.

—¿Puedo? —pregunté, y la voz me salió más baja de lo que quería.

Él se limitó a asentir, con los brazos cruzados, vigilando cada movimiento mío como si yo pudiera hacer que la piedra se evaporara en el aire.

Me puse los guantes de algodón con una calma estudiada, para que no viera que las manos querían temblarme.

No era el hombre.

Era la pieza. Tenía en las manos probablemente el objeto más valioso que tocaría en toda mi vida, y había una parte de mí, la parte que aún era la niña inclinada sobre los libros de la nonna en Florencia, con ganas de gritar de pura felicidad.

Cogí la linterna de punto y apagué la luz ambiente. La sala se sumió en una penumbra azulada. Acerqué el haz desde un único ángulo, despacio, girando el zafiro un milímetro cada vez, conteniendo la respiración sin darme cuenta.

Y entonces despertó.

Seis brazos de luz brotaron del centro de la piedra y cruzaron la superficie en una estrella perfecta, viva, que se deslizaba a medida que yo movía la linterna.

Una estrella atrapada dentro de un zafiro. El asterismo.

—Dios mío —susurré, y esta vez no me importó que lo oyera —. Son agujas —continué, más para mí que para él—. Microscópicas. Rutilo, cristalizado dentro del zafiro en tres direcciones mientras la piedra se formaba, a lo largo de millones de años. Cuando la luz incide en el ángulo justo, cada conjunto de agujas devuelve una línea. Tres conjuntos, seis brazos. —Moví la linterna y la estrella acompañó el gesto, obediente—. La mayoría de las estrellas están torcidas. Tienen un brazo débil, les falta un brazo. Esta es simétrica. Perfecta. Nunca había visto una así de cerca. Puede que no exista otra igual en el mundo entero.

Me quedé un instante más hipnotizada antes de hablar de nuevo, más bajo:

—Mi abuela decía que la piedra buena no es la más cara. Es la que ha esperado toda la vida a alguien capaz de ver lo que guardaba dentro.

Cuando levanté los ojos, él ya no miraba el zafiro. Me miraba a mí.

Y había algo en aquel rostro que yo nunca había visto ahí. No era el desdén del ascensor, no era la frialdad del jefe.

Era casi... dolor. Como si yo hubiera tocado, sin querer, un lugar profundo que él mantenía cerrado a cal y canto.

Sus labios se entreabrieron, como si fuera a decir algo.

Esperé. Durante un segundo entero, esperé. Pero se tragó lo que fuera y apartó la mirada.

El silencio de la sala se volvió pesado, vivo, casi tan presente como la estrella en la piedra. Fuera, en la planta, alguien se rió de algo lejano, y el sonido llegó amortiguado, de otro mundo.

Aquí dentro solo existíamos nosotros dos y un zafiro de cuatro mil millones de años sobre una mesa; y yo, idiota, con el corazón martilleando como si fuera la primera vez que me quedaba a solas en una sala con un hombre.

—El informe. —La voz le salió ronca antes de endurecerse—. Lo necesito firmado.

—Claro —dije, y extendí la mano hacia el zafiro en el mismo instante en que él extendía la suya.

Para guardarlo, para protegerlo, ni yo lo sé.

Entonces, de repente, nuestros dedos se encontraron sobre la piedra. Y fue como tocar un cable pelado.

Un escalofrío me subió por toda la espina dorsal, rápido, eléctrico, vergonzoso. Su mano estaba caliente de un modo absurdo al lado del zafiro frío.

Él no se apartó. Yo tampoco, y esa fue la parte que me asustó.

Sus dedos se demoraron sobre los míos el tiempo de un latido, de dos, de tres que conté sin querer. Sentí su perfume invadirme las fosas nasales de tan cerca, madera y algo caro y oscuro, y el mundo se encogió hasta caber en aquel palmo de mesa. Los ojos ámbar a centímetros de los míos. Su respiración, baja, en el mismo compás descompasado que la mía.

El corazón se me disparó de un modo que no sería capaz de explicarle a Bianca ni aunque lo intentara toda la noche.

No, no, no.

Retiré la mano como si el zafiro me hubiera quemado.

—Yo... entrego el informe antes de las seis —dije, azorada, recogiendo la linterna que no hacía falta recoger.

Lorenzo se irguió. La máscara volvió a su rostro tan rápido que llegué a dudar de haber visto nada por debajo de ella.

—Bien. Solo a mi correo.

Y salió, llevándose La Stella, el perfume y el terremoto discreto con él.

Me quedé sola en la sala, con la mano todavía hormigueando, mirando el lugar exacto donde la estrella se había encendido segundos antes.

No podía, de ninguna manera, estar empezando a sentir lo que estaba empezando a sentir por aquel hombre.

Me había humillado en un ascensor. Creía que yo era una intrusa. Y, encima, era mi jefe: el tipo de complicación que le cuesta el empleo a una mujer y nunca al hombre.

Sabía todo eso.

Me repetí cada punto como quien reza un rosario.

Pero la verdad —esa que no admitiría ni bajo tortura— era que, por primera vez desde que pisé Roma, no había sido la piedra lo más vivo de aquella sala.



CAPÍTULO 5

«Me pasé la vida eligiendo la temperatura de cada estancia dentro de mí. No contaba con que alguien fuera capaz de encender una chimenea sin siquiera pedir permiso.»

LORENZO RICCARDI

El informe llegó a mi bandeja de entrada a las cinco y cuarenta y dos.

Dieciocho minutos antes del plazo.

Impecable. Técnico, preciso, sin una coma fuera de sitio, y con una observación a pie de página sobre la orientación del asterismo que tres tasadores antes que ella nunca habían registrado.

Debería haberme dejado satisfecho. En cambio, cerré el portátil con más fuerza de la necesaria.

El problema con Chiara Ferrari no era su trabajo. Habría dado cualquier cosa por que el problema fuera su trabajo.

El mal trabajo sabía resolverlo: bastaba un despido, un correo, y la vida seguía.

El problema era lo demás.

Todavía sentía el calor de sus dedos sobre los míos, horas después.

Ridículo.

Era un hombre de cuarenta años que había estrechado mil manos, cerrado mil contratos, y ninguna de ellas me había dejado la piel ardiendo como aquella cría insolente de Florencia, con la lupa en una mano y la lengua demasiado afilada en la otra.

Y estaba la frase...

La piedra buena es la que ha esperado toda la vida a alguien capaz de ver lo que guardaba dentro.

Casi lo mismo que decía mi madre. Palabras distintas, la misma alma.

Por un segundo, dentro de aquella sala, había olvidado cómo se respiraba.

La llamé a mi despacho al final del día. Me dije que era por el informe.

Era mentira, y sabía que era mentira, y aun así apreté el botón del interfono.

Entró con aquella barbilla alta.

—Me ha llamado...

—La observación a pie de página. —Empujé una copia impresa sobre la mesa, fingiendo desinterés—. No la contrataron

para reevaluar el trabajo de quienes vinieron antes.

—Me contrataron para hacer el mío. —Se cruzó de brazos—. Si el trabajo de quienes vinieron antes estaba mal, no me toca a mí fingir que estaba bien.

—Es arrogancia creer que ve lo que profesionales con veinte años en la casa no vieron.

—No es arrogancia. —Dio un paso adelante, los ojos castaños echando chispas—. Es competencia. Usted confunde las dos cosas, porque está acostumbrado a ver solo arrogancia en el espejo.

Me levanté antes de decidir que iba a levantarme.

—No tiene ni idea —la voz me salió más baja, más peligrosa de lo que pretendía, y ya estaba rodeando la mesa— de con quién está hablando.

—Sí que la tengo. —No retrocedió ni un centímetro, y eso solo lo empeoró todo—. Estoy hablando con un hombre que prefiere que el mundo entero lo tema antes que arriesgarse a que alguien lo conozca.

El aire entre nosotros se volvió eléctrico. Demasiado caliente.

Estaba cerca.

Demasiado cerca. Lo bastante cerca para ver el pulso en su cuello latiendo tan deprisa como el mío. Cerca para fijarme en el rubor que le subía por la línea de la garganta hasta los pómulos, en la curva terca de aquella boca que no dejaba de desafiarme, en los ojos oscuros clavados en los míos a un palmo de distancia, sin retroceder un milímetro.

Un rizo se le había escapado y le había caído sobre la frente; tuve que cerrar la mano para no apartárselo. Para volver a sentir aquel perfume de jazmín que no se me iba de la cabeza desde la tarde.

La mano me subió unos centímetros antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Para.

Paré. Apreté los puños hasta que las uñas se me clavaron en la palma.

Retrocedí y me ajusté la americana con un gesto que no engañaba a nadie, y mucho menos a mí.

—El informe está aprobado. Puede irse.

Me miró un segundo largo, como si quisiera decir algo más.

No lo dijo. Solo se dio la vuelta y salió, y yo me quedé de pie en medio de mi propio despacho, con el corazón latiendo como el de un adolescente y un odio sordo hacia mí mismo subiéndome por la garganta.

¿Qué me está haciendo esta mujer?



—Estás diferente...

Vittoria estaba apoyada en el marco de mi puerta, y no supe decir desde hacía cuánto.

—Estoy ocupado —respondí, volviendo a la silla.

—Hablo en serio, Lorenzo. —Entró, cerró la puerta, y su familiaridad de sangre ocupó la sala entera—. Te conozco desde la época en que robábamos galletas de la cocina del nonno. Sé reconocer cuándo algo se te ha metido debajo de la piel.

No respondí.

—Es la chica, ¿verdad? —Su tono era cuidadoso, casi tierno —. La nueva.

—El tema es el relanzamiento, Vittoria. No mis empleados.

—Es exactamente de eso de lo que he venido a hablar. —Se sentó en el borde de mi mesa, los ojos fijos en los míos—. Nadie sabe nada de ella, Lorenzo. Nada de nada. Apareció de Florencia hace un mes, sin red, sin historia, y en cuatro semanas ya tiene acceso a la pieza más valiosa de esta casa y a su dueño perdiendo el sueño. Ya has visto esta película antes. La hemos visto.

La última frase dio justo donde ella quería.

Ya has visto esta película antes.

Una mujer que sonrió, que firmó, que pareció de fiar hasta el día en que dejó de serlo. La vieja herida palpitó bajo la piel como si nunca hubiera cicatrizado.

Y lo peor era que una parte de mí —la parte fría, la parte que había construido un imperio desconfiando de todos— sabía que Vittoria tenía razón.

No sabía nada de Chiara Ferrari más allá de que leía las piedras como nadie y me quitaba el suelo bajo los pies.

Pero había otra parte. Una parte nueva, no deseada, que no reconocía, que quería bajar hasta la planta doce solo para verla una vez más antes de marcharse.

Detesté las dos partes por igual.

—Gracias por la preocupación —dije, seco—. Ya me ocupo yo.

Vittoria sonrió, satisfecha, y se levantó.

—Siempre te ocupas. —Se detuvo en la puerta—. Por eso esta casa sigue en pie.

Aquella noche, en mi ático cerca de Villa Borghese, con Roma encendida allá abajo como una caja fuerte rebosante de luces, debería haber estado pensando en el relanzamiento.

Pensé en ella.

En cómo ladeó la cabeza sobre el zafiro, igualita que mi madre. En la barbilla alta. En el pulso del cuello. En la frase de su abuela. En el calor absurdo de sus dedos bajo los míos.

Yo, que no pensaba en ninguna mujer fuera de estas paredes desde hacía años, estaba de pie ante la ventana con una copa de vino intacta en la mano, pensando en una empleada a la que conocía desde hacía unas pocas semanas.

Y fue entonces cuando llegó el miedo.

No el miedo a que me robaran otra vez. Ese lo conocía, ese sabía gestionarlo.

El miedo a querer.

Dejé la copa sobre la mesa con cuidado, como si pudiera estallarme en las manos.

Esto no va a pasar.

Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no tenía tan claro que aún mandara sobre mí mismo.



CAPÍTULO 6

«El hielo engaña: por fuera parece sólido hasta el final. Por dentro se resquebraja primero, y quien está demasiado cerca es siempre el primero en mojarse.»

CHIARA FERRARI

Fue Bianca quien me sacó de casa el sábado. Apareció sin avisar, apoyada en la verja de mi edificio con el aire de quien no le debía explicaciones a las prisas del mundo.

—Vengo a secuestrarte. —Me enganchó el brazo antes de que pudiera inventarme una excusa—. Últimamente tienes cara de dormir abrazada a una hoja de cálculo. Nos vamos a caminar.

No discutí. Caminar con Bianca por Roma al caer la tarde era lo más parecido a una terapia que mi sueldo permitía.

El sol bajaba tras los tejados color de óxido y lo teñía todo de naranja. Pasamos junto a una vespa mal aparcada en la acera, junto a una señora que regaba geranios en la ventana, junto al olor de alguien friendo algo bueno tres pisos por encima de nosotras.

—¿Y tu padre? —preguntó.

—Jura que se está tomando las medicinas. —Suspiré—. Me crió un hombre que miente como un niño. Aparta la mirada cuando habla, incluso por teléfono, y aunque yo no lo vea.

—Igual que tú, entonces.

—Yo no estoy mintiendo.

—Sí que mientes. —Bianca se paró en medio de la acera y me obligó a pararme con ella—. ¿Sabes de qué me he dado cuenta, amiga? Hace una semana que lo primero que sale de tu boca cuando hablamos es él. No es el taller, y mucho menos la morriña de Florencia. Es Lorenzo Riccardi esto, Lorenzo Riccardi lo otro...

—Porque el hombre me persigue el día entero. —Me crucé de brazos—. Eso es una queja. Las quejas no cuentan.

—Cuentan cuando son lo único de lo que hablas. —Volvió a andar, ligera, cruel como solo sabe serlo quien te quiere—. Darte cuenta de que te persigue no es lo mismo que sentirte perseguida.

Puse los ojos en blanco y no respondí.

Era una queja.

Me lo repetí con la testarudez de quien pulsa un botón roto esperando que funcione.



El martes, la planta doce no fue mía hasta después de las nueve de la noche.

Las vitrinas apagadas me devolvían el reflejo de quien tendría que haberse marchado hacía horas. Pero la catalogación de la colección homenaje iba con retraso, y prefería mil veces el silencio de la planta vacía a la soledad de mi habitación alquilada.

Fue entonces cuando abrí la última carpeta del montón.

No eran fichas. Eran dibujos. Originales, hechos a mano, el papel ya amarilleado en los bordes, trazado a lápiz y tinta china por alguien que sabía exactamente lo que quería.

Y allí, en la tercera hoja, estaba ella: La Stella.

No la piedra, el proyecto de la piedra. El zafiro dibujado antes de ser tallado, el asterismo calculado con regla, cada uno de los seis brazos de luz trazado en un ángulo perfecto.

Pasé el dedo enguantado por el margen del papel con un cuidado casi religioso.

En la esquina inferior, una rúbrica menuda y una fecha de hacía muchos años. Quienquiera que hubiera dibujado aquello había puesto la estrella en el papel mucho antes de que la naturaleza accediera a entregarla.

—La persona que dibujó esto sabía lo que hacía —murmuré, más para el papel que para ninguna otra cosa—. Ya estaba todo aquí. En el trazo. Antes de que la piedra existiera.

—No debería estar tocando esa carpeta a estas horas.

No necesité volverme de inmediato. Hacía una semana que reconocía aquellos pasos en el pasillo por la simple manera en que el silencio se curvaba ante ellos.

—Estoy catalogando la colección. —Dejé el dibujo con cuidado—. Esto es parte de la colección. A no ser que haya cambiado la norma en los últimos diez minutos.

Lorenzo se detuvo junto a la mesa. Yo esperaba el sermón, la frialdad, el recordatorio de siempre de que era demasiado reciente

para tocar nada.

No llegó nada de eso.

Miraba el dibujo. Y su rostro había cambiado de un modo que no supe nombrar, como si alguien hubiera abierto, dentro de él, una puerta que debía permanecer cerrada.

—¿Quién lo dibujó? —pregunté, más bajo.

Su silencio se prolongó demasiado. Fuera, pasó un coche, los faros barriendo el techo un instante antes de desaparecer.

—Mi madre —respondió.

Dos palabras. Soltadas en el aire como si cada una pesara una tonelada.

Tragué saliva y levanté los ojos.

La máscara no estaba. Por primera vez desde el ascensor, desde el desdén, desde todo, el hombre que tenía delante no parecía el dueño de cada centímetro de mármol de aquel edificio.

Parecía un hijo.

—Pasó tres años diseñando esta pieza. —La voz seguía controlada, pero había una grieta por debajo, fina, que juraría poder oír—. No vivió para verla terminada.

—Lo siento mucho —dije, y esta vez no había ni una sola gota de sarcasmo en mí.

No respondió al pésame. Los hombres como él no sabían qué hacer con la compasión ajena: la recibían como quien recibe una acusación.

—Decía que toda piedra tiene un alma esperando a que alguien la libere. —Una comisura de su boca se movió, y no era desdén. Era casi una sonrisa, de las que duelen más que el llanto—. Yo lo tomaba por una tontería. La piedra es carbono y presión, pero ella cogía una gema en bruto en la mano y veía la cosa entera. Como la ves tú.

Como la ves tú.

Algo se movió en lo hondo de mi pecho, en un lugar que yo no había autorizado.

Por un segundo, en el fondo, un recuerdo quiso aflorar: otra voz, otra cocina, otra mujer hablando de piedras como si respiraran. Pero el dolor grabado en su rostro ocupaba la habitación entera, y no conseguí pensar en nada más.

—Usted heredó sus ojos —dije, sin pensarlo bien.

Fue entonces cuando la puerta se cerró.

Lo vi suceder. Vi apretarse la mandíbula, los hombros volver a su puesto de armadura, el ámbar de los ojos enfriarse grado a grado hasta convertirse de nuevo en aquel hielo que tan bien conocía.

—¿Cuándo estará listo el informe de la colección? —La voz era otra. Era el CEO de vuelta.

—El jueves.

—Bien. —Recogió la carpeta de dibujos de la mesa con un cuidado que desmentía cada palabra dura que me había dicho en la vida—. Váyase a casa, signorina Ferrari. Aquí nadie gana una medalla por morir de agotamiento.

Y salió, llevándose a su madre bajo el brazo.

Me quedé quieta en la planta vacía, con los guantes todavía puestos, el corazón latiendo a un ritmo que no tenía nada que ver con ninguna piedra.

Era más fácil cuando él era solo un idiota arrogante de traje. El odio tenía reglas claras, y yo sabía exactamente dónde pisar.

Un hombre que guardaba a su madre muerta dentro de una carpeta de dibujos, que disimulaba el duelo con brusquedad, que me decía que yo veía las piedras como ella: ese hombre no cabía en ninguna de mis reglas.

Tragué saliva y apagué la luz de la mesa.

Bianca tenía razón. Me había acercado demasiado, y el hielo ya empezaba a gotear.



CAPÍTULO 7

«Toda mi vida cupo en cosas que sabía guardar bajo llave. El resto —lo que le quita el sueño a un hombre — nunca tuvo cerradura.»

LORENZO RICCARDI

No pisé la planta doce durante tres días.

Me dije que era el relanzamiento, que mi mesa estaba sepultada de contratos, que un CEO no tiene tiempo de bajar a ver a la gente catalogar piedras.

Mentira.

Me estaba escondiendo de una empleada de un metro sesenta y seis de estatura, y la parte de mí que aún se reconocía encontraba aquello patético.

Había hablado de mi madre.

No con Massimo, que la conoció. No con Vittoria, que es sangre. A una desconocida de Florencia, con guantes de algodón y la barbilla alta, le había abierto una puerta que llevaba casi veinte años cerrada.

Peor: me había gustado abrirla. Por un instante, ante aquel dibujo, no me había sentido solo con aquello.

Justo lo que no podía permitirme.

Me pasé la mano por el pelo y volví a los contratos.

Aguanté tres días. Al cuarto, bajé.

La excusa oficial era firmar la autorización de un lote nuevo de zafiros de acompañamiento: piedras más pequeñas que iban a orbitar La Stella en la vitrina de lanzamiento.

El proveedor en persona había venido a traer la selección. Rutina.

Solo que, al salir del ascensor, lo primero que oí en la planta fue su risa.

Chiara estaba en la mesa, inclinada sobre una bandeja de piedras junto a un hombre que yo no conocía.

Joven. Bien parecido de un modo estudiado, el cuello de la camisa abierto, del tipo que ríe con todos los dientes. Decía algo, y ella se reía; la risa de verdad, esa que yo nunca había conseguido arrancarle, solo pullas.

—…y entonces abrí la ficha y ahí estaba: turmalina rosa, vendida como rosa puro. —Se inclinó hacia ella, cómplice—. La casa entera manoseó la piedra sin enterarse de nada. Usted fue la única que vio las zonas de color. La única, signorina Ferrari. Tenía que venir a conocer en persona el ojo que me pilló cobrando demasiado.

—Está siendo generoso. —Giró una piedra a la luz, sin falsa modestia—. Cualquiera lo vería, con la linterna en el ángulo justo.

—No lo vio nadie. Solo usted. —Bajó la voz hasta algo más cercano de lo debido—. Hágame un favor: acepte un café conmigo cualquier día de estos. Llevo quince años trabajando con gemas y nunca había hablado con alguien que viera como usted. Sería un crimen profesional que no habláramos.

No me moví.

Había una regla dentro de mí para este tipo de cosas. Un proveedor cortejando a una empleada en mi planta, en mi horario, apoyado en mi mesa: como mucho, debería haber estado molesto por la falta de decoro.

No fue frialdad lo que sentí.

Fue la sangre subiendo. Fue la mandíbula apretándose sola y los puños cerrándose dentro de los bolsillos. Fueron las ganas absurdas, primitivas, de cruzar la planta y poner a aquel hombre de patitas en la calle agarrándolo por el cuello de la camisa demasiado abierto.

Ella no es tuya para invitarla a ningún café.

El pensamiento llegó entero, completo, posesivo, y me asustó más que cualquier otra cosa en toda la semana. Porque ella tampoco era mía.

Lo sabía. Y aun así la palabra «mía» había brotado en algún lugar detrás de las costillas como si fuera lo más obvio del mundo.

—Riccardi. —Massimo apareció a mi lado, vaso de café en la mano, siguiendo la dirección de mi mirada con aquella guasa insoportable—. Tienes cara de quien va a cometer un delito y contratar a su propio abogado después.

—Estoy evaluando al proveedor.

—Ah, claro. Al proveedor. —Dio un sorbo sin despegar los ojos de la mesa—. Es a él a quien estás mirando. Tiene todo el sentido.

Ya estaba cruzando la planta antes de decidir cruzarla.

—Signorina Ferrari. —Mi voz cortó la conversación de los dos como una cuchilla—. La necesito en mi despacho. Ahora.

El proveedor reabrió la sonrisa, conciliador.

—Señor Riccardi, qué honor. Le estaba diciendo justamente a la...

—La autorización del lote está en su propuesta. —Apenas lo miré—. Mi equipo se pondrá en contacto. Gracias por haber venido.

Fue educado. Fue gélido. Fue una puerta cerrada de golpe sin hacer el menor ruido.

El hombre lo entendió al instante: recogió el maletín de piedras, se despidió de Chiara con un gesto que prometía insistir otro día, y se marchó.

Chiara me miraba como si me hubiera vuelto loco. Puede que lo hubiera hecho.

Cerró la puerta de mi despacho tras de sí con más fuerza de la necesaria.

—¿Cuál es la emergencia?

Y ahí estaba el problema. No había emergencia.

Yo, que tenía respuesta para un consejo de accionistas, para una auditoría, para un periodista hostil, me quedé allí, detrás de mi propia mesa, sin una sola línea de defensa que no fuera la verdad, y la verdad estaba descartada.

—El informe de los zafiros de acompañamiento. Quiero tu evaluación antes que la del proveedor. No me fío de la palabra de quien vende.

—Me ha arrancado de una conversación para decirme esto. —Se cruzó de brazos—. Podría haberse resuelto con un correo.

Podría.

—Considéralo una instrucción directa.

Me miró un segundo largo. El tiempo suficiente para que me diera cuenta de que lo había entendido todo —o casi todo— y de que estaba decidiendo si iba a ahorrármelo o a crucificarme.

Por algún motivo, eligió ahorrármelo.

—Tienes el informe el lunes —dijo, seca.

Y salió. La puerta se cerró y me quedé solo con lo que acababa de hacer.

Había humillado a un proveedor competente, inventado una tarea y arrastrado a una empleada a mi despacho, todo porque otro hombre la había hecho reír y la había invitado a un café.

Me senté y me pasé las dos manos por la cara. Hacía años que no sentía celos. Creía, sinceramente, que lo había desinstalado de mí junto con lo demás; que era un lujo de gente que aún se permitía querer, y yo ya no me lo permitía.

Vivía bien así. Vivía en paz así.

Y una niña de Florencia, en cinco semanas, había reactivado un circuito que yo juraba fundido.

No era el relanzamiento lo que estaba en riesgo.

Era yo.



CAPÍTULO 8

«Antes de que la llave girara, la cerradura ya había cedido. Y yo, idiota, todavía fingiendo buscar la llave.»

CHIARA FERRARI

Faltaban cuatro días para el lanzamiento, y la planta doce se había convertido en un campo de batalla silencioso.

Cajas de terciopelo abiertas por la mitad. Paneles de iluminación apoyados contra la pared. Fichas, lupas, paños de pulido esparcidos por toda la mesa.

Cuando me di cuenta, eran casi las once de la noche y la planta volvía a ser solo mía: las demás estaciones vacías, las batas colgadas, Roma dibujada fuera en un marco oscuro.

Debería haberme marchado horas antes. Pero el montaje de la vitrina de lanzamiento había caído sobre mis hombros, y yo no sabía hacer las cosas a medias.

Creía que estaba sola hasta que oí abrirse el acero de la sala de la caja fuerte, al fondo del pasillo.

Lorenzo apareció segundos después, el estuche de La Stella en las manos, y se detuvo al verme de pie en la penumbra.

—¿Todavía aquí?

—Alguien tiene que asegurarse de que la pieza más cara de Italia no vaya a la vitrina con la iluminación equivocada. —Me crucé de brazos—. Y ya que no se fía de la palabra de quien vende, imaginé que tampoco iba a fiarse de la de quien ilumina.

Algo que no era del todo una sonrisa cruzó su rostro.

—Vamos a comprobarlo juntos, entonces.

Dejó el estuche en mi mesa y lo abrió.

La Stella se encendió bajo la luz, la estrella de seis brazos viva dentro del azul.

Nunca iba a acostumbrarme a aquello...

Trabajamos codo con codo en silencio un rato, yo girando la linterna de punto, él sujetando la pieza con las dos manos, los dos inclinados sobre la misma estrella.

—La inclinación del panel está un grado desviada —dije, ajustando la luz—. Si clavan el haz recto en la vitrina, la estrella muere en el borde. Tiene que venir de arriba y de lado a la vez.

—Mi madre discutía con los iluminadores exactamente por esto —dijo bajo, casi sin darse cuenta de que hablaba—. Decía que iluminar mal un zafiro estrella era peor que dejarlo a oscuras. Que era mentir sobre lo que la piedra era.

Levanté los ojos. No había tenido la intención de decir aquello; lo vi en cómo se le apretó la mandíbula justo después,

como quien intenta recoger una palabra que ya se le ha escapado.

No volvimos a hablar de su madre, no hacía falta. Aquello vivía ahora en el espacio entre nosotros, callado, y volvía cada gesto más pesado de lo debido.

—Aquí. —Incliné el haz en el ángulo exacto que abría los seis brazos de golpe—. Si la vitrina clava la luz desde aquí, todo el que pase va a ver esto. No la piedra. Esto.

Él no miraba la piedra.

Lo sentí antes de levantar los ojos: ese peso concreto de una mirada posada en un lado de la cara, que erizaba la piel como si tuviera temperatura.

Estaba cerca. Demasiado cerca. Los hombros anchos tapaban la mitad de la luz de la mesa, y el calor que emanaba de él rozaba mi cuerpo sin que llegáramos a tocarnos.

Tenía que echar la cabeza hacia atrás solo para alcanzarle el rostro: la sombra de barba en el maxilar duro, la línea firme de la garganta subiendo y bajando en una respiración menos controlada de lo que él quería aparentar. La luz baja de la mesa, el perfume de madera que ya reconocía con los ojos cerrados, el ámbar clavado en el mío de un modo que no tenía ya nada que ver con la gemología.

El corazón se me disparó. El aire entre nosotros se volvió denso, caliente, difícil de llevar hasta el fondo.

Debería haber retrocedido. Toda mi cabeza gritaba que retrocediera: era mi jefe, me había humillado en un ascensor mi primer día, era una complicación con nombre, apellido y todo el despacho de la última planta.

Pero mi cuerpo llevaba días sin obedecer a mi cabeza.

Retrocede, Chiara. Retrocede ahora, mientras sigue siendo solo un casi.

Él levantó la mano despacio, como quien se acerca a algo que puede romperse, y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. La yema de los dedos me rozó la mejilla por el camino, y el contacto me arrancó un escalofrío que me recorrió la espina entera, vértebra a vértebra.

No me aparté.

Peor: incliné la cara hacia su mano, mínimo, traidor, un movimiento que no decidí hacer y que aun así hice.

La distancia entre nosotros fue desapareciendo despacio, como si los dos supiéramos que estaba mal y ninguno de los dos fuera capaz de ser el primero en salvar la situación.

Sentí su respiración cerca de mi boca. Sus ojos bajaron hasta mis labios y se quedaron ahí.

Cerré los míos, y entonces él se detuvo a un suspiro de distancia.

Tan cerca que sentí el calor de su boca sin que llegara a tocarme. Sentí su cuerpo tensarse, la respiración cortársele, y la mano que tenía en mi cara cerrarse en un puño a su lado, sin volver a tocarme.

Abrí los ojos.

Lo que vi en su rostro no fue desdén. No fue el jefe. Fue un hombre en guerra con algo dentro de sí, perdiendo y venciendo a la vez, y el esfuerzo de aquello era casi físico de presenciar.

—Ya es tarde. —La voz le salió ronca y retrocedió un paso, luego otro—. Vete a casa, Chiara.

Fue la primera vez que me llamó por mi nombre.

Solo el nombre. Sin signorina, sin Ferrari, sin toda la pared alrededor. Y dolió más que cualquier humillación que me hubiera hecho jamás.

Recogió La Stella con unas manos que no estaban tan firmes como él quería, y desapareció por el pasillo en dirección a la sala de la caja fuerte.

Oí el acero cerrarse al fondo. Oí los pasos alejarse rumbo al ascensor privado.

Y yo me quedé allí.

Sola en la planta doce, en medio de las vitrinas de la colección más valiosa de aquella casa, con el corazón latiendo descompasado y la marca de sus dedos aún caliente en mi piel.

Tardé en recoger mis cosas. Apagué las luces una a una. Pasé la acreditación a la salida, sin nadie que confirmara a qué hora había entrado o salido de aquella planta.

En el taxi de vuelta a la habitación alquilada, apoyé la frente en el cristal frío e intenté convencerme de que no había pasado nada.

Era verdad.

Él no me había besado. Yo no lo había besado. Ninguna promesa, ninguna palabra, ningún límite oficialmente cruzados.

Pero yo ya había cedido.

En algún punto entre un zafiro y su boca, sin que nadie lo hubiera pedido, sin que nada se hubiera prometido, había entregado la llave de una puerta que juraba mantener cerrada.



CAPÍTULO 9

«Cuando el aire de una habitación queda demasiado perfecto, es porque alguien ha limpiado las huellas antes de que llegaras. El silencio más tranquilo es siempre el que más tiene que esconder.»

CHIARA FERRARI

La víspera de un lanzamiento de lujo no tiene ningún glamur. Es gente corriendo, demasiada cafeína, y todo el mundo con la mecha corta fingiendo serenidad italiana.

Había salido a tomar el aire a la escalera de incendios cuando me vibró el móvil.

Bianca.

—Dime que has dormido esta semana —dijo, en lugar de «hola».

—Define «dormido».

—Lo sabía. —Un ruido de plato de fondo; estaba comiendo, como siempre—. Y dime otra cosa: ¿ha pasado algo con el iceberg de traje? Tienes la voz rara desde el sábado.

Casi pasó. Y fue peor que si hubiera pasado.

—No ha pasado nada —mentí—. Estamos ahogados con el lanzamiento. Mañana exponen la pieza. Está todo el mundo con los nervios de punta.

—Ya. —No se creyó ni una coma, pero me dejó en paz, como solo ella sabía—. ¿Y la dichosa prima? La rubia que te trató como a un trapo de fregar.

—Rara. —Fue la primera palabra que me vino—. Lleva toda la semana rondando mi planta. Hasta simpática. Lo cual es peor que cuando era antipática.

—Chiara... —La voz de Bianca bajó de tono, solo un instante —. La gente que cambia de simpatía de repente quiere algo. No le quites el ojo a esa mujer.

Me reí y le dije que dejara de leer tantas novelas policíacas.



A última hora de la tarde, la planta doce parecía el backstage de un teatro horas antes del estreno.

Los técnicos ajustaban los focos. El equipo de prensa discutía listas de invitados en un rincón. La vitrina central ya estaba montada, iluminada y vacía, esperando: un altar a la espera del santo.

La Stella no saldría de la caja fuerte hasta la mañana siguiente, pocos minutos antes de la apertura.

Protocolo de la casa: Lorenzo, la seguridad y Vittoria presentes, el trayecto de la caja fuerte al pedestal cronometrado al segundo.

Hasta entonces, el zafiro dormía tras el acero, y la planta entera giraba en torno a aquel vacío iluminado como si ya estuviera lleno.

Comprobaba por tercera vez el ángulo de los focos sobre el lecho de terciopelo —el pequeño encaje donde el zafiro reposaría en el pedestal— cuando sentí el perfume antes de oír la voz.

Caro. De esos que se quedan en el aire después de que la persona ya se ha marchado.

—Me han dicho que has estado trabajando hasta tarde. —Vittoria se detuvo junto a mi mesa y pasó un dedo por el borde, como quien busca polvo en una superficie que ya sabe limpia—. Sola. Una dedicación admirable, para quien lleva tan poco tiempo en la casa.

¿Cómo sabe a qué hora salgo?

—El lanzamiento no se monta solo —respondí, neutra.

—Desde luego que no. —Sonrió, y fue entonces cuando la cosa me desconcertó de verdad: la sonrisa era simpática. Cálida, casi. La misma mujer que, semanas antes, había devuelto una piedra fuera de sitio solo para recordarme cuál era el mío—. ¿Sabes? Fui dura contigo al principio. Lo reconozco. Es que esta casa es toda mi vida, y una protege lo que ama con uñas y dientes. Tú entiendes de eso, ¿verdad? De proteger.

Había una trampa en algún lugar de aquella amabilidad, y no conseguía ver dónde.

—Lo entiendo.

—Lo sabía. —Se acomodó en los brazos una caja poco honda, forrada de terciopelo, que reconocí al instante: era el encaje interior que iba en el pedestal, bajo el zafiro—. ¿Me haces un favor? Sujeta esto un segundo. Tengo las manos ocupadas y necesito encontrar la tarjeta de identificación de la pieza.

Extendí las manos y cogí la caja antes de pensar.

Fue solo cuando ella ya estaba de espaldas, rebuscando en la carpeta, cuando mi cerebro de gemóloga despertó y dio una señal de alarma en voz baja.

Guantes.

Nada que fuera a reposar a un palmo de La Stella debía pasar de mano en mano sin guante de algodón. Era el protocolo que yo seguía dormida.

—Vittoria, no llevo guantes, quizá sea mejor...

—Ah, no te preocupes. —Me quitó la caja de las manos con un gesto suave, la sonrisa intacta—. Es solo el encaje. Gracias, cariño.

Y guardó la caja en una bolsa, a su lado.

Me quedé con la extraña sensación de haber hecho algo mal sin saber el qué. Pero sonó el teléfono de alguien, un técnico me llamó por un foco fundido, y la sensación se diluyó en el ajetreo, como todo se diluía en aquella víspera.

Pasaban de las nueve cuando por fin apagué mi estación y me marché. No me di cuenta de que había olvidado el abrigo en la silla hasta que el aire frío del vestíbulo me golpeó.

Refunfuñé y volví.

La planta doce estaba casi a oscuras. Las luces de trabajo apagadas, solo encendida la iluminación de la vitrina, arrojando un halo blanco sobre el pedestal vacío. Cogí el abrigo y ya salía de nuevo cuando lo vi.

Allí al fondo del pasillo, ante la sala de la caja fuerte, había alguien.

Vittoria.

Sola, parada de cara al panel de seguridad, a oscuras, a una hora en la que no le quedaba nada más que hacer allí: la transferencia de la pieza era por la mañana.

Oyó mis pasos y se volvió demasiado rápido. La sonrisa regresó a su rostro antes incluso de reconocerme bien, lisa, perfecta, automática.

—Me has asustado. —Se llevó la mano al pecho—. Comprobando la seguridad para mañana. No se cuida el patrimonio de esta casa sin dormir con un ojo abierto la víspera de una exposición.

Cada palabra tenía todo el sentido.

Y aun así el corazón me dio un vuelco, y un escalofrío me subió por la espina mientras murmuraba buenas noches y caminaba hacia el ascensor, sintiendo su mirada en la espalda hasta que las puertas se cerraron.

En la planta baja, antes de empujar la puerta giratoria, me di la vuelta y miré hacia arriba: hacia la fachada del Gruppo Riccardi recortada contra el cielo oscuro de Roma.

En la planta doce, una única luz seguía encendida.

Me dije que era el cansancio de la víspera, y me metí en el taxi.

Pero el escalofrío no se fue. Era la parte de mí que ya había entendido, mucho antes que mi cabeza, que algo estaba a punto de romperse, y que los pedazos iban a caerme encima.



CAPÍTULO 10

«No hay sonido más ensordecedor que el de una caja fuerte abierta sin nada dentro. Fue el último silencio en el que aún pensé con claridad.»

LORENZO RICCARDI

La colección abriría a las diez.

A las nueve y cuarenta bajé con la jefa de seguridad y con Vittoria para el ritual que repetía desde que me había hecho cargo de la casa: sacar La Stella de la caja fuerte con mis propias manos y conducirla, yo mismo, hasta el pedestal.

Era la pieza de mi madre. Nadie más que yo la llevaba el día de una exposición. Así había sido durante años, y así sería mientras yo viviera.

Tecleé el código que solo yo conocía por completo. El panel parpadeó en verde. El acero cedió con el chasquido grave de siempre.

Extendí la mano hacia el estuche central.

Estaba ligero.

Lo supe antes de abrirlo. La mano conoce el peso de lo que lleva veinte años cargando, y aquel peso había desaparecido. Lo abrí de todos modos, porque la cabeza necesita ver lo que el cuerpo ya ha entendido.

El terciopelo. El encaje. La marca exacta donde reposaba el zafiro.

Vacío.

Por un instante, el mundo entero se quedó sin sonido. La jefa de seguridad dijo algo. Vittoria se llevó la mano a la boca.

Yo no oí nada, solo miraba el espacio vacío donde debería estar la última cosa que las manos de mi madre dibujaron, y no estaba.

No fue rabia, todavía. Fue algo peor, más profundo, que subió del estómago y me cerró la garganta.

Como perder a mi madre otra vez.

Como si alguien hubiera entrado en la única estancia de mi vida que mantenía cerrada y hubiera arrancado de allí la última prueba de que ella existió.

Cerré el estuche vacío con una calma que no tenía nada que ver con lo que ardía por dentro.

—Cerrad la planta. —La voz me salió baja, y fue precisamente por ser baja por lo que todos entendieron la gravedad —. No entra nadie, no sale nadie. Quiero los registros de acceso de las últimas setenta y dos horas en la sala de seguridad. Ahora.

Tardó menos de una hora en encontrar mi mundo un culpable.

La sala de seguridad estaba en el sótano, sin ventanas, con pantallas frías del suelo al techo. Vittoria entró detrás de mí, pálida, los brazos cruzados sobre el cuerpo como quien tiene frío.

—Lorenzo. —Su voz era baja, cuidadosa—. Antes de que lo veas, necesito que sepas que yo no quería, de ninguna manera, ser la persona que te enseñara esto.

—¿Que me enseñara el qué?

Hizo un gesto al técnico. Una pantalla se encendió.

Registros de acceso. Línea tras línea. Y ahí, repetida, la misma credencial entrando en la antecámara de la caja fuerte después de medianoche, noche tras noche, durante toda la semana del lanzamiento.

El nombre de la credencial era Chiara Ferrari.

Algo dentro de mí se bloqueó.

No.

La parte que había visto su barbilla alta en un ascensor, la parte que le había contado lo que nunca conté a nadie, la parte que, la noche anterior, juraba haber visto la verdad en sus ojos castaños: esa parte retrocedió y dijo que no.

—Un acceso se falsifica. —Mi propia voz me sorprendió por su dureza—. Cualquiera con nivel administrativo edita un registro. Esto no prueba nada.

—Fue lo primero que pensé. —Vittoria asintió, deprisa—. Por eso pedí la pericia de la sala de la caja fuerte esta misma mañana. —Otro gesto al técnico—. La huella, Lorenzo.

La pantalla cambió. Un informe. Huellas dactilares recogidas del interior de la caja fuerte y del encaje del pedestal, el lecho de terciopelo donde reposaba el zafiro.

Una de ellas era suya. Sin guante. Donde ninguna mano sin guante debería haber tocado jamás.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que dolió.

—Espera. —Massimo había entrado sin que yo me diera cuenta y miraba las pantallas con el ceño fruncido—. Lorenzo, esto va demasiado rápido. Todo esto, ¿en una hora? Acceso, huella, todo bien envuelto con lazo. La vida no entrega culpables con lazo de regalo. Espera a la pericia independiente.

Por un segundo, casi escuché a Massimo.

—Hay más —continuó Vittoria, en voz baja. Deslizó una carpeta sobre la mesa y la abrió con la reticencia de quien no quiere hacer lo que está haciendo—. La auditoría de rutina de las cuentas de los empleados con acceso al patrimonio. Ni siquiera pensaba traerla hoy. Pero después de todo esto...

Un extracto. Una cuenta a nombre de Chiara Ferrari. Y un ingreso, tres días antes, de un origen que nadie conseguía rastrear, por una cantidad que una niña que mantenía a su padre con medio sueldo no vería en diez años.

Y fue entonces cuando la puerta dentro de mí se cerró.

Ya has visto esta película antes.

La voz de Vittoria, semanas atrás.

Entonces había pensado que era la voz de la razón. Ahora sonaba a profecía. Yo ya había vivido aquello. Una mujer que sonrió, que firmó un contrato de confidencialidad, que pareció de fiar hasta el día en que dejó de serlo.

Yo, que lo veía todo, no lo vi. Y había jurado, aquel día, que nunca más pasaría por esto.

Pero la verdad —la verdad que no admitiría ni ante mí mismo, allí, en aquella sala sin ventanas— es que no era el zafiro lo que más dolía. No era siquiera mi madre.

Era que lo había permitido.

Había bajado la guardia. Le había hablado de los dibujos de mi madre. Casi había besado a aquella mujer a un palmo de la pieza que estaba robando. Me había permitido, por primera vez en veinte años, querer, y la vuelta me llegó en forma de lo único que no sabía perder dos veces.

Creer que era culpable era horrible. Y, sin embargo, era menos insoportable que la otra posibilidad: la de que hubiera abierto el pecho a alguien de verdad, y encima fuera a tener que enterrar eso también.

Así que elegí. Con frialdad, por entero, con la parte de mí que había construido un imperio sobre cenizas.

Elegí la versión que me dejaba en pie.

Fue ella.

—Lorenzo. —Massimo otra vez, más firme, la mano en mi brazo—. No hagas esto en caliente. Te conozco, vas a querer haberlo hecho bien.

—Ya está hecho. —Me levanté. La calma había vuelto, y era la calma más peligrosa que había sentido jamás, la calma de quien ha decidido. Los puños se cerraron solos a los lados del cuerpo—. Reúne a toda la planta. A todos. —Miré a la jefa de seguridad—. Y llama a Ferrari.

Iba a destruirla ante cada persona de aquella casa. Iba a quitarle todo lo que ella me había quitado: el nombre, el futuro, el suelo bajo los pies.

Y que Dios me perdonara, porque una parte de mí, la parte que acababa de cerrar bajo siete llaves, aún susurraba su nombre como quien reza.

Chiara.



CAPÍTULO 11

«¿De qué sirve la verdad, cuando la sala entera ya ha elegido a quién creer? Aquella mañana descubrí el peso exacto de una inocencia que nadie quiere escuchar.»

CHIARA FERRARI

Las puertas estaban precintadas desde las diez. Dos guardias de seguridad que yo nunca había visto vigilaban el ascensor, y el murmullo de siempre —gente hablando de quilates como quien habla del tiempo— había muerto, sustituido por susurros y miradas de reojo.

Algo había desaparecido, era lo único que se sabía.

Nadie había pronunciado el nombre de la pieza en voz alta, pero, de vez en cuando, todos los ojos volvían a la misma dirección:

la vitrina de lanzamiento, en el centro del salón, iluminada y vacía.

Tragué saliva y me quedé de pie junto a mi mesa, fingiendo una calma que no tenía.

Cuando el ascensor se abrió de nuevo, fue él quien salió.

Lorenzo cruzó el salón sin prisa, y la planta entera contuvo la respiración conmigo.

El traje oscuro, la mandíbula de piedra, el paso de quien nunca ha necesitado pedir permiso para existir. Vittoria venía un paso por detrás, pálida, los brazos cruzados sobre el cuerpo como quien tiene frío en un día caluroso.

Massimo cerraba el grupo, el ceño fruncido, los ojos recorriendo la sala como si buscaran algo fuera de sitio.

Lorenzo se detuvo ante la vitrina vacía y se volvió hacia toda la planta. Y solo entonces los ojos ámbar encontraron los míos.

Yo ya había visto a aquel hombre gélido. Había visto el desdén en el ascensor, la frialdad del jefe, la pared entera en su sitio.

Nada de aquello era esto. Esto era otra cosa.

Era odio.

Un escalofrío me subió por la espina.

—Esta mañana —su voz cortó el silencio, baja y clara—, La Stella no estaba en la caja fuerte.

El salón entero respiró de golpe. Yo también.

Ha desaparecido.

La pieza de su madre. El zafiro que sostuve entre las manos enguantadas, que me hizo quedarme sin aire...

—La pieza más valiosa de esta casa ha desaparecido de una caja fuerte cuyo código solo yo conozco por completo. —Hizo una

pausa, y la pausa pesaba—. Tardamos menos de una hora en entender cómo.

Fue entonces cuando dejó de mirar a la planta y pasó a mirarme solo a mí.

Y comprendí, antes de cualquier palabra, que toda una mañana de puertas precintadas tenía un único nombre dentro.

El mío.

—Los registros de acceso a la antecámara de la caja fuerte —continuó— muestran la misma credencial entrando después de medianoche, noche tras noche, durante toda la semana del lanzamiento. —Dejó que el silencio pronunciara la siguiente frase por él, y luego la dijo de todos modos—: La credencial es de la signorina Ferrari.

Las piernas me flaquearon.

—Eso no... —La voz me salió demasiado fina. Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo, más alto, porque la verdad tenía que decirse alto—. Trabajé hasta tarde, sí. Montando la vitrina, con usted algunas de esas noches. Usted estaba allí.

Algo cruzó su rostro —rápido, sofocado al instante—. Después, hielo de nuevo.

—La pericia recogió huellas del interior de la caja fuerte. Y del encaje del pedestal. —Sacó una hoja de la americana y ni siquiera se molestó en leerla—. Una de ellas es suya. Donde ninguna mano sin guante debería haber tocado jamás.

—Yo nunca toqué esa piedra sin guante. Nunca. —Las palabras salieron temblando de rabia, no de miedo—. Sigo ese protocolo dormida, cualquiera de esta planta puede decir...

Pero nadie dijo nada.

Miré alrededor buscando un rostro. Sofia bajó los ojos hacia el portapapeles. Los demás miraron al suelo, a la vitrina, a cualquier

sitio que no fuera yo.

Así se hundía a una persona: no con gritos. Con silencio educado.

—Hay también —habló Vittoria por primera vez, la voz suave, casi dolida— un ingreso. En su cuenta. Hace tres días. —Vaciló, como quien detesta lo que está haciendo—. De un origen que nadie ha conseguido rastrear. Por una cantidad que... en fin... por una cantidad considerable.

Me quedé sin aire.

¿Un ingreso en mi cuenta?

Yo, que repartía medio sueldo entre una habitación alquilada y las medicinas de mi padre. Yo, que contaba las monedas a final de mes.

—No tengo dinero ninguno —dije, y me odié por cómo sonó aquello. Pequeño. Inverosímil—. No hay ningún ingreso que tenga sentido, porque yo no... ¿Por qué iba nadie a usar su propia credencial? —La pregunta salió de mí antes de pensarla, alta, desesperada, lo único lógico que mi cerebro consiguió agarrar en medio del derrumbe—. Si fuera a robar, ¿sería tan idiota como para dejar mi nombre en cada puerta? ¿Para dejar mi huella? ¿Para cobrar en mi cuenta?

Por un segundo —medio segundo— vi a Massimo abrir la boca, a su lado, como si fuera a decir exactamente eso.

Lorenzo no lo dejó.

—O serías lo bastante lista —gruñó— para pensar que nadie creería que fueras tan idiota.

Un murmullo recorrió la sala. Y sentí, allí, el suelo cerrarse bajo mis pies.

Porque no había respuesta para aquello. Era la trampa perfecta: cada prueba de mi inocencia podía leerse como prueba de

mi astucia. Estaba encerrada dentro de una lógica en la que abrir la boca solo apretaba el nudo.

Se me humedecieron los ojos. Parpadeé con fuerza.

No llores. No delante de él. No delante de ellos.

Lorenzo se acercó dos pasos. El perfume de madera, que una vez me había erizado la espina entera, ahora llegaba como una amenaza.

—Estuve a punto de creer a la signorina —dijo, y bajó la voz, solo un grado, de un modo que era peor que si hubiera gritado—: Debo admitir que es buena. Lo bastante buena para hacerme hablar de cosas de las que no hablo con nadie. —Se le apretó la mandíbula —. Dígame una cosa, signorina Ferrari. ¿Todo formaba parte del servicio?

Y ahí estaba.

No era por el zafiro.

Era por el dibujo de su madre en mi mano. Era por el «usted heredó su ojo». Era por una sala a oscuras, una estrella encendiéndose en una piedra, dos dedos que se demoraron sobre los míos. Era por una boca a un suspiro de la mía, y el nombre —Chiara— que él había susurrado como si fuera una rendición.

Estaba cogiendo el único trozo verdadero que existió entre nosotros y escupiendo sobre él delante de toda la empresa.

Llamándolo estrategia. Cebo. Servicio.

Un nudo me subió por la garganta y se quedó ahí, y esta vez no era de rabia. Era de un dolor que no sabía que cupiera en un cuerpo.

—Usted no se lo cree —dije, bajo, solo para él—. Sabe que no.

Por un instante, algo se resquebrajó en el ámbar de aquellos ojos. Por un instante, juraría que iba a retroceder.

No retrocedió.

—La signorina queda despedida, con efecto inmediato. —La voz volvió al hielo, y ahora era pública otra vez, era para todos—. El Gruppo Riccardi presentará la denuncia ante la policía hoy mismo. Habrá un proceso. Yo mismo me encargaré de que la signorina responda por cada céntimo de aquella piedra, aunque me cueste los próximos diez años. —Se volvió hacia la jefa de seguridad—. Acompañen a la signorina Ferrari a la salida. No vuelve a pisar este edificio.

Una mano se posó en mi codo. Firme, impersonal.

Debería haberme derrumbado. Era lo que me pedía todo el cuerpo: escurrirme por el suelo de mármol de aquella planta y desaparecer.

En cambio, levanté la barbilla.

Miré a Vittoria, y había algo en su rostro que no conseguí nombrar: una quietud demasiado lisa para una mujer que acababa de presenciar el derrumbe de su propia casa.

Guardé aquello sin saber por qué. Miré a Massimo, que me sostuvo la mirada como nadie más tuvo el valor de sostenerla. Y miré, por último, a Lorenzo Riccardi.

—Va a descubrir que se equivocó —dije, y mi voz no tembló, y fue el último resto de orgullo que me quedó en el mundo—. Y cuando lo descubra, será demasiado tarde para pedir perdón.

No esperé respuesta.

Me arranqué la acreditación del pecho, la dejé caer sobre la mesa —sobre las fichas, las lupas, las piedras que seguían exactamente donde las había dejado, todas en su sitio, todo en orden— y caminé hasta el ascensor con la cabeza alta, sintiendo la mirada de toda la planta en la espalda hasta que las puertas se cerraron.

Solo allí dentro, sola, en el descenso, llegaron las lágrimas. Calientes, furiosas, imparables.

Y mientras Roma subía por la pared de cristal del ascensor, indiferente, me hice un juramento a mí misma, en silencio, con los dientes apretados y el corazón hecho pedazos.

Voy a demostrar la verdad, voy a descubrir quién me hizo esto aunque sea lo último que haga en esta vida...



CAPÍTULO 12

«Quería tener razón. Me pasé toda la mañana rezando por no tenerla, y fingiendo que no rezaba.»

LORENZO RICCARDI

Las puertas del ascensor se cerraron, y ella desapareció tras ellas con la barbilla alta.

Debería haber sentido algo parecido a la justicia. Para eso servían esas escenas: para devolverle al mundo el peso que me quitaba a mí.

En cambio, quedó solo el silencio, y su frase clavada en medio de él como un trozo de cristal.

Va a descubrir que se equivocó. Y cuando lo descubra, será demasiado tarde para pedir perdón.

La planta entera seguía mirándome. Yo conocía ese tipo de silencio: el de la gente que espera para ver si el suelo aún es firme.

Le devolví a cada rostro la mirada más fría que tenía. Uno a uno, volvieron a las mesas, a los monitores, a la tarea de fingir que aquello seguía siendo un día de trabajo.

—Quiero al departamento jurídico aquí en una hora —dije a la jefa de seguridad, sin apartar los ojos de la vitrina vacía—. La denuncia en comisaría antes del final de la tarde. Y nadie habla con la prensa. Nadie.

Asintió y salió.

Apreté la mandíbula e intenté no mirar el espacio donde debería estar la estrella.

Por un segundo, allí al final, ella casi me había derribado.

Sabe que no.

Palabras dichas en voz baja, solo para mí, con aquellos ojos castaños clavados en los míos sin retroceder un milímetro. Y una parte de mí —la misma parte idiota que abrió la boca sobre mi madre en una sala a oscuras— quiso creerla.

Quiso retroceder. Quiso pedir que salieran todos y preguntar, de hombre a mujer, ¿me juras que no fuiste tú?

Fue exactamente por eso por lo que no retrocedí.

Porque retroceder significaba volver a abrir la puerta que ella había cruzado. Y creerla costaba algo que ya no tenía el valor de pagar: significaba admitir que, por primera vez en veinte años, había dejado entrar a alguien, y que ese alguien me había arrancado justamente lo último que las manos de mi madre habían tocado en este mundo.

Era más fácil que fuera culpable. Dolía menos.

Elegí lo que dolía menos.

—Has ido rápido.

Massimo. No había salido con los demás. Estaba apoyado en una columna de mármol, los brazos cruzados, el vaso de café de la mañana olvidado en la mano.

—Fue necesario.

—Fue rápido. —Se despegó de la columna y vino hacia mí, despacio, como quien escoge cada palabra antes de soltarla—. Acceso, huella, ingreso, todo bien envuelto en una sola mañana. Ya te lo he dicho: la vida no entrega culpables con lazo de regalo.

—La pericia sí.

—La pericia entrega lo que le ponen delante. —Se detuvo al otro lado de la mesa, y sus ojos recorrieron las piedras alineadas, la acreditación que ella había dejado allí—. Respóndeme una cosa, entonces, ya que eres el hombre más inteligente que conozco. ¿Por qué iba una ladrona a usar su propia credencial? ¿Por qué iba a dejar la huella sin guante, ella, que seguía el protocolo dormida? ¿Por qué iba a cobrar el pago en su cuenta, con nombre y apellido, tres días antes? —Ladeó la cabeza—. O es la criminal más idiota de la historia, o alguien quiso con muchas ganas que pareciera que fue ella.

Apreté los puños sobre la mesa.

Eran las mismas preguntas que ella había gritado, en medio del salón, con la voz quebrándose. Las mismas que yo había enterrado bajo una frase envenenada, porque no soportaba lo que ocurriría si las dejaba en pie.

—O —dije, y la voz me salió dura— es lo bastante lista para contar con que gente como tú haga exactamente esas preguntas.

Massimo me miró en silencio un largo instante.

Detestaba que me mirara en silencio. Su silencio siempre me arrancaba lo que tres horas de discusión no arrancarían.

—Ya has visto esta película antes —dije, antes de que lo dijera él—. Yo ya la he visto. Una mujer que sonríe, que firma, que

parece de fiar hasta el día en que deja de serlo. No voy a ser idiota dos veces.

—Esa frase no es tuya, Lorenzo. Es de Vittoria. Y tu madre no querría que enterraras a una persona en caliente en nombre de una piedra que ella diseñó.

—No hables de ella. —Las palabras salieron entre dientes—. No tienes derecho a usarla para convencerme de nada.

—¿Y tú tienes derecho a usarla para convencerte de todo? —Me sostuvo la mirada un segundo más. Después dejó el vaso intacto sobre la mesa, junto a la acreditación, y respiró—. Manda hacer una pericia independiente. Solo eso. Si tienes razón, no pierdes nada. Si te equivocas... —Dejó que la frase muriera sola, porque sabía que ya había calado—. Piénsalo.

Y salió, sin dar un portazo, igual que entraba.

Me quedé solo en la planta.

La vitrina de lanzamiento brillaba en el centro del salón, iluminada, perfecta, y vacía.

Un altar sin santo. A su lado, su mesa —la mesa que había sido suya hasta una hora antes— con las piedras todas alineadas, todas catalogadas, todas exactamente en el lugar donde debían estar.

Un orden que no supe cómo interpretar y que, por eso mismo, decidí no interpretar.

Cogí la acreditación que ella había dejado. Plástico barato, la foto torcida de una mujer de rizos mal domados y barbilla alta en su primer día.

Y fue entonces cuando el olor me alcanzó.

Jazmín. Todavía allí, suspendido en el aire de la planta, terco, como ella.

Algo se apretó en mi pecho, en un lugar que juraba haber sellado años atrás.

Había vencido. Tenía la empresa de nuevo bajo control, el culpable elegido, la maquinaria en marcha.

Debía parecer una victoria. Parecía el sonido de una caja fuerte abriéndose sin nada dentro.

Cerré la mano en torno a la acreditación con tanta fuerza que el plástico crujió. Cerré con llave la puerta dentro de mí, la misma que ella había abierto, y arrojé la llave al fondo de donde nunca debería haber salido.

Cierra la puta boca, le dije a la parte de mí que, incluso ahora, incluso después de todo, aún insistía en susurrar su nombre.



CAPÍTULO 13

«Hasta los trozos de cristal en el suelo dibujan un mapa. Solo tuve que arrodillarme en la oscuridad para ver hacia dónde apuntaba.»

CHIARA FERRARI

No sé cuánto tiempo estuve sentada en el suelo, de espaldas a la cama, mirando la pared.

La habitación alquilada nunca había parecido tan pequeña.

Cuatro paredes que se tragaban la mitad de un sueldo que, desde aquella mañana, ya no tenía. La luz de la tarde se volvió la luz malva del final del día sin que yo me moviera.

Encima de la cómoda, el móvil parpadeaba, mudo: once llamadas perdidas. Tres de Bianca. Las demás, todas de un número que empezaba por el prefijo de Florencia.

Papà.

No contesté ninguna. La voz me delataría entera, y lo último que aquel hombre necesitaba, con el corazón ya cansado, era saber que llamaban ladrona a su hija en toda la ciudad.

Tragué saliva y mandé un mensaje.

Día de locos, papà. Te llamo mañana. Tómate la medicina.

Palabras contando una mentira. Yo, que siempre supe reconocer cuándo él apartaba la mirada al teléfono, ahora era la que la apartaba.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

No fue una llamada educada. Fue Bianca, claro; solo ella aporreaba la madera como quien reclama una deuda.

—Chiara Ferrari, sé que estás ahí. Abre esta puerta o despierto al edificio entero.

Me levanté con las piernas dormidas y abrí.

Me miró un segundo —el pelo revuelto, los ojos hinchados, el blazer aún puesto, arrugado de un día entero en el suelo— y la cara de guasa se le deshizo al instante.

No dijo nada, solo soltó en el suelo la bolsa de plástico que traía, me agarró del brazo y me abrazó tan fuerte que el nudo de la

garganta por fin reventó.

Lloré como una niña, allí, en la puerta, aferrada a mi mejor amiga.

—Ya está. —Me arrastró hacia dentro, cerró la puerta con el pie—. Ya está, mi amor. Ya lo sé. Roma entera lo sabe ya, y he venido porque no contestabas y me he imaginado cosas que ni voy a decir en voz alta.

—Yo no lo hice, Bianca. —Me senté en el borde de la cama, secándome la cara con el dorso de la mano—. Te juro por la memoria de mi nonna que no...

—Sé que no lo hiciste. —Se arrodilló ante mí, sujetándome las dos manos—. No necesito que jures. Te conozco, Chiara. Te sientes culpable por coger dos sobrecitos de azúcar en el café. No robarías una joya ni aunque viniera con manual de instrucciones.

Se me escapó una sonrisa mojada, sin querer. Ella tenía ese poder.

Bianca abrió la bolsa: focaccia, vino barato, dos vasos que ella misma sacó de mi armario, porque conocía mi cocina mejor que yo. Llenó los dos y se sentó a mi lado.

—Ahora vas a comer, vas a beber y me lo vas a contar todo. Desde el principio. —Le dio un mordisco a un trozo de pan demasiado grande—. Porque hay una cosa que no se me va de la cabeza desde que me enteré. ¿Cómo? ¿Cómo es que tienen tu huella en una piedra que juras no haber tocado nunca sin guante?

—No lo sé. —Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos—. Es eso lo que me está volviendo loca. Seguí el protocolo todos los santos días. Guante de algodón, siempre. No consigo ni imaginar cómo...

Me detuve.

Algo frío se me deslizó por la espina.

—¿Chiara?

—La caja. —Abrí los ojos. El vaso me tembló en la mano—. El encaje.

—¿Qué encaje?

—La víspera. —Hablaba despacio, montándolo en voz alta mientras lo montaba en la cabeza, y cada pieza que encajaba me helaba un poco más la sangre—. Vittoria apareció en mi mesa. Muy simpática, de repente, ella, que siempre me trató como a la basura. Dijo que sabía que yo trabajaba sola hasta tarde, casi hasta medianoche. —Miré a Bianca—. ¿Cómo sabía la hora exacta a la que yo salía?

Bianca soltó el pan.

—Y entonces me pidió que le sujetara una cosa. Una caja poco honda, forrada de terciopelo. El encaje que va dentro del pedestal, bajo el zafiro. —La voz me subió, descontrolada—. La cogí sin pensar, sin guantes. Cuando mi cerebro despertó y dije: Vittoria, no llevo guantes, me quitó la caja de la mano al instante, muy dulce, ah, es solo el encaje, no te preocupes, cariño, y la guardó en una bolsa.

La habitación se quedó en silencio.

—Esa pieza —dije, en voz baja, con el estómago desplomándose— fue lo único que tocó La Stella en el pedestal. Mi huella, sin guante, exactamente donde la pericia iba a encontrarla. Me hizo plantar mi propia prueba.

—¿Y después? —Bianca estaba pálida ahora—. Has dicho que había más.

—Volví a por el abrigo. —Se me humedecieron los ojos de nuevo, pero esta vez no era solo dolor. Era rabia, pura, limpia—. La vi parada de cara a la caja fuerte. Sola, a oscuras, casi las nueve y media de la noche, y la transferencia de la pieza era por la mañana.

Me vio y se asustó, sonrió demasiado rápido y dijo que estaba comprobando la seguridad.

—Hija de puta —soltó Bianca, sin ninguna dulzura—. Te lo dije, lo de esa mujer. Te lo dije, la víspera, por teléfono: la gente que cambia de simpatía de repente quiere algo. Te lo dije.

—Me lo dijiste. —Dejé el vaso en el suelo. Las manos habían dejado de temblarme—. No tengo el nombre, no tengo la prueba. Robó la pieza y me usó de cabeza de turco, porque yo era la única allí sin nadie que me defendiera.

Por un instante la certeza me dio un suelo donde pisar. Al instante siguiente, el suelo desapareció de nuevo.

—¿Y quién va a creerme? —Solté una risa amarga—. La empleada recién llegada, despedida, acusada, con la huella en la escena y dinero en la cuenta. Contra la prima del dueño. La mujer que se ocupa del patrimonio de esta casa desde hace años. —Apoyé la cabeza en las manos—. No tengo ni una sola prueba, solo tengo una historia. Y nadie en la faz de la Tierra va a cambiar tres pruebas físicas por la historia de una ladrona.

Bianca se quedó callada un rato. Después me cogió la barbilla y me levantó la cara, como hacía mi nonna cuando yo era pequeña y quería rendirme.

—Pues conseguimos la prueba —dijo, simple, como si estuviera proponiendo compartir una pizza—. ¿De verdad crees que voy a dejar que esa rubia de hielo destroce a mi mejor amiga y se vaya paseando con tacones por Roma como si nada hubiera pasado?

—Bianca...

—Conozco a medio mundo del ambiente artístico, Chiara. Y tú —apuntó a mi pecho— conoces las piedras como nadie en esta ciudad. Un zafiro de aquel tamaño no se esfuma en el aire. Alguien va a tener que venderlo, y la gente como Vittoria siempre deja un rastro. Solo tenemos que encontrarlo.

Miré a mi amiga, en la luz malva de aquella habitación minúscula, con una miga de focaccia en la comisura de la boca y fuego en los ojos, y sentí, por primera vez en horas, que quizá no fuera a hundirme sola.

Más tarde, cuando ella ya se había ido, me quedé tumbada a oscuras, con el móvil en la mano y el número de Florencia parpadeando de nuevo.

Casi llamé. Casi lo conté todo, casi dejé que mi padre me dijera que iba a salir bien, del modo en que solo él sabía mentir con belleza.

No llamé.

Porque, el día en que él lo supiera, quería que lo único que oyera fuera la verdad.

No la versión de ellos.

La mía. Limpia, probada, con nombre y apellido de quien lo hizo de verdad.

Apreté el móvil contra el pecho y cerré los ojos, y el juramento del ascensor, que por la mañana había sido un grito de dolor, se volvió otra cosa aquella noche. Se volvió un plan.

Me lo quitaron todo. Pero no me quitaron lo único que sé hacer mejor que nadie. Y es con eso con lo que voy a desenterrar la verdad.



CAPÍTULO 14

«Me aferré a los hechos como quien se aferra a un muro en la oscuridad.»

LORENZO RICCARDI

Tres días.

Fue lo que tardó el mundo en transformar el robo de una joya en el derrumbe de una casa.

Desde la última planta, veía a los fotógrafos acampados en la acera, pequeños como insectos tras el cristal.

Los titulares habían sido todos variaciones del mismo cuchillo: la pieza emblema del Gruppo Riccardi desaparecida en la víspera del relanzamiento, la colección homenaje cancelada, el imperio del lujo que no había conseguido proteger su propio tesoro.

Los accionistas llamaban cada hora. Dos clientes importantes aplazaron encargos. La reputación que mi abuelo tardó cincuenta años en construir estaba sangrando, y yo lo miraba desde arriba, con la calma de quien ya no tiene nada más que sentir.

Se suponía que la venganza tenía que haberme devuelto algo.

No lo hizo. Devolvió solo el vacío del salón, multiplicado por tres días.

Me pasé la mano por el pelo y me volví cuando la puerta se abrió.

—Los comunicados están listos. —Vittoria entró con una carpeta y el porte de quien nunca ha sabido vacilar—. La versión para la prensa, la versión para los accionistas, la versión para la aseguradora. Solo falta tu firma.

Extendió los papeles sobre la mesa con una eficiencia casi bonita de presenciar.

En tres días de caos, Vittoria había sido el único engranaje que no había chirriado ni una vez. Gestionó el pánico de la planta, contuvo al departamento jurídico, habló con la aseguradora antes incluso de que yo me acordara de que había una aseguradora.

—Tenemos que formalizar el proceso contra la chica —dijo, sin levantar los ojos de los papeles—. Hoy, a ser posible.

—Ya está en manos de la policía.

—La policía es lenta, Lorenzo. —Por fin me miró, el tono suave, paciente—. Lo que sostiene al mercado es el cierre. La casa necesita demostrar que ha identificado al culpable, que está denunciando, que el fallo no fue nuestro. Sin un nombre cerrado, la aseguradora bloquea la indemnización durante meses. Y nosotros necesitamos esa indemnización rápido. Por la caja.

Por la caja.

Había una prisa ahí que desentonaba con el resto. Me fijé y no me fijé; lo atribuí al celo. Era su trabajo cuidar del patrimonio de esta casa, y siempre lo cuidó como si la vida le dependiera de ello.

El móvil le vibró sobre la mesa. Vittoria miró la pantalla y por medio segundo —solo medio— el rostro perdió el brillo y los labios se le apretaron. Después, giró el aparato boca abajo sin contestar.

—Asunto personal —murmuró, y la sonrisa volvió a su sitio como una joya recolocada en el estuche.

No le di importancia.

—Yo me ocupo de las firmas —dije, tirando de los papeles—. Déjalo de mi cuenta.

La puerta se abrió de nuevo, sin golpe. Massimo.

—Vittoria. —Saludó a mi prima con un gesto que era educado y nada más. Esperó a que recogiera la carpeta y saliera, y sus ojos la acompañaron hasta la puerta con una atención que yo conocía bien: la de quien está leyendo una hoja de cálculo invisible.

—¿Qué pasa?

—Curioso. —Se sirvió agua como si fuera su casa—. La empresa entera hecha pedazos, y la única persona que parece haber encontrado su eje es tu prima.

—Es eficiente. Siempre lo ha sido.

—No he dicho eficiente. —Massimo giró el vaso—. He dicho aliviada. Hay gente que entra en pánico en el incendio, Lorenzo. Y hay gente que parece haber pasado la noche ensayando dónde ponerse de pie cuando el fuego empezara.

Apreté la mandíbula.

—¿Estás acusando a Vittoria de qué exactamente?

—De nada. —Dejó el vaso—. Estoy diciendo que la pericia independiente que mandé llamar empieza mañana. La de verdad, no la que apareció hecha en una sola mañana. Y estoy diciendo que,

cuando termine, quiero que estés preparado para mirar el resultado sin el trauma traduciéndotelo todo. Solo eso.

No respondí.

Fue respuesta suficiente, y él supo leerla, como siempre. Salió dejándome solo con los papeles, con la ciudad allá abajo y con un silencio que pesaba toneladas.

Miré la carpeta. Encima de todo, el informe técnico de la pieza.

El informe que ella había firmado, semanas antes: impecable, con aquella observación a pie de página sobre la orientación del asterismo que tres tasadores experimentados nunca habían registrado.

Una mujer que leía un zafiro como nadie en aquella planta. Que se había quedado sin aire ante una estrella encendiéndose en una piedra. Que hablaba de las gemas con la misma reverencia que mi madre.

¿Por qué iba una mujer así a robar justamente lo único que amaba de verdad?

El pensamiento subió entero, traicionero, y lo agarré por la garganta antes de que echara raíces.

Apreté los puños y cerré la carpeta con fuerza.

No.

Acceso. Huella. Ingreso. Los hechos. Los malditos hechos.

No iba a dejar que me engañara otra vez una cara bonita que sabía exactamente qué decir.

Pero la verdad era que ya no conseguía mirar aquella carpeta sin que el pulso de su cuello, en voz baja, sabe que no, volviera a martillearme por dentro.

Y fue por eso por lo que, cuando Vittoria volvió a por la primera tanda de documentos firmados, hice lo único que haría un

hombre lo bastante ciego como para protegerse.

—Vittoria. —Empujé la carpeta entera hacia ella—. El caso. La prensa, la aseguradora, los abogados, el proceso. Quiero que lo resuelvas todo.

Vaciló —una fracción de segundo, sorpresa, u otra cosa.

—¿Estás seguro? Es mucha exposición. No quiero que parezca que estoy pasando por encima de...

—No quiero mirar esto todos los días. —La voz me salió más alta de lo que pretendía—. Es la pieza de mi madre. No puedo estar revolviendo los detalles sin... —Me frené. No terminé—. Eres la única persona de esta casa en quien confío con los ojos cerrados. Ocúpate de esto por mí.

Algo cruzó su rostro.

Lo leí como lealtad, como la emoción de una prima ante la confianza del primo.

—Déjalo de mi cuenta, Lorenzo. —Vittoria recogió la carpeta contra el pecho, y su sonrisa, esta vez, le llegó a los ojos—. Yo me ocupo de todo. De principio a fin.

Salió, y el perfume caro se quedó en el aire después de que la puerta ya se hubiera cerrado.

Volví al cristal, a mi ciudad allá abajo, sin tener la menor idea de que acababa de entregar la llave de la persecución a la mujer equivocada, de poner en manos de la zorra el gallinero entero, con la inocente encerrada dentro.

Confía en mí, había dicho ella.

Y que Dios me perdonara, porque confié...



CAPÍTULO 15

«Me quitaron el nombre, el empleo, el suelo bajo los pies. Se olvidaron de lo único que no se me puede robar: mi manera de ver.»

CHIARA FERRARI

Una semana antes, catalogaba la joya más valiosa de Italia.

Aquella mañana estaba sentada a la mesa de mi habitación, con un cuaderno abierto, un bolígrafo mordido en la punta y exactamente ningún recurso en el mundo más allá de mi propia cabeza.

Había llamado a cuatro contactos del sector desde el despido. Dos no contestaron. Uno fue educado y colgó demasiado rápido. El cuarto tuvo el valor de decir la verdad: nadie va a recibirte, Chiara, tu nombre está en todos los periódicos.

Mi nombre en los periódicos.

Ladrona.

Era lo que decían, sin signo de interrogación.

Tragué saliva y volví al cuaderno. Era todo lo que me quedaba: lo que sabía hacer.

—Deja de morder ese boli, que te vas a tragar la tinta. —Bianca estaba despatarrada en mi cama, comiendo galletas de mi cajón—. Explícamelo otra vez. ¿Por qué estás tan convencida de que se puede encontrar la piedra?

—Porque es única. —Le di la vuelta al cuaderno, hacia ella, donde yo había dibujado la estrella de seis puntas—. Bianca, un zafiro estrella con un asterismo perfecto así, de ese tamaño, no hay otro. No es una joya que se pierda entre la multitud. Es un rostro. Cualquier gemólogo serio del planeta reconocería La Stella en una fotografía.

—Entonces es una idiotez robarla.

—Es una idiotez intentar venderla en el mercado legal. —Me levanté, andando por la habitación, montando el plan en voz alta—. No hay certificación que blanquee una pieza así. El número de registro, la procedencia, todo apunta al Gruppo. Quien la robó solo tiene dos salidas: o destroza la piedra en piedras más pequeñas...

—Lo cual destruiría justamente lo que vale.

—Exacto. Nadie hace añicos una estrella para vender grava. —Me detuve—. O la vende entera, a oscuras, a un coleccionista clandestino. Gente que compra para encerrarla en una caja fuerte y mirarla a solas, sabiendo que nunca va a poder enseñársela a nadie. Y ese mundo, amiga, es pequeño. Pequeño y cerrado.

Bianca se sentó en la cama, la galleta olvidada.

—¿Y tú conoces ese mundo?

—Conozco el de la piedra. —Suspiré y me senté de nuevo—. El mundo de los coleccionistas de sombra lo conozco de oídas. Los que se mueven por ahí son los tratantes. Los que compran y venden sin hacer preguntas. —Miré el cuaderno—. Necesitaría a alguien de dentro. Alguien que oyera el runrún del mercado paralelo antes de que se convirtiera en un hecho.

El silencio duró tres segundos. Después Bianca esbozó la sonrisa más peligrosa de su repertorio.

—Yo conozco a un tratante de piedras. —Arqueó una ceja—. Es más, lo conoces tú. Aquel que te elogió delante de todo el mundo y te invitó a un café. El que el iceberg de traje puso de patitas en la calle del susto.

—No.

—¿Por qué no? —No apartó los ojos de mí.

—Porque ahora mismo no quiero deberle un favor a ningún desconocido.

—Chiara. —Bianca cogió mi cuaderno y lo cerró con delicadeza—. Te están acusando de un delito que no cometiste. No es momento de orgullo, es momento de usar cada puerta que siga abierta. Y aquel hombre dejó una puerta bien abierta.

Me mordí el labio. Tenía razón, y odiaba cuando tenía razón.



Tommaso Conti llegó al café quince minutos antes de tiempo, lo que ya me dijo algo sobre él.

Se levantó en cuanto me vio, la sonrisa amplia, el cuello de la camisa abierto también, con el aire de quien nunca ha pasado un día sin saber que resultaba encantador.

Yo había llamado hacía dos horas, vacilante, esperando dar con una secretaria. Contestó él mismo, y dijo signorina Ferrari en un tono de quien acaba de alegrarse el día.

—Has venido. —Me apartó la silla—. Confieso que ya había renunciado a cobrarme aquel café.

—Las circunstancias han cambiado. —Me senté, directa—. Habrá leído los periódicos.

—Los he leído. —La sonrisa retrocedió, y lo que le quedó en el rostro no fue juicio. Fue otra cosa—. Y no me creí ni una línea. Quien reclasifica una turmalina que la casa entera había manoseado sin enterarse no roba piedras, Chiara. Quien ama así no destruye.

Algo me apretó la garganta, sin avisar. Hacía una semana que nadie de fuera de mi círculo me miraba sin recelo.

—Yo no robé —dije, bajo.

—Lo sé. —Se inclinó sobre la mesa, y bajó la voz también—. Y no has venido aquí a tomar un café conmigo, aunque me encantaría fingir que sí. Has venido porque eres la única persona de Roma que hace la pregunta correcta. —Le brillaron los ojos—. ¿Adónde va a parar una piedra así?

No respondí enseguida.

O es exactamente lo que necesito, o es demasiado bueno para ser verdad.

Había aprendido, de la peor manera, a desconfiar de quien llega demasiado rápido con la mano tendida.

—¿Y usted sabe adónde?

—Sé por dónde. —Giró la taza entre los dedos, pensando—. Un zafiro estrella así solo respira en tres o cuatro manos en el mundo entero. Conozco a dos de ellas personalmente, pero hay una cosa que quizá te interese más.

Ladeé la cabeza.

—¿De qué habla?

—Hace unas tres semanas, antes incluso de que estallara tu historia —dijo, despacio, midiendo cada palabra—, empezó a correr un susurro en el mercado de sombra. Alguien anduvo sondeando a compradores con mucha discreción para un zafiro excepcional. Sin procedencia.

El aire me salió de los pulmones de golpe.

Tres semanas.

Antes de que el robo se hiciera público. Antes de que yo siquiera supiera que la pieza había desaparecido.

—¿Quién? —Apenas me salió la voz.

—Eso todavía no lo sé. —Me miró, y había ahí una chispa de juego, de cacería, que no supe si me animaba o me asustaba—. Pero puedo averiguarlo. Tengo los oídos adecuados en los lugares adecuados. —Tendió la mano sobre la mesa, la palma hacia arriba, una invitación—. La pregunta, Chiara, es si confías en mí para esto.

Miré la mano tendida.

Y el escalofrío no se fue, porque una parte de mí —la parte que acababa de ser destruida por confiar en las personas equivocadas— sabía que aquella era exactamente la pregunta que hace toda trampa antes de cerrarse.

Pero ¿qué opción tenía?

Le estreché la mano.

—Averigua quién fue —dije—. Y yo te invito al café que quieras...



CAPÍTULO 16

«La peor celda no tiene barrotes. Es desear, con cada hueso del cuerpo, exactamente aquello que uno se ha pasado la vida jurando odiar.»

LORENZO RICCARDI

Dos semanas desde que la destruí ante la empresa entera.

Se suponía que la venganza tenía que saber a algo. En cambio, sabía a nada: el mismo vacío de la caja fuerte abierta, multiplicado por catorce noches sin sueño.

Desde la última planta, Roma seguía encendida, indiferente. La casa que mi abuelo tardó medio siglo en levantar seguía en pie, herida, pero en pie.

Debería sentir alivio.

Sentía jazmín.

Su mesa, en la planta doce, llevaba dos semanas vacía. Y, aun así, cuando cerraba los ojos, lo que subía no era el rostro de la ladrona que juraba haber desenmascarado.

Era un perfume de flor barata que ningún dinero conseguía quitar del aire.

Me pasé la mano por el pelo y me serví un whisky que no iba a beberme.

La puerta se abrió sin golpe, y ni siquiera necesité volverme.

—Tienes cara de haber dormido aquí. —Massimo cruzó la sala y dejó una carpeta fina sobre mi mesa, con la familiaridad de quien entra en su propia casa—. Otra vez.

—Estaba trabajando.

—Estabas escondiéndote de la almohada. —Se sirvió agua y renunció a comentar lo que vio—. Siéntate. Necesito que mires una cosa con la cabeza fría, y la cabeza fría no es lo que te sobra hoy.

Miré la carpeta sin tocarla. Su timbre había cambiado. Massimo provocaba todo el rato; cuando bajaba la broma, era porque había encontrado algo.

—La pericia independiente.

—Empezó por el dinero. —Abrió la carpeta él mismo—. El ingreso. La prueba número tres, la que Vittoria presentó envuelta con lazo de regalo: una transferencia a una cuenta vinculada a la chica. El pago por el servicio.

—Me acuerdo de las tres. —Apreté la mandíbula—. Acceso. Huella. Ingreso. No necesito una clase.

—Necesitas esta. —Massimo apoyó los dos puños en la mesa —. Puse a dos hombres a rastrear de dónde salió aquel dinero. ¿Sabes qué encontraron? —Esperó un segundo más de lo necesario —. Nada, Lorenzo. Absolutamente nada.

Le sostuve la mirada, sin entender de inmediato. Dentro de mí, algo empezó a moverse en un lugar que mantenía cerrado.

—¿Cómo que nada?

—El dinero de verdad tiene historia. —Iba encajando una pieza cada vez—. Quien paga a una ladrona saca ese dinero de algún sitio. Siempre hay un hilo del que tirar. —Golpeó el papel con el dedo—. Este no lo tiene. Apareció en su cuenta salido de ninguna parte. Limpio por delante, hueco por detrás. —Me sostuvo la mirada —. Lo que nace de la nada no es un pago, es un decorado. Alguien montó ese ingreso para que lo encontraran.

Un decorado.

—O el rastro se escondió bien. —Mi voz sonó ensayada en mis propios oídos—. Quien roba un zafiro así sabe blanquear dinero.

—Quien sabe blanquear dinero no entra en la caja fuerte con su propia credencial. —Massimo se irguió—. No deja la huella sin guante en un pedestal. No lo hace todo en un único día, con las tres pruebas listas a la mañana siguiente. O es la criminal más brillante que ha visto esta casa, o la más idiota del planeta, y sabes que no es ninguna de las dos.

Apreté los puños sobre la mesa.

Cada frase suya entraba como una astilla bajo la piel, y odiaba que entrara, porque todas decían, con otras palabras, lo único que había jurado no escuchar.

—La pericia todavía no ha terminado —dije.

—No ha terminado. —Recogió la carpeta, sin cerrarla—. No he venido a cerrar nada. He venido para que dejes de firmar papeles con los ojos cerrados mientras el suelo se mueve bajo tus pies.

Fue hasta la puerta y se detuvo con la mano en el pomo, como hacía siempre que se guardaba lo peor para el final.

—Ah. Ya que no lo preguntas, te lo cuento. —Se volvió, demasiado casual para ser algo normal—. Tu sospechosa no está debajo de la cama, llorando. Está buscando la piedra. Se ha dedicado a llamar a medio mercado de gemas de Roma esta semana. —Una pausa milimétrica—. Incluida la puerta del tratante que echaste de aquí del susto. Aquel del cuello de la camisa abierto, el tal Conti. Los vieron en un café muy a gusto.

Me hirvió la sangre.

Fue físico, inmediato, indecente. La imagen se montó sola: ella inclinada hacia aquella sonrisa fácil, riéndose, riéndose como nunca se había reído conmigo.

Las manos de él cerca de las manos de ella.

Conti.

El mismo al que expulsé de mi planta con una frialdad que no supe explicar.

Me encontré de pie sin haberme dado cuenta de que me había levantado.

—Interesante —dijo Massimo en voz baja, y había una satisfacción seca en su voz—. Vine a hablar de un ingreso forjado, y lo que te levantó de la silla fue el café.

No me fié de mi propia voz por un instante.

—Vete a casa, Massimo.

—Ya me voy. —Abrió la puerta—. Pero piensa una cosa: ¿por qué pierde los papeles un hombre por saber que otro lleva a tomar café a la ladrona que él juró despreciar? —Me miró una última vez, sin crueldad, solo con la claridad de siempre—. A una ladrona se la olvida, Lorenzo. Uno no pierde el sueño por su compañía.

La puerta se cerró. Me quedé parado en medio de la sala, la respiración corta, en un compás que me negaba a nombrar.

Tenía razón, y esa era la parte insoportable. Debería sentir asco, el desdén limpio que se siente por quien traiciona la confianza de uno. Odiar con la conciencia tranquila siempre fue mi talento más antiguo.

Y, sin embargo, no era asco lo que ardía en mí.

Era celos: las ganas locas de cruzar la ciudad, arrancarla de aquella silla y preguntarle qué creía que estaba haciendo, riéndose para otro hombre con mi nombre aún manchando el suyo.

Y los celos no se sienten por una desconocida. Los celos se sienten por quien uno cree, en el fondo, que es suyo.

Ella no es mía. Es una ladrona.

Lo repetí como una oración. Y, por primera vez en dos semanas, no funcionó.

Porque, si fuera solo una ladrona, el ingreso salido de la nada no me dejaría sin aire, ni la huella sin guante, ni su rostro quedándose sin aliento ante una estrella encendiéndose en una piedra. Y yo no estaría de pie en el despacho, hacia las diez, fuera de mí por un café.

Antes de decidir nada, ya estaba en el pasillo, ante el ascensor, el dedo en el botón.

Bajé. No a la planta baja. A la planta doce.

Me dije que era por el proceso: un registro que comprobar, cualquier pretexto que cupiera en la boca de un hombre que aún fingía tener el control. Las puertas se abrieron en la planta a oscuras, y mis pies me llevaron solos al lugar de siempre.

Su mesa.

Vacía. Limpia. Sin un cuaderno, sin una lupa, sin el jazmín que juraba haber sentido allí arriba.

Fue allí parado, ante una mesa donde ya no había nadie a quien vigilar, cuando la verdad me alcanzó por la garganta, fría y

afilada como una cuchilla.

No había bajado a comprobar ningún registro. Había bajado para estar cerca del lugar donde ella solía estar.

Y, por primera vez en dos semanas, lo que me apretó el pecho no fue rabia. Fue miedo.



CAPÍTULO 17

«Hay una hora en la que tragarse la injusticia pesa más que el miedo a devolver el golpe.»

CHIARA FERRARI

Dos semanas. Fue lo que tardé en descubrir que una reputación cuesta años en construirse y una tarde en convertirse en polvo.

En Roma, el mercado de gemas es pequeño y habla bajo. Bastó con que mi nombre circulara pegado a la palabra ladrona para que puertas que siempre se habían abierto con una sonrisa pasaran a cerrarse con una disculpa incómoda.

Dos tasadores que me conocían desde Florencia «estaban ocupados». Un subastador que ya me había invitado a un café y elogiado mi ojo fingió no reconocerme.

La pista de Tommaso era real; de eso estaba segura.

Alguien había andado sondeando compradores para un zafiro sin procedencia semanas antes de que el robo se convirtiera en escándalo.

Premeditación.

Pero «alguien» no tenía rostro, y yo no tenía forma de ponerle uno. Para unir los puntos que faltaban, necesitaría los registros del Gruppo: los horarios, las credenciales, lo que entró y salió de aquella caja fuerte. Y el Gruppo, ahora, era un edificio donde mi cara hacía que el guardia apretara la radio.

Choqué contra un muro. Liso, alto, sin una grieta.

Fue en la cocina minúscula de Bianca, con una botella de vino malo entre las dos, cuando el muro se convirtió en otra cosa.

—Tienes cara de ir a hacer una tontería. —Me llenó el vaso sin preguntar—. Conozco esa cara. Es la misma de cuando dejaste Florencia con dos maletas y ningún plan.

—No es una tontería. —Giré el vaso sin beber—. Es lo único que todavía está en mis manos.

—Que es...

—La huella. —Las palabras salieron firmes, y eso me sorprendió—. Es la prueba que me enterró, Bianca. Encontraron mi huella en la piedra. Todo el mundo oyó «huella» y dejó de pensar. —Me incliné sobre la mesa—. Pero soy gemóloga. Yo nunca, nunca

toqué La Stella sin guante. Nadie la toca. Una pieza así se sujeta con paño, con algodón, con miedo hasta de respirar cerca. —Sentí que el corazón se me disparaba con mi propia lógica—. Una huella limpia, desnuda, en aquel zafiro no prueba que yo lo robara. Prueba que alguien cogió mi huella de algún sitio y la plantó ahí.

Bianca me miró un largo segundo. La broma que siempre tenía en la punta de la lengua no llegó.

—Vale. —Dejó el vaso—. Digamos que tienes toda la razón. Que tiene todo el sentido. —Se cruzó de brazos—. ¿A quién se lo vas a contar, amiga? ¿Al espejo? ¿A la policía que ya lo archivó todo porque la directora de patrimonio le entregó el caso envuelto para regalo?

No tengo a quién contárselo. No tengo prueba. No tengo nada más que mi palabra, y mi palabra, hoy, no vale ni el vaso de este vino.

Y fue justo ahí, en el fondo de aquel pensamiento, donde subió la rabia. No la pena tibia que llevaba dos semanas consumiéndome.

Rabia de verdad.

—Hay una persona —dije despacio— que mueve este caso con una llamada. Que tiene acceso a todo. Que destruyó mi vida delante de la empresa entera sin dejarme decir una palabra.

Bianca abrió mucho los ojos.

—Chiara. No...

—Lorenzo Riccardi me va a escuchar. —Me levanté—. Aunque sea para escupirle a la cara que se equivocó.

Bianca se pasó los veinte minutos siguientes enumerando todos los motivos por los que aquello era una locura.

Los escuché todos. Ninguno era rival para la imagen que no se me iba de la cabeza: él, en lo alto de aquella torre, de traje

impecable, durmiendo tranquilo mientras yo le mentía a mi padre por teléfono —todo va bien, papà, el trabajo va estupendo— solo para que no descubriera que la hija que se enorgullecía de llamar honrada era ahora titular de cotilleos.

El taller que soñaba con abrir se había vuelto humo. La vida que construí con uñas y dientes había sido borrada del mapa por un hombre que decidió, él solo, que yo era culpable.

No iba a esconderme debajo de la cama.

Yo no era culpable.

Y si lo único que todavía estaba en mis manos era mirarlo a los ojos y decírselo, iba a decírselo.



Llegué al Gruppo Riccardi a las diez y media de la noche.

La torre estaba casi toda apagada: una colmena oscura contra el cielo de Roma.

Allá en lo alto, en la última planta, una hilera de ventanas seguía encendida. Cómo no. El hombre nunca se iba a casa.

Respiré hondo en la acera antes de empujar la puerta de cristal. El nudo en el estómago era tan grande que casi me reí de él.

Dos semanas antes, entraba allí con una acreditación y un buenos días. Ahora entraba como una intrusa con tacones, el corazón en la garganta y ningún plan más allá de subir.

El guardia de la recepción nocturna me reconoció al instante. Vi cómo se le apretaba la mandíbula.

—La signorina no puede...

—Avise de que soy Chiara Ferrari. —Le sostuve la mirada, firme, aunque las piernas dijeran lo contrario—. Va a querer verme.

Puede creerme.

Era un farol. El mayor farol de mi vida.

Esperaba el «no». Esperaba su mano yendo hacia la radio, la seguridad arrastrándome de allí, otra humillación para la colección.

El hombre vaciló y cogió el teléfono.

Habló bajo, vuelto hacia un lado. Esperó. Y entonces, con una cara que no supe leer, volvió a colgar el auricular.

—Puede subir. Última planta.

Tragué saliva.

¿Por qué?

La pregunta prendió antes incluso del primer paso.

¿Por qué iba a dejarme subir? ¿Para humillarme de nuevo, ahora en persona? ¿Para llamar a la policía conmigo encerrada entre cuatro paredes?

Daba igual. Había venido a hablar, y él acababa de abrir la puerta.

El ascensor subió demasiado rápido. A cada planta que marcaban los números, algo dentro de mí apretaba el nudo.

Planta doce: mi mesa, al otro lado de aquel pasillo oscuro.

Subí más. Apreté los puños dentro de los bolsillos del abrigo para que nadie —ni yo— viera temblarme la mano.

Las puertas se abrieron en la última planta.

Enseguida sentí aquel olor a madera y a poder que era solo suyo, impregnado en todo el pasillo. Allá al fondo, una única puerta, entreabierta, dejaba escapar una franja de luz.

Caminé hacia ella. Cada paso repetía lo que llevaba dos semanas jurando: que iba a escucharme.

Que yo no era lo que él había dicho, que la verdad tenía un dueño, y no era su versión.

Me detuve ante la puerta, la mano en el marco, el corazón martilleando contra las costillas.

Es ahora.

Y, sin pensarlo mucho, empujé...



CAPÍTULO 18

«El odio y el deseo hierven a la misma temperatura. Lo descubrí demasiado tarde.»

LORENZO RICCARDI

El teléfono de recepción sonó y supe, antes de contestar, que era el final de algo.

—Dottor Riccardi, disculpe la hora. —La voz del guardia nocturno, vacilante—. Hay una mujer aquí abajo. Dice que es Chiara Ferrari. Iba a mandarla marcharse, pero...

El nombre bajó por la línea como una corriente de aire helado.

Había pasado la noche entera a una planta de distancia de su mesa vacía, fingiendo que no. Y ahora estaba en mi vestíbulo.

Mándala marcharse, fue lo que dijo la razón.

—Dígale que suba.

Colgué antes de arrepentirme. O antes de oírme.

No esperé mucho. El ascensor, el pasillo, y entonces mi puerta se abrió sin ceremonias, empujada por una mujer que ya no tenía nada que perder, y lo sabía.

Chiara Ferrari se detuvo en medio de mi despacho, y lo primero que me alcanzó —antes de la rabia en los ojos castaños, antes de la barbilla alta— fue el jazmín. Aquel perfume barato de flor que me perseguía desde hacía dos semanas, ahora real, llenando el aire de mi despacho.

Me levanté despacio detrás de la mesa.

—Signorina Ferrari...

—No te atrevas. —La voz le temblaba de furia, no de miedo —. No me llames signorina con esa frialdad después de lo que hiciste.

—¿De lo que hice? —Apoyé las manos en la mesa—. No hice nada más que proteger lo que es mío de una empleada que...

—¿Que hizo qué? —Avanzó un paso—. Dímelo a la cara, sin escenario, sin público, sin el teatro que montaste en aquel salón. Llámame ladrona mirándome a los ojos.

Apreté la mandíbula. Fuera, Roma seguía encendida tras el cristal, indiferente a la única persona que había tenido el valor de subir doce plantas para plantarme cara en mi propio territorio.

—Las pruebas... —empecé.

—Las pruebas. —Escupió la palabra—. Tu famosa huella. — Se rió, sin ninguna gracia—. Deja que te explique una cosa en la que, por lo visto, nadie en esta torre de cristal se paró a pensar. Soy gemóloga, dottore. Puedes revisar mi currículum, ya que te encantan los dosieres. —Cada palabra más afilada que la anterior—.

Yo nunca, en ningún día de mi vida, toqué una piedra como La Stella sin guantes. Nadie la toca. Un zafiro de ese valor se sujeta con algodón, con paño, con reverencia. —Se detuvo ante la mesa, las manos extendidas sobre el tablero, la cara a un palmo de la mía—. Así que explícame, con toda esa inteligencia tuya, cómo es que mi huella, desnuda, limpia, fue a parar a una piedra que jamás tocaría sin protección. Hay dos respuestas. O soy la ladrona más idiota del planeta, o alguien cogió mi huella de otro sitio y la plantó ahí.

El suelo se movió.

Porque ya había oído aquello, casi con esas palabras. De boca de Massimo, horas antes, en la misma sala: quien sabe blanquear dinero no deja la huella sin guante en un pedestal.

Le mandé guardarse la teoría. Y ahora volvía, de la persona que más motivos tendría para mentir, y sonaba como lo más verdadero que había oído en quince días.

Apreté los puños detrás de la mesa.

Está mintiendo, insistí conmigo mismo. Es lo que hace un culpable: construye una historia.

Pero la historia cerraba. Y esa era la parte que me aterraba.

—Tuviste acceso a la caja fuerte —dije, y mi voz ya no tenía la firmeza de antes—. Tu credencial...

—¿Mi credencial, que cualquiera con acceso a los sistemas podría clonar? —Se irguió—. Eres un hombre brillante, Lorenzo Riccardi. Demasiado brillante para creerte de verdad un montaje tan perezoso, a menos que creértelo fuera más cómodo que mirar a quien tienes demasiado cerca.

—Cuidado. —Rodeé la mesa antes de pensar, y de repente ya no había ningún mueble entre nosotros—. No tienes ni idea de quién tengo cerca.

—Y tú no tienes ni idea de lo que destruiste. —No retrocedió. Levantó la cara, a pocos centímetros de la mía, los ojos húmedos de

rabia y los puños cerrados a los lados del cuerpo—. Yo mantengo a mi padre, yo tenía un sueño. Lo tachaste todo en un discurso de cinco minutos, porque fue más fácil que dudar de ti mismo.

Estábamos demasiado cerca.

Sentía su respiración, corta, contra mi barbilla. El jazmín subiendo, el calor de la piel, el temblor de rabia que le sacudía los hombros pequeños.

Me odiaba.

Estaba allí, en mi despacho, cerca de la medianoche, vibrando de odio hacia mí. Y todo lo que mi cuerpo registraba era cuánto la deseaba.

Fue como ver un vaso desplomarse de la mesa y no conseguir mover la mano. Su rabia vaciló una fracción de segundo; vi sus ojos bajar, involuntarios, hasta mi boca. Fue todo lo que hizo falta.

No.

La besé.

O nos besamos, porque no hubo una decisión, no hubo un instante en que uno de los dos eligiera. Hubo solo el colapso de dos semanas de furia desplomándose en un único punto: su boca contra la mía, caliente, rabiosa, desesperada.

Sus manos agarraron mi camisa, para empujarme o para atraerme, ninguno de los dos lo supo.

Le sostuve el rostro con las dos manos como si fuera lo único sólido en un mundo que acababa de volverse líquido. Me quedé sin aliento, y no me importó perderlo.

El beso sabía a rabia y a algo mucho peor: a alivio.

Toda la narrativa —la que llevaba quince días recitando como un dogma— se deshizo en su boca.

Porque podía llamarla ladrona con toda la empresa escuchando. Podía llamarla ladrona en los informes, en las reuniones, ante el espejo. Pero no conseguía llamarla ladrona con su lengua en la mía y su cuerpo arqueado contra el mío, y esa era la verdad obscena que ninguna prueba iba a borrar.

Retrocedimos los dos a la vez, como si una descarga hubiera atravesado los dos cuerpos.

Se llevó la mano a la boca. Los ojos muy abiertos, horrorizados —conmigo, consigo misma, con lo que acababa de pasar entre una acusada y el hombre que la había acusado.

—Esto... —La voz le falló—. Esto no ha pasado.

—Chiara. —El nombre se me escapó antes de que la coraza pudiera retenerlo. No «signorina Ferrari». No «signorina». Chiara, como en los tiempos en que aún había un nombre entre nosotros, antes de que yo lo convirtiera en sentencia.

Lo oyó. Y fue peor que cualquier grito.

Retrocedí un paso más, porque era lo único decente que aún era capaz de hacer.

La sangre me tronaba en los oídos. La necesitaba fuera de aquella sala antes de que cayera la última pared.

—Vete. —Mi voz salió irreconocible—. Ahora, signorina Ferrari. Antes de que yo...

No terminé. No había forma de terminar aquella frase sin entregarlo todo.

Me miró un segundo eterno —la rabia, la confusión, y por debajo de todo, lo mismo imposible que ardía en mí. Después, se dio la vuelta y salió, los pasos rápidos desapareciendo por el pasillo.

La puerta se cerró.

Me quedé parado en medio de la sala, la respiración hecha jirones, su sabor todavía en mi boca.

La llamé ladrona ante el mundo entero. Y acababa de besarla como si fuera la única verdad que me quedaba. Una de las dos cosas era mentira, y, por primera vez en quince días, no tenía ni idea de cuál.



CAPÍTULO 19

«La peor traición no necesita enemigo: uno es, en el mismo gesto, la mano en el gatillo y el blanco.»

CHIARA FERRARI

Me duché tres veces, pero no sirvió de nada.

El agua se llevó el día, se llevó el cansancio, se llevó hasta el resto de maquillaje corrido de la noche anterior.

Lo que no se fue fue su olor.

Madera. Aquel perfume caro y arrogante pegado al cuello de mi abrigo, a mi piel, a la memoria, como si Lorenzo Riccardi hubiera encontrado la manera de seguir invadiéndome la vida incluso de lejos.

Había ido hasta allí a escupirle la verdad a la cara. A acusarlo de haberme destruido. Y salí de aquel despacho habiendo hecho lo más imperdonable de mi vida: le correspondí.

Me senté en el borde de la cama, el corazón aún acelerado solo de recordarlo, y me odié con una eficiencia que me sorprendió.

Aquel hombre me arruinó ante una sala llena. Tachó mi nombre, mi sueño, mi futuro, en un discurso que probablemente ya había olvidado.

Y, aun así, cuando su boca encontró la mía, mi cuerpo —mi cuerpo traidor, idiota— respondió como si llevara semanas esperándolo.

Lo odio, repetí, como un mantra. Debería odiarlo con cada hueso del cuerpo.

Pero el odio no erizaba la nuca. El odio no hacía que una se agarrara a la camisa de alguien en vez de empujarlo. Y esa era la parte que no conseguía perdonarme.

Peor: le había visto la cara.

En el instante en que nos separamos, antes de que volviera la coraza, antes del «vete» áspero, lo vi.

Y lo que había ahí no era desdén. No era el asco de un hombre que ha besado a una criminal por error.

Era otra cosa. Algo resquebrajado, hambriento, tan asustado como yo.

No es indiferente.

Archivé la información como quien guarda un cuchillo: con cuidado, sabiendo que un día podría necesitarlo, sabiendo que podía cortarme antes.

Aquello no me consolaba. Al contrario: lo complicaba todo.

Era más fácil luchar contra un enemigo de piedra que contra un hombre que me deseaba de vuelta.

—Tienes la misma cara de ayer, pero con las ojeras de hoy —diagnosticó Bianca, dejando dos cafés en la mesa de su cocina—. Cuenta. Fuiste allí ¿y qué pasó?

—Dije lo que tenía que decir. —Removí el café que no iba a beber—. Lo de la huella, lo del guante. Todo.

—¿Y?

—Y me mandó marcharme.

No era mentira. Era solo una fracción tan pequeña de la verdad que dolía.

—Te mandó marcharte... —repitió Bianca despacio, como quien cata un vino y desconfía de la cosecha—. Subiste hasta la última planta a la guarida del hombre que te crucificó, le soltaste a la cara la teoría que nadie quiso escuchar... y él solo te mandó marcharte. —Apoyó la barbilla en la mano—. Amiga, te quiero, pero mientes igual que la niña que se ha comido el dulce y jura que fue el gato.

Cuéntaselo, pensé. Cuéntale lo del beso.

Pero las palabras se me atascaron en la garganta. Decirlo en voz alta sería volverlo real, y yo todavía necesitaba fingir, al menos ante mí misma, que había sido un desliz, un accidente químico, cualquier cosa que no significara lo que significaba.

Bianca me miró un instante más, con esa forma que tenía de leer lo que yo no decía. Abrió la boca, y mi móvil vibró encima de la mesa.

Tommaso Conti.

No contestes, susurró la parte de mí que aún no había decidido si se fiaba de él.

Contesté de todos modos.

—Chiara. —Su voz estaba baja, seria, sin el encanto de siempre—. He conseguido una cosa más. ¿Puedes verme ahora?



Nos encontramos en un banco de piedra cerca del Tíber, lejos de miradas. Tommaso no perdió el tiempo con rodeos, y fue eso, más que nada, lo que me hizo creerle esta vez.

—Tiré de un hilo —dijo, las manos en el bolsillo del abrigo—. El sondeo que te conté, tres semanas antes del escándalo. Llegué hasta la persona que sirvió de intermediario. Un tipo que vive de esto: de acercar a quien quiere vender lo que no debería a quien compra sin preguntar.

Contuve la respiración.

—¿Te dio un nombre?

—No. La gente así no da nombres; es lo que mantiene la profesión en pie. —Tommaso me miró de reojo—. Pero se le escapó una cosa, pensando que no era nada. Dijo que el vendedor no era un traficante de fuera, que era alguien de dentro de la casa Riccardi. Alguien con acceso. Una persona que conocía la pieza como nadie.

—De dentro —repetí, y el nudo en el estómago ya no tenía nada que ver con el viento del río.

Apreté los puños dentro del abrigo.

La pieza diseñada por la madre de Lorenzo. La caja fuerte. La credencial. Todo de dentro.

La huella plantada por alguien que sabía exactamente cómo incriminarme porque trabajaba allí, del lado de dentro de aquella torre donde mi cara ahora hacía que el guardia apretara la radio.

Por un segundo, una imagen me cruzó la cabeza: una mujer de traje de chaqueta, la dichosa directora de patrimonio que, según Bianca, había entregado el caso envuelto para regalo.

Aparté el pensamiento.

No tenía un nombre, tenía una dirección. Y una dirección, contra un imperio, no vale nada sin prueba.

Y fue entonces cuando lo entendí, frío como una gota bajando por la espina.

Si la verdad estaba dentro de la casa Riccardi —en los registros, en los accesos, en los horarios de aquella caja fuerte—, entonces la única forma de llegar hasta ella pasaba por dentro de aquella torre.

Por los sistemas que una sola persona controlaba. Por una puerta que solo un hombre podía abrir.

No había atajo, no había otra puerta. La justicia que había ido a buscar vivía dentro de la misma jaula que me había escupido fuera.

El mismo hombre al que había besado hacía menos de veinticuatro horas.

—Gracias —le dije a Tommaso, con la voz más firme de lo que me sentía. Asintió, me miró un instante más de lo debido, y se marchó.

Me quedé sola en el banco, el olor a madera aún fantasma en mi cuello, la certeza horrible tomando forma: para probar que se había equivocado, iba a tener que volver a acercarme a él.

Y, después de aquel beso, ya no sabía qué me aterraba más: cruzarme de nuevo con Lorenzo Riccardi, o cuánto, en un rincón sucio de mí, lo deseaba.



CAPÍTULO 20

«Lo construí todo sobre una única certeza. Bastó una grieta fina para que el edificio entero empezara a crujir.»

LORENZO RICCARDI

No dormí.

Pasé la noche en el ático, ante el ventanal, con Roma dormida allá abajo y su sabor todavía terco en mi boca.

Probé con el whisky y con el trabajo. Probé con la vieja narrativa que llevaba quince días sirviéndome de armadura —es una ladrona, robó la última pieza que diseñó mi madre, se mereció cada palabra— y, por primera vez, la armadura no me sentó.

Porque yo era un hombre que se enorgullecía de no cometer errores. Y había una grieta en mi lógica que ya no conseguía ignorar.

Si Chiara Ferrari fuera solo una ladrona, la habría olvidado. Las ladronas van y vienen; ya enterré a una en la memoria, años atrás —una que se llevó secretos de esta casa— sin perder el sueño.

Y, sin embargo, no la había olvidado.

Besé a aquella mujer como si la vida dependiera de ello, y mi cuerpo, que no sabe mentir como mi boca, me había dicho una verdad que ninguna coraza del mundo borraba: la deseo.

Y a quien uno despreciaba no se la deseaba así.

Me pasé la mano por el pelo y, contra mi voluntad, empecé a hacer las cuentas que me venía negando a hacer.

Massimo dijo tres cosas: que la credencial podía clonarla cualquiera con acceso a los sistemas, que nadie dejaba una huella desnuda en un pedestal —y menos una gemóloga, que cogía las piedras con guante—, y que el ingreso en su cuenta no tenía origen rastreable, y que lo que nacía de la nada no era un pago, era un decorado.

Y entonces, al otro lado de mi mesa, Chiara había dicho casi exactamente lo mismo sobre el guante sin saber lo que había dicho Massimo.

Sin haberlo acordado con nadie. Dos personas que no se hablaban, llegando a la misma conclusión.

Yo no cometo errores, repetí. Apreté los puños, y por primera vez en la vida oí la respuesta: los cometí.

Massimo entró en mi despacho a las nueve y se detuvo al verme. Debía de tener una cara digna de un velatorio.

—Estás horrible —observó, sirviéndose agua como quien llega a su casa—. ¿Es la dichosa conciencia? Tengo entendido que duele.

—Siéntate. —No tenía paciencia para su humor, pero necesitaba su cerebro—. Es sobre la teoría que te mandé archivar.

Se detuvo con el vaso a medio camino.

—¿Cuál de ellas? Tengo un archivo entero.

—Todas. —Apreté la mandíbula—. La pericia independiente que me pediste y yo veté. La quiero en marcha hoy. Acceso total: los registros de la caja fuerte, las credenciales, el origen de aquel ingreso. Todo.

Massimo me sostuvo la mirada un largo segundo.

No llegó el «te lo dije» que merecía escuchar. Solo una seriedad nueva, del tamaño de lo que aquello significaba.

—¿Entiendes lo que me estás pidiendo? Si tiro de ese hilo y lleva a alguna parte, no hay vuelta atrás. Habrás destruido públicamente a una mujer inocente.

La palabra se quedó en el aire entre nosotros.

Inocente.

—Lo entiendo. —Mi voz salió más baja de lo que quería—. Empieza por el origen del ingreso. El dinero deja rastro. Las personas mienten; las transferencias, no.

—Lo investigo todo —dijo, guardando ya el vaso—. Pero, Lorenzo... si esto es un montaje, lo hizo alguien de muy cerca. Alguien con acceso, alguien en quien confías.

Alguien demasiado cerca de ti.

Las palabras de ella volvieron, heladas.

Massimo apenas había salido cuando el perfume entró antes que su dueña. Aquel aroma caro, denso, que quedaba suspendido en el aire mucho después de que Vittoria ya hubiera pasado.

Mi prima cruzó la puerta con una carpeta bajo el brazo y la sonrisa eficiente de siempre.

—Buenos días, primo. —Dejó la carpeta sobre mi mesa—. Traigo el papeleo del caso Ferrari. La fiscalía está lista para formalizar la denuncia. Solo falta tu firma para que todo sea definitivo. —Deslizó el bolígrafo hacia mí—. Cuanto antes lo cerremos, mejor para la imagen del Gruppo.

Miré la carpeta, la firma que volvería irreversible aquello de lo que empezaba a dudar.

Respiré hondo y devolví el bolígrafo de un empujón.

—Todavía no.

Su mano, que tendía el bolígrafo, se detuvo en el aire un instante más de lo natural.

—¿Cómo que todavía no? —La sonrisa siguió en su sitio, fueron los ojos los que cambiaron: una frialdad rápida, calculadora, ahí y ya disimulada—. Lorenzo, el caso está cerrado. Las pruebas son concluyentes. Tú mismo...

—Le he pedido a Massimo una última revisión. —Le sostuve la mirada—. Antes de que algo se vuelva permanente, quiero estar seguro. Tú, más que nadie, sabes cuánto odio las sorpresas.

Por una fracción de segundo —tan breve que un hombre menos entrenado en leer a la gente lo habría dejado pasar— los nudillos se le quedaron blancos sobre la carpeta.

Después se relajaron, y la sonrisa volvió, perfecta, profesional.

—Claro. —Recogió el bolígrafo con una calma estudiada—. Tiene todo el sentido. Toda cautela es poca. —Ya en la puerta, se volvió—. Avísame cuando Massimo termine. Yo me ocupo del resto.

Yo me ocupo del resto.

Me quedé solo con su perfume aún en el aire y la carpeta cerrada sobre la mesa.

Por primera vez en quince días, había hecho lo correcto: dejé de firmar la sentencia y mandé buscar la verdad.

Y sentía, bajo el cansancio, algo que me faltaba desde hacía demasiado tiempo: no alivio, aún lejos de eso, pero el valor sucio de quien decide enfrentarse a lo que venía evitando.

La carrera había empezado, y, de los tres, yo era el único que aún no sabía que era una carrera.



CAPÍTULO 21

«La misma puerta que me escupió fuera tiene picaporte a los dos lados. Esta vez fui yo quien lo giró.»

CHIARA FERRARI

El tacón alto no era vanidad. Era armadura.

Escogí el más alto que tenía la mañana en que decidí volver, el que me obligaba a caminar con la columna recta incluso cuando el mármol parecía querer tragarme.

Si iba a volver a entrar en el edificio del que había salido a rastras, con el guardia empujándome y la empresa entera mirándome como a basura, al menos sería con la cabeza alta.

No hacía ni tres semanas que aquel vestíbulo me había escupido fuera.

Ahora cruzaba las puertas giratorias por voluntad propia, y el nudo en el estómago no me dejaba olvidar el tamaño de la locura que era aquello.

El guardia de la recepción me reconoció. Vi su mano vacilar cerca de la radio, vi la duda —¿llamo a alguien? ¿La detengo?— y le sostuve la mirada hasta que decidió que no valía el escándalo.

Firmé la acreditación de visitante con un nombre que aquel edificio había aprendido a odiar y entré sola en el ascensor.

Los números subieron. Doce.

Allí estaba mi mesa —o lo que había sido—, a oscuras ahora, tras un cristal que ya no me dejaba pasar.

No bajé, solo apreté la última planta.

Fue entonces cuando el olor me alcanzó. Aquel perfume caro y arrogante que me había costado tres duchas quitarme de la piel y que nunca me quité de la memoria. Impregnaba el pasillo entero de lo alto, como si el hombre fuera dueño hasta del aire.

Respira, me ordené.

No has venido a suplicar, sino a cobrar.

La puerta de su despacho estaba abierta. Lorenzo Riccardi estaba de pie ante el ventanal, de espaldas, con Roma y Villa Borghese a lo lejos a sus pies, como todo lo demás. Oyó el tacón en el suelo y se volvió despacio.

Los ojos ámbar me encontraron, y por un instante —solo un instante— algo cruzó su rostro antes de que la máscara se cerrara.

Sorpresa. O algo más que no me permití nombrar.

El corazón se me disparó, pero lo ignoré.

—Tiene valor la signorina —dijo, la voz baja, controlada—. O ha perdido el juicio del todo.

—Las dos cosas, probablemente. —Crucé la sala y me detuve ante su mesa, sin que me invitaran—. Pero no he venido a discutir mi cordura, signor Riccardi. He venido a hacer un trato.

—Un trato. —Repitió la palabra como si le supiera mal. Rodeó la mesa, y el espacio entre nosotros se encogió. De cerca era aún más alto de lo que mi memoria se empeñaba en reducir, y el maldito perfume se hizo más fuerte—. La mujer a la que denuncié por robo quiere hacer un trato conmigo.

—La mujer a la que acusó sin pruebas —corregí— va a ofrecerle la única oportunidad que tiene de recuperar lo que perdió.

No dijo nada, solo esperó. Era un hombre acostumbrado a dejar que el silencio trabajara por él; eso lo había aprendido en los meses en que trabajé bajo su mirada.

Respiré hondo y jugué la primera carta.

—La Stella no es una piedra cualquiera. Su asterismo es una huella dactilar: una estrella de seis puntas que no se repite en ninguna otra safira del mundo. —Di un paso—. Puede repartir cazadores por toda Europa. Puede pagar a los mejores peritos. Y, el día en que un zafiro estrella aparezca en el mercado de sombra, ninguno de ellos sabrá decir si es el suyo o una copia bien hecha. Yo sí, y usted despidió a la única persona capaz de leer aquella estrella.

Se le apretó la mandíbula.

Fue casi imperceptible. Pero yo, que había pasado meses estudiando aquel rostro para sobrevivirle, lo noté.

—Continúe.

—Es sencillo. Usted quiere La Stella de vuelta. Quiere cerrar esto con el seguro antes de que la pieza desaparezca para siempre. Y solo hay un camino hasta ella: la misma nariz que olió que su turmalina estaba mal clasificada. —Levanté la barbilla—. Yo rastreo

su zafiro. A cambio, usted me da acceso a los registros y a los sistemas. A todo lo que necesite para limpiar mi nombre.

—¿Y por qué —la voz le bajó un tono— iba a confiar mi mayor tesoro precisamente a la persona que creo que lo robó?

Porque usted ya no lo cree. Vi su cara aquella noche.

Estuve a punto de decirlo.

—Porque no tiene elección. Y porque, si se niega, mi próxima visita no es a este despacho. Es a la redacción de cualquier periódico de Roma. Y a la aseguradora.

—¿Me está amenazando, signorina Ferrari? —El tono salió afilado, devuelto al lugar donde, semanas antes, había escupido mi intimidad como prueba de la farsa.

—Le estoy explicando el escenario. —Las piernas casi me flaquearon; la voz, no—. Una gemóloga no se olvida del guante. Jamás. Quien es del sector lo sabe. El día en que yo cuente, en público, que la huella que me condenó estaba desnuda sobre un pedestal de terciopelo —que alguien de dentro lo plantó allí—, usted deja de ser la víctima de un robo. Se convierte en el dueño de una casa donde se falsifican pruebas. El seguro se congela y la prensa lo devora. Y La Stella, lo último que las manos de su madre diseñaron, se vuelve titular de fraude.

Vi el golpe dar de lleno. No en el rostro —era demasiado bueno para eso—. Dio en los puños, que se cerraron a los lados del cuerpo, y en el músculo que saltó en el lateral de la mandíbula.

Y aquí estaba la parte que me daba asco de mí misma: no fue solo rabia lo que subió cuando lo vi así —acorralado, peligroso, demasiado cerca—. Fue un escalofrío que no tenía nada que ver con la venganza. El cuerpo idiota otra vez, respondiendo al hombre equivocado.

—Tiene dos opciones, signor Riccardi. —Suavicé la voz a propósito, y fue lo más calculado que hice en mi vida—. Puede

tratarme como a la enemiga que juró que yo era. O puede usarme, sabiendo que, de las dos, solo una le trae su zafiro de vuelta. —Ladeé un poco la cabeza—. Usted, mejor que nadie, sabe la diferencia entre lo que se desprecia y lo que uno se empeña en mantener cerca.

Por un segundo, su control se resquebrajó. Los ojos ámbar cayeron un milímetro hacia mi boca —solo un milímetro, solo un instante— antes de subir de nuevo, furiosos consigo mismos.

Ya está. Estaba confirmado.

No es indiferente.

El silencio se instaló. Fuera, Roma seguía indiferente a la guerra que cabía entera en aquella sala.

Lorenzo me miró un tiempo que no parecía tener fin, leyendo mis cartas como lo leía todo: detrás del truco, detrás del margen que yo pudiera estar escondiendo.

Cuando habló, la voz había vuelto a ser de hielo:

—Acepto. —Rodeó la mesa y se detuvo tan cerca que tuve que levantar la cara para mirarlo—. Pero en mis términos. La signorina no va a rebuscar nada de lejos, con mi empresa a sus espaldas. Va a trabajar aquí dentro, en la planta doce, bajo mis ojos, donde pueda ver cada paso que dé. —Su boca se curvó, sin nada de sonrisa—. La signorina quería acceso y lo va a tener. Y yo voy a tenerla exactamente donde puedo vigilarla.

Había entrado en aquella torre para arrancarle el poder de las manos. Salí sabiendo que lo había conseguido, y que, en el mismo gesto, había vuelto a meterme en la única jaula donde él mandaba.



CAPÍTULO 22

«Lo llamé estrategia. Vigilancia. El precio a pagar para recuperar la pieza. Le puse todos los nombres, menos el único que era verdad.»

LORENZO RICCARDI

La puerta se cerró tras ella, y el despacho se quedó demasiado grande.

Me quedé donde estaba, ante el ventanal, y solo entonces me di cuenta de que el aire había cambiado.

Su perfume —jazmín, siempre jazmín— se había mezclado con el mío en el camino hasta mi mesa y se empeñaba en quedarse,

como ella se había empeñado en quedarse, semanas después de que yo hubiera jurado arrancarla de mi cabeza.

En mis términos, había dicho. Qué frase tan conveniente.

La miré a los ojos y le puse a la decisión el nombre de pragmatismo.

El zafiro valía una fortuna que ni el seguro cubría por entero; era lo último que las manos de mi madre habían diseñado; y allí, con tacones y la barbilla alta, estaba la única persona viva capaz de decir si la piedra que apareciera en el mercado era la mía o una imitación.

Tenerla bajo mi mirada era la jugada lógica. Mejor la amenaza cerca, donde pudiera medirla, que suelta por Roma con aquella teoría en la boca.

Fue lo que me dije, y funcionó durante unos buenos quince segundos.

Porque la verdad —la que mi cuerpo había escupido en su boca semanas atrás y que toda mi disciplina ya no conseguía tragar — era más sencilla y mucho más peligrosa: no soportaba la idea de no volver a verla.

La había destruido ante una sala llena, y aun así, cuando cruzó aquella puerta, algo dentro de mí que daba por muerto respiró.

Me pasé la mano por el pelo.

Era patético. Un hombre de mi edad, de mi posición, convirtiendo la venganza en excusa para mantener cerca a la mujer que él mismo había acusado.

No la quieres cerca para vigilarla. La quieres cerca.

Apreté los puños y enterré el pensamiento donde enterraba todo lo que no sabía gestionar.



Massimo apareció dos días después con una carpeta fina y la expresión de quien trae una noticia que nadie va a querer oír.

—Pediste por dónde había andado el dinero. —Se dejó caer en la silla ante mi mesa—. Anduvo por sitios interesantes.

—¿El ingreso en la cuenta de Ferrari? —Apreté la mandíbula.

—No vino de ningún comprador. Vino de una empresa pantalla registrada en Malta, que recibió de otra, que recibió de una tercera. Cáscara dentro de cáscara. —Me miró por encima de la carpeta—. Quien montó esto no estaba pagando a nadie, Lorenzo. Estaba construyendo una prueba.

—Construyendo... —repetí, despacio.

—El dinero de verdad es perezoso, va por el camino más corto. Esto se diseñó milímetro a milímetro. —Se inclinó en la silla—. Y una cosa te aseguro: nadie levanta un decorado así desde fuera. Quien lo hizo conocía nuestros sistemas, nuestros plazos, nuestros proveedores. Se montó aquí dentro.

La frase cayó en la sala y se quedó ahí, pesada.

Desde dentro. Las mismas dos palabras que ella me lanzó —alguien demasiado cerca de ti— y que espanté como quien espanta una mosca.

—Quiero el nombre de cada empresa de esa cadena. Quiero saber quién abrió la primera cáscara.

Fue en ese instante cuando el perfume entró antes que su dueña.

—¿Interrumpo? —Vittoria se detuvo en la puerta, la carpeta de siempre bajo el brazo, la sonrisa de siempre en el rostro. Los ojos

fueron de mí a Massimo y a la carpeta fina sobre mi mesa, demasiado rápidos para el tono casual de la pregunta.

Me fijé en que Massimo cerró su carpeta sin prisa, pero la cerró. Y no dijo nada más.

Cauteloso como siempre, pensé.

Massimo nunca gustó de tratar un caso delante de gente que no necesitaba oírlo; era un rasgo suyo, no una señal.

—Estábamos terminando —dije—. ¿Qué pasa?

—Me he enterado de que Ferrari ha vuelto a entrar en el edificio. —Vittoria dejó la carpeta, y la voz se puso la preocupación como quien se pone un abrigo caro: le caía perfecta—. Con acreditación y acceso a la planta doce. Lorenzo, la mujer está procesada por robo. Dejarla circular aquí dentro es un riesgo jurídico y de imagen que yo, francamente, no consigo entender.

—Está aquí porque es la única que puede rastrear La Stella. —Le sostuve la mirada—. Bajo supervisión. La mía.

Por un segundo —medio segundo— algo se endureció detrás de aquella sonrisa. Los nudillos le apretaron el borde de la carpeta, blancos, y se relajaron tan rápido que un hombre menos entrenado lo habría dejado pasar.

Yo no lo dejé. Lo vi, pero no hice nada con ello.

Porque era Vittoria. Mi prima, que creció conmigo, que lloró en el entierro de mi madre sujetándome la mano, que velaba por el patrimonio de esta casa como si fuera su propia sangre.

Vittoria no me miraba con cálculo, me protegía. Así leía yo el mundo: los míos eran los míos, y yo no registraba a mi propia gente.

—Confía en mí, Vittoria. Sé lo que hago.

—Como siempre. —La sonrisa volvió a su lugar de origen—. Yo me ocupo del papeleo del proceso hasta que decidas el resto. — Ya en la puerta, se detuvo un instante más de lo natural—. Solo no

la dejes demasiado cerca. La gente así siempre encuentra una grieta.

Cuando salió, me quedé con las dos advertencias peleándose dentro de mí —la de Massimo, «se montó desde dentro», y la de ella, «no la dejes demasiado cerca»—, sin sospechar que una de las dos me mentía a la cara.

Miré el reloj y pasaban de las seis.

Me dije que necesitaba comprobar si Ferrari había recibido los accesos correctos. Que era prudente verificar, el primer día, que no anduviera abriendo cajones que no debía. Que un buen gestor no deja una sospechosa suelta en la planta más sensible del edificio sin darse una vuelta.

Me puse la americana. Ya tenía el dedo a un centímetro del número doce, dentro del ascensor, cuando la verdad me alcanzó por la espalda, fría:

Ninguna de aquellas excusas era de verdad. Solo quería bajar, solo quería verla.

Y lo que me heló no fue el deseo.

Fue la facilidad obscena con la que fabricaba motivos para acercarme a ella ahora, y la sospecha nueva, insoportable, de que quizá llevara todo aquel tiempo fabricando motivos contra ella, movido por el mismo miedo, solo que en la dirección opuesta.



CAPÍTULO 23

«Encendí el fuego para calentarme. Él no sabe distinguir la leña de mi mano.»

CHIARA FERRARI

Volver a la planta doce fue como calzarme un zapato que ya me había hecho daño: sabía exactamente dónde iba a doler y, aun así, metí el pie.

Me devolvieron una mesa —no la mía de antes, que seguía precintada como prueba, sino una estación al fondo del laboratorio, lejos de las vitrinas, lo bastante cerca de la puerta de la caja fuerte para sentir su peso en la espalda todo el día.

Los compañeros que antes me saludaban ahora apartaban la mirada. Sofia me trajo un café el primer día y alguien la reprendió; no trajo un segundo.

No culpaba a nadie. El nombre manchado es así: se pega a quien se acerca.

Lo que no esperaba era la frecuencia con la que bajaba el dueño del edificio.

Lorenzo Riccardi no tenía despacho en mi planta. El suyo estaba allá arriba, en lo alto, desde donde miraba Roma como quien repasa un inventario. Y, aun así, en tres días lo vi bajar al laboratorio cuatro veces.

Para «verificar el avance». Para «hablar con seguridad». Para cualquier excusa de papel que no engañaba a nadie, y menos a mí, que había aprendido a descifrar a aquel hombre para sobrevivirle.

Yo sabía a qué venía: venía a mirarme fingiendo que no.

Y cada vez el olor llegaba antes: madera, aquel perfume caro y oscuro pegándose al aire del pasillo. Cada vez mi cuerpo traidor reconocía el aroma un segundo antes de que la cabeza mandara ignorarlo.

Aquella tarde bajó con la cuarta excusa de la semana.

—¿La signorina necesita algo más para el rastreo? —preguntó, deteniéndose al otro lado de la mesa, las manos en los bolsillos, el tono de quien comenta el tiempo.

Necesito que dejes de bajar, pensé. Necesito dejar de alegrarme cuando bajas.

—Sí, necesito. —No levanté los ojos de la lupa de inmediato; lo dejé esperar, igual que él me hacía esperar a mí. Cuando levanté la cara, fue con la frialdad más ensayada de mi repertorio—. Los registros de acceso a la antecámara de la caja fuerte. Los brutos, no el informe que montó su empresa. Si voy a rastrear la pieza, necesito saber la verdad de cómo salió de aquí.

Se le movió la mandíbula. Vaciló.

Sabe que esos registros pueden darle la razón a mi versión, pensé. Y aun así va a entregármelos.

—Lo autorizo. —Su voz salió baja.

Y fue ahí donde cometí mi error: sonreí. Pequeño, de medio lado, la sonrisa de quien ha ganado un asalto. Y vi los ojos ámbar bajar, otra vez, un milímetro hacia mi boca antes de que se diera la vuelta y se marchara demasiado rápido, como quien huye.

Debería haber sido victoria pura, pero fue victoria con sabor a ceniza.

Porque el escalofrío que me subió por la nuca cuando me miró así no tenía nada de estratégico. Era solo deseo, idiota y mío, y cada vez que jugaba aquella carta perdía un trozo de la mano que juraba mantener fría.

Los registros llegaron a mi estación al final del día, y los abrí con el corazón martilleando.

Ahí estaba la mentira que me había enterrado: mi credencial, marcando entrada en la antecámara a las 21:47 de la víspera del lanzamiento, una hora a la que yo estaba en el taxi, volviendo a casa, y que podría probar con el billete si alguien hubiera preguntado.

Nadie preguntó.

Pero había otra cosa. Justo debajo de mi entrada forjada, un segundo acceso, veinte minutos después.

No era el mío. Venía marcado con un código que yo reconocía del encabezado de todos los informes de catalogación: patrimonio.

El departamento que se ocupaba del acervo. Motivo declarado: «inventario de rutina».

Inventario de rutina, a las diez de la noche, la víspera, cuando la transferencia de la pieza no ocurriría hasta la mañana.

No había ningún inventario previsto para aquella hora. Lo sabía, porque la agenda del patrimonio pasaba por mi mesa desde hacía meses.

Alguien de patrimonio entró en aquella caja fuerte, solo, la noche del robo, sin ningún motivo que se sostuviera.

Por un instante, volvió una imagen: la mujer de traje de chaqueta, la directora de patrimonio que, según Bianca, había entregado el caso envuelto para regalo.

Apreté los puños.

No tenía un nombre para poner sobre la mesa de un tribunal. Tenía un departamento, una hora y un agujero en su historia del tamaño de un zafiro.

Una dirección.

De nuevo, solo una dirección. Pero esta vez era una dirección venida de dentro, y que nadie había conseguido borrar de los registros brutos.



—Me estás tomando el pelo. —Bianca soltó el tenedor en el plato de la trattoria—. Has vuelto dentro. A la jaula, por voluntad propia. Y le estás pidiendo los archivos al hombre que te crucificó.

—No tenía otra puerta, amiga. La verdad vive ahí dentro. —Removí el vino que no iba a beber—. Y está funcionando. Hoy he visto un registro que prueba que alguien de patrimonio estuvo en la caja fuerte aquella noche.

—Maravilloso. Espectacular. —No parecía encontrarlo espectacular en absoluto. Apoyó los codos en la mesa y me miró de aquella manera que siempre me dejaba sin suelo—. ¿Y el tal

Lorenzo? ¿Cómo es trabajar cerca del tío, todos los santos días, sabiendo lo que te hizo?

—Lo utilizo. —Intenté que sonara sencillo—. Me desea, lo sé. Así que lo aprovecho para conseguir lo que necesito. Es solo una herramienta.

Bianca se quedó callada un largo instante.

Fuera, una pareja discutía en voz baja en la acera; la dueña de la trattoria gritó una comanda hacia la cocina. Cuando mi amiga volvió a hablar, la broma había desaparecido de su voz.

—Chiara, te conozco desde los diecisiete años. —Cogió mi mano sobre la mesa—. Nunca has sabido fingir deseo. Se te da fatal. Siempre se te dio.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que el peligro de esta historia tuya no es que Lorenzo descubra que lo estás utilizando. —Me apretó los dedos—. El peligro es que descubras tú que no estás fingiendo nada.

Quise replicar. Quise decir que se equivocaba, que lo tenía todo bajo control, que el escalofrío era solo química y que mi frialdad era de verdad.

Pero me había pasado el día entero obligándome a no pensar en el milímetro que sus ojos bajaban hasta mi boca.

Tiene razón, admití, en el único lugar donde todavía conseguía ser honesta conmigo.

El fuego está calentando la mano equivocada. Y ya no sé si quiero apagarlo.



CAPÍTULO 24

«Si un hombre tiene que elegir entre lo que ve y aquel en quien confía, elige siempre la confianza. Solo ahora empiezo a temer su precio.»

LORENZO RICCARDI

Massimo me llamó a las ocho de la mañana con la voz de quien no había dormido.

—La grabación ha desaparecido —dijo, sin dar los buenos días—. La cámara de la antecámara de la caja fuerte, la de la noche del robo. Borrada. «Sobrescrita en el ciclo de rotación», según el protocolo de retención.

—Rutina —repetí, y la palabra me sonó a vieja conocida.

—Lorenzo, una imagen de seguridad no se evapora sola justo la semana en que empezamos a buscar. Los registros de acceso ya los tiene Ferrari; se los diste tú. Pero el vídeo, el único sitio donde se vería la cara de quien entró en aquella caja fuerte, ese vídeo ha elegido desaparecer.

Colgué con aquello atravesado en la garganta.

La retención de los archivos del acervo pasaba por la curaduría. Por patrimonio.

Cogí el ascensor y, por primera vez en semanas, no bajé a la planta doce a ver a Ferrari de lejos. Bajé a hablar con mi prima.

El despacho de Vittoria estaba en la misma planta que el acervo, su reino. La encontré inclinada sobre un catálogo, las gafas de leer en la punta de la nariz, la imagen perfecta de la conservadora entregada.

—Primo. —Levantó los ojos, sorprendida—. ¿A qué debo el honor de una visita en persona?

—La grabación de la antecámara, la de la noche del lanzamiento. Massimo dice que se borró. Tú firmas la retención de los archivos del acervo. Quiero entender cómo se perdió justo el único vídeo que importaba.

Algo cruzó su rostro —rápido, enseguida tapado por la explicación ya lista.

—Treinta días, Lorenzo. —Se quitó las gafas con el suspiro de quien lamenta una burocracia—. La retención de las cámaras internas es de treinta días; después, el sistema sobrescribe solo, para liberar espacio. La política es tuya, por cierto; la firmaste hace años. Con todo lo que se nos vino encima, nadie pensó en preservar manualmente aquel archivo a tiempo. —Ladeó la cabeza—. Un descuido lamentable. Pero, francamente, ¿qué más mostraría esa imagen aparte de lo que ya sabemos?

Treinta días.

El plazo vencía exactamente ahora, la semana en que había mandado revolverlo todo. Me guardé la observación detrás de la cara que uso en las reuniones.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ferrari. —El nombre salió de su boca con un cuidado estudiado—. Sé que la trajiste de vuelta por la piedra, y respeto tu decisión. Pero tengo que decir lo que nadie aquí se atreve a decir. —Se levantó, rodeó la mesa—. Volvió demasiado rápido, demasiado mansa. Una mujer que jura ser inocente no se ofrece a trabajar gratis dentro de la casa que la acusó, a no ser que tenga algo que ganar aquí dentro. —Bajó la voz—. ¿Y si ese rastreo es una excusa, Lorenzo? ¿Y si está usando tu acceso para llegar al comprador antes que tú? Para cerrar la venta que el escándalo interrumpió.

Era una buena teoría. Encajaba perfecta, lógica, redonda, y fue precisamente su perfección lo que, por primera vez, me incomodó.

Demasiado buena.

Porque había una fisura que Vittoria no estaba viendo, o fingía no ver. Una grabación de seguridad no desaparece por mano de quien está fuera.

Ferrari no tenía acceso a la sala de monitorización del sótano, no firmaba retención de archivos, no podía hacer que un vídeo se evaporara en un ciclo de rotación.

Quien borró aquella imagen estaba dentro. Tenía credencial, tenía autoridad, tenía las llaves de la casa.

Y, aun así, cada vez que Massimo abría el cerco hacia fuera, era mi prima quien lo cerraba de nuevo sobre Ferrari.

Cada vez.

El pensamiento subió, frío, no deseado. Miré a Vittoria —la cara que conocía desde niño, la mujer que me había sujetado la

mano en el entierro de mi madre— y el pensamiento murió antes de volverse palabra.

Es Vittoria. Es la sangre. A la sangre no se la registra.

—Le pediré a Massimo que mire si hay copia en algún servidor —dije, en lugar de todo lo que había pensado—. Gracias, Vittoria.

—Siempre. —Sonrió, y la sonrisa llegó tarde a los ojos—. Solo ten cuidado con esa mujer, primo. Por ti.

Por mí. Siempre por mí.

Así envolvía Vittoria cualquier cuchillo: en papel de regalo, con mi nombre en el lazo.

Salí de su despacho con todo aquello hirviendo y, de camino al ascensor, pasé junto a la mesa del fondo del laboratorio.

Chiara levantó los ojos de la lupa.

Debería haber pasado de largo. En cambio, me detuve. Y ella —que leía mi rostro como yo leía hojas de cálculo— se dio cuenta al instante de que algo había cambiado.

—Tiene cara de haber visto un fantasma —dijo, bajo, sin el veneno de siempre—. O de haber empezado a sospechar de uno.

—No sé de qué habla la signorina.

—Sí que lo sabe. —Se levantó despacio, y la distancia entre nosotros se encogió hasta casi nada. El jazmín subió en el aire, y por un segundo, un único segundo, olvidé la caja fuerte, el vídeo, a Vittoria, el proceso. Olvidé que debía odiarla—. Ya no está tan seguro, ¿verdad? De que fui yo.

La verdad me subió por la garganta como bilis —no, ya no lo estoy, y me está volviendo loco, Chiara— y por un instante insano casi la dejé escapar.

Estaba demasiado cerca. Sentía el calor de su cuerpo, veía el punto exacto donde le latía el pulso en el cuello, y lo único que mi

cuerpo pedía era lo contrario de todo lo que escupí ante aquella sala llena.

Casi tendí la mano. Casi fui un hombre, en vez de una pared.

Entonces apreté la mandíbula y lo cerré todo, del modo en que sabía hacerlo mejor que ninguna otra cosa.

—Tiene trabajo que hacer, signorina Ferrari. Rastree la piedra. Es lo único para lo que está aquí.

Le di la espalda antes de que su rostro —o el mío— me traicionara.



CAPÍTULO 25

«El cerco que monté para acorralar la verdad empezó a cerrarse. Solo que la única salida da hacia dentro de la casa que juré derribar.»

CHIARA FERRARI

Yo tenía un método para sobrevivir a Lorenzo Riccardi: cada vez que el deseo subía, repetía la lista.

La lista era sencilla.

Me llamó ladrona delante de cien personas. Borró mi nombre de los periódicos. Convirtió el dibujo de su madre —lo único tierno que yo había visto bajo aquella armadura— en prueba de que yo era una farsa.

Recitaba la lista como una oración, y ella me devolvía la rabia, y la rabia me devolvía la frialdad, y la frialdad era el muro tras el cual jugaba mi juego.

Aquella tarde, el método falló.

Bajó de nuevo. Cómo no.

Estaba inclinada sobre la mesa, revisando un lote de zafiros de comparación, cuando sentí su presencia detrás de mí.

Cerca. Demasiado cerca para un hombre que venía a «verificar el avance».

—¿Ha encontrado algo? —Su voz llegó baja, casi en mi oído, y el olor a madera me envolvió entera.

Me volví para responder, y el error fue ese: volverme. Porque él no retrocedió, y de repente su cara estaba a un palmo de la mía, los ojos ámbar bajando hacia mi boca sin ningún disimulo esta vez, y el aire entre nosotros se volvió caliente, denso, imposible.

Empecé a recitar la lista.

Ladrona. Cien personas. El nombre en los periódicos.

Y no vino nada.

Ninguna rabia. Ningún muro. Solo el corazón disparado y las ganas idiotas, peligrosas, de acortar aquel palmo que faltaba.

La lista —mi única arma contra él— se había oxidado en mi mano. Por primera vez, le devolví la mirada a su boca, despacio, y dejé que notara que había mirado.

Fue él quien retrocedió —un paso seco, como quien ha tocado algo caliente. Apretó la mandíbula, murmuró algo sobre una reunión y se marchó demasiado rápido.

Debería haberlo celebrado. Era otra grieta en su armadura, otra prueba de que el «no es indiferente» era verdad, otra carta cayendo en mi mano.

Solo que no supo a victoria, sino a peligro.



Me encontré con Tommaso al caer la tarde, en el mismo banco de piedra cerca del Tíber.

Ya estaba allí cuando llegué, el cuello de la camisa abierto a pesar del frío, con ese aire de quien nunca tiene prisa. Me senté a su lado y fui directa, como se había vuelto nuestra costumbre:

—Dijiste que tenías más.

—Lo tengo. —Miró el río antes de mirarme a mí—. Volví al intermediario, aquel que acerca a vendedor y comprador. Insistí sobre el sondeo de tres semanas antes del robo. Y se le escapó un detalle que aún no me había contado.

—¿Qué detalle?

—La persona que ofreció la pieza no hablaba como un ladrón. —Tommaso se volvió hacia mí—. Un ladrón llega con una piedra grande y azul y quiere dinero. Esa persona describió el zafiro como quien conocía cada detalle de él. Habló del asterismo, de la estrella de seis puntas, explicó que había sido la última pieza diseñada por Elena Riccardi, antes de morir. Quien ofreció tu zafiro no era un caco, Chiara. Era alguien que vivió con él, que sabía su historia, que trataba aquella piedra como si fuera suya.

Alguien de dentro.

Otra vez, pero ahora con un rostro más nítido: no un empleado cualquiera, no un guardia sobornado.

Alguien que conocía La Stella como si la llevara en la sangre, alguien del patrimonio. Una mujer de traje de chaqueta describiéndole la estrella de seis puntas a un intermediario, tres semanas antes de que me arrojaran a los lobos.

Quien hizo esto no actuó por el impulso de una noche. Escogió la pieza, buscó comprador y solo después montó la trampa sobre mí, con calma, del modo en que se planea un viaje.

Apreté los puños dentro del abrigo. No tenía un nombre para probarlo, pero el dibujo se estaba volviendo demasiado bueno para ser una coincidencia.

—¿Cómo consigues todo esto? —pregunté, y fue la primera vez que dejé que la desconfianza asomara en mi voz—. Esa gente no habla con cualquiera. Tú llegas, preguntas, y el intermediario «deja escapar» algo. ¿Por qué sabes tanto de ese mundo, Tommaso?

Sonrió, sin ofenderse.

—Porque vivo de él desde hace quince años. Compro y vendo piedras; conozco a quien compra y vende a oscuras. —Ladeó la cabeza—. Pero voy a hacerte una propuesta. Si localizas el zafiro desde dentro del Gruppo, con tus accesos, avísame antes de avisar a Riccardi. Yo llego al comprador más rápido que la policía. Y así nadie hace añicos la piedra para hacerla desaparecer.

La frase sonó razonable. Buena, incluso. Y fue justo por eso por lo que volvió el nudo en el estómago.

Avísame antes de avisar a Riccardi.

¿Por qué iba a querer saberlo primero? ¿Para proteger la piedra, o para llegar a ella antes?

No sabía si Tommaso era un aliado o solo otra trampa de sonrisa fácil, y la verdad es que no tenía el lujo de elegir.

—Me lo pensaré —dije, que era lo máximo que conseguía dar.

Se marchó, y me quedé en el banco con los dos extremos de mi propio cerco cerrándose a la vez.

De un lado, la verdad: una mujer de dentro, del patrimonio, que conocía la pieza como nadie y la ofreció semanas antes del

robo. Del otro, la única forma de probarlo: convencer a Lorenzo Riccardi.

Y fue entonces cuando lo entendí, pesado como una piedra.

Para limpiar mi nombre no iba a necesitar solo una prueba. Iba a necesitar hacer que aquel hombre —que confiaba en los suyos como quien confía en Dios, al que había visto bajar la guardia con solo tocar el dibujo de su madre— señalara con el dedo a su propia familia.

Mirar a alguien de su propia sangre y ver a una ladrona.

Yo, que apenas había conseguido que Lorenzo dudara de una desconocida, iba a tener que hacer que traicionara a su propia casa.



CAPÍTULO 26

«La prueba la desmonto pieza por pieza. Al querer no hay por dónde empezar a desmontarlo.»

LORENZO RICCARDI

Massimo entró sin llamar y dejó sobre mi mesa la misma carpeta de dos semanas antes, el doble de gruesa que la anterior.

—Querías saber quién abrió la primera cáscara de aquella cadena. —Acercó la silla y se dejó caer en ella—. Llegué lo bastante cerca para que el suelo empezara a temblar.

Cerré el portátil. Cuando Massimo cambiaba la ironía por el silencio, la noticia pesaba.

—Habla.

—La cadena no se montó para esconder un dinero que entró. —Apoyó los codos en la mesa—. Se montó alrededor de un dinero que faltaba. En el fondo, después de las cáscaras, hay una deuda antigua y grande. Del tamaño que le quita el sueño a quien debe. —Hizo una pausa—. Y esa deuda, en los últimos meses, dejó de crecer. Alguien empezó a tapar el agujero.

—¿Quién? —pregunté, y la pregunta salió demasiado rápida.

—Ahí choqué contra el muro. —Se recostó—. El nombre de quien se benefició está detrás de una puerta que no abro desde fuera. Documento reclasificado, secreto de conservación, papeleo de patrimonio. —Me sostuvo la mirada—. Otra vez, Lorenzo. Otra vez la puerta se cierra por dentro de casa.

Por dentro de casa.

Era la tercera vez.

El dinero montado desde dentro. El vídeo de la antecámara borrado desde dentro. Y ahora un nombre guardado detrás de una puerta que solo nuestra gente cerraba.

La prueba contra ella se me está cayendo en la mano como yeso viejo.

El pensamiento no trajo ningún alivio. Trajo un frío que llevaba semanas empujando: el de quien empieza a darse cuenta de que señaló con el dedo el lado equivocado de la sala.

Una certeza subió, y llevaba un rostro pegado a ella. Empujé aquello de vuelta a la oscuridad, como siempre.

—Quiero ese nombre. Cueste lo que cueste.

—Voy a probar por otro ángulo. —Recogió la carpeta, pero no se levantó—. Hay una cosa más. Y esta no sé en qué cajón meterla.

—Dilo.

—Mientras seguía el dinero, me topé con el mismo mundo que tu perita anda revolviendo. El mercado paralelo. —Me observaba con un cuidado que no me gustó—. Hay un tratante en medio, un tal Tommaso Conti. Ferrari se está viendo con él fuera del edificio, en un banco a la orilla del Tíber, por lo que me ha llegado. Los dos se están intercambiando lo que saben.

Sentí que me hervía la sangre —instantáneo, idiota, sin el menor permiso de mi cabeza.

Conti.

El mismo tipo del cuello de la camisa abierto que había entrado en mi edificio a «conocer su ojo» y la había invitado a un café en mis narices. Ahora los dos en un banco a la orilla del río, pensando juntos.

Apreté los puños debajo de la mesa.

Y entonces llegó lo peor: ya no me quedaba el disfraz. Antes podía mentirme diciendo que vigilaba a una sospechosa —que saber con quién andaba la ladrona era investigación.

Pero ya no creía que fuera una ladrona. El pretexto se había evaporado junto con mi certeza, y lo que quedó no tenía un nombre decente.

—¿Me cuentas esto como investigador? —pregunté, y la voz salió más dura de lo que la frase pedía.

—Sí. —Massimo se levantó, por fin, y se metió la carpeta bajo el brazo—. Lo que hagas con ello como hombre es problema tuyo. —Se detuvo un instante en la puerta—. Pero, Lorenzo... los celos de una mujer que juras que te robó son el tipo de contradicción que un día va a pedir explicaciones.

Y salió, sin soltar nada más, a su manera.

Intenté trabajar. Leí el mismo párrafo de un contrato cuatro veces sin retener una línea. En lugar de las cláusulas, aparecía aquel

banco y la imagen —que ni siquiera había visto y que aun así me ardía— de ella riéndose de algo que había dicho Conti.

En algún momento me rendí y me puse la americana.

La otra vez había fabricado una excusa entera para bajar a la planta doce. Comprobar accesos, vigilar cajones, buenas palabras de gestor.

Esta vez ni me molesté en inventarla.

Apreté el número doce sabiendo exactamente lo que era: un hombre bajando, sin excusa, tras una mujer que no era suya y a la que él mismo había arrojado a los lobos.

La planta estaba casi vacía, las luces del salón apagadas, solo la claridad del fondo del laboratorio.

Ella estaba en la mesa nueva, de espaldas, guardando la lupa en el estuche, el pelo recogido de cualquier manera.

—Conti. —La palabra salió de mí como una piedra, desde la puerta.

No se asustó. Cerró el estuche con calma y, cuando por fin giró el cuerpo, ya tenía en el rostro aquella lectura afilada, porque leía mi cara igual que yo leía hojas de cálculo, y lo que estaba escrito allí no era difícil.

—Buenas noches a usted también. —Se cruzó de brazos.

—Te estás viendo con él. —Di un paso hacia dentro—. A solas.

—Sí. —Levantó la barbilla—. Tiene un contacto en el mercado paralelo, donde va a aparecer su zafiro, si es que aparece. Usted me puso a rastrear la piedra ¿y ahora le molesta que hable con las únicas personas capaces de rastrearla? Decídase.

La luz del fondo dejaba media cara de ella en la sombra. Tenía razón —cada palabra era lógica, exactamente lo que yo había pedido.

Y nada de eso aflojó el nudo en la garganta. Los celos no escuchan argumentos. Solo cuentan los centímetros entre la mujer que uno desea y el hombre que no es uno.

—No me gusta. —Las palabras salieron antes que el juicio—. No te quiero cerca de ese hombre.

En el instante en que terminé la frase, la oí desde fuera de mí. Y el suelo desapareció.

Como si tuviera algún derecho, como si no hubiera, con mis propias manos, tachado cualquier derecho a decir aquello —ante cien personas, con su nombre en la boca como una acusación.

Chiara.

El nombre subió por dentro, traidor, y lo encerré tras los dientes.

Se quedó callada. Y cuando habló, la voz vino baja —más peligrosa que si hubiera gritado:

—Usted me llamó ladrona delante de la empresa entera. —Cada palabra, una cuchilla—. Borró mi nombre de los periódicos. Me quitó el empleo, la reputación, el sueño. —Dio un paso, y el jazmín vino con ella—. Perdió el derecho, signor Riccardi, de decir con quién tomo café. Devolvió esa frase cuando me destruyó.

No había respuesta. Sin saberlo, había metido el dedo en la misma contradicción que Massimo había señalado allá arriba.

Yo no tenía derecho a nada: había renunciado a todo en aquel salón.

Y aun así —esa era la parte que me aterraba— la quería lejos de las manos de cualquier otro hombre.

No como sospechosa, sino como mujer. Como aquella de barbilla alta que había jurado odiar y que ahora era todo lo que veía cuando cerraba los ojos.

Di un paso atrás, porque el paso hacia delante era lo que pedía el cuerpo entero, y ya no me fiaba de mí a un metro de ella.

—Buenas noches, signorina Ferrari. —Mi voz salió ronca, sin nada de hielo esta vez. Ni yo me la creí.

Le di la espalda y salí antes de hacer algo que ninguno de los dos pudiera deshacer.

En el ascensor, subiendo, quedó solo una certeza —y no tenía nada que ver con la caja fuerte, la deuda o la prueba.

Había perdido el derecho a exigir, pero no había perdido las ganas. Y un hombre sin freno y sin excusa es lo más peligroso que existe —sobre todo para la mujer que no debería desear.



CAPÍTULO 27

«Quien tiende el lazo no corre tras nadie. Espera, sonriendo, a que la presa camine hasta el punto justo, y encima la deja creer que eligió el camino.»

CHIARA FERRARI

La nota llegó a mi mesa hacia las tres de la tarde, escrita a mano en una tarjeta color crema: A la directora de patrimonio le gustaría hablar contigo. Su despacho, cuando puedas.

«Cuando puedas», en la letra de Vittoria Riccardi, quería decir ahora.

El despacho estaba al final del pasillo de la planta doce, tras una puerta doble de roble. Su perfume me alcanzó antes que la voz —caro, seco, de esos que se quedan flotando en el aire mucho después de que la persona ya se ha ido. Y entonces llamé.

—Pasa, Chiara. —Sin el «signorina». La familiaridad era intencionada, como todo en ella.

Estaba detrás de una mesa sin un papel fuera de sitio, con un traje de chaqueta claro, el pelo en un rubio que costaba caro.

Sonrió, y fue aquella sonrisa la que me dio el primer nudo en el estómago —no el del miedo, el del instinto—, el que uno siente cuando algo demasiado bonito se acerca despacio.

—Puedes sentarte. —Señaló la silla—. No voy a robarte mucho tiempo.

Me senté y crucé las manos en el regazo para no dejar que hablaran por mí.

—Imagino que sabrás por qué estás aquí —dijo, deslizando una carpeta fina por la mesa hacia mí—. Conservación ha revisado los accesos al laboratorio. Procedimiento. Cada vez que alguien nuevo pasa a manejar el patrimonio, actualizamos las autorizaciones. —Ladeó la cabeza—. Estás accediendo a bastantes cosas.

Los registros.

Se me heló la sangre. No podía saber lo de los registros brutos —los había conseguido por fuera, como acusada, por un camino lejos de su mesa. Pero la frase estaba puesta ahí a propósito, un cebo, para ver si picaba.

No piqué.

—Estoy rastreando la pieza que desapareció de aquí —dije, con la voz más calmada que pude—. El signor Riccardi me contrató precisamente para eso. Imagino que usted lo sabe.

La sonrisa no vaciló. Pero algo detrás de ella se enfrió —el mismo hielo que ya había visto, de refilón, el día en que pasó ante mí en el pasillo sin verme.

—Lo sé. —Abrió la carpeta con dos dedos—. Y precisamente por eso me pareció mejor que habláramos de mujer a mujer, antes de que la situación se ponga... incómoda para ti. Todavía estás procesada, Chiara. Estás en el punto de mira. Yo sigo de cerca cada trámite. Y la verdad, por mucho que duela, es que tu nombre sigue siendo el mismo de cuando te fuiste de aquí. Volver a trabajar en esta torre no ha borrado nada de eso.

Cada palabra era una aguja envuelta en seda. Y lo peor: era todo verdad.

Yo tenía poder sobre el hombre de allá arriba —sobre sus silencios, sobre la manera en que bajaba a mi planta sin motivo.

Sobre mi propia vida no tenía ningún poder. Seguía marcada, procesada, con un padre en Florencia que creía que su hija estaba bien.

—¿Qué quiere decirme? —Enderecé la espalda—. Dígalo ya. Prefiero el golpe al masaje que lo precede.

Se rió bajo, casi con gusto.

—Me caes bien. Es una pena. —Cerró la carpeta—. Estoy diciendo que los procesos tienen su ritmo, y que quien se ocupa de ellos puede acelerarlos o dejarlos correr. Que una pericia se hace con un alcance, y el alcance se decide aquí dentro. —Apoyó las manos sobre la tapa, los dedos extendidos—. Estoy diciendo que sería más sabio que terminaras ese rastreo deprisa y siguieras con tu vida lejos de aquí. Antes de que a alguien le dé por mirar de nuevo, con calma, todo lo que andas tocando en esta planta, y le resulte demasiado fácil vincularte con lo que ya desapareció una vez.

Ya está. Estaba sobre la mesa. No una acusación —una promesa.

Si no te vas, te vinculo al robo otra vez. Y esta vez el guion lo escribo yo.

El nudo en el estómago se volvió hielo en la espina. Aquello no era una directora preocupada por el procedimiento. Era la arquitecta de su propia trampa avisándome, con guantes de cabritilla, de que le sobraban ladrillos.

Debería haberme levantado y salido. Pero la gemóloga que hay en mí —la parte que no sabe dejar de mirar— hizo una pregunta:

—Habla de la pieza como quien la conoce bien.

Fue la primera vez que vi resbalar la máscara.

Solo un instante. Sus ojos fueron hasta la pared, donde había una fotografía enmarcada de la colección antigua, y la voz bajó medio tono, sin el hielo, casi tierna:

—La conozco. La Stella no es un zafiro cualquiera. Tiene la estrella de seis puntas viva dentro de la piedra, de esas que se mueven con la luz. Fue lo último que diseñó la tía Elena. Nadie aquí entiende lo que vale aquella pieza. Nadie lo entendió nunca.

El aire se me paró en la garganta.

Yo no le había contado a nadie lo del asterismo —la estrella de seis puntas. Era un detalle técnico, de gemólogo, de quien pone la piedra a contraluz y sabe leerla.

Tommaso me había dicho que el vendedor, en el sondeo, describió la pieza exactamente así: la estrella, las seis puntas, la mano de Elena.

Como dueña.

Y allí, ante mí, la prima de Lorenzo hablaba de La Stella con la misma intimidad —la estrella viva, el dibujo de Elena, «nadie entiende lo que vale».

Un engranaje giró dentro de mí y casi encajó. Estaba a un hilo de unir al vendedor sin nombre con el rubio caro del otro lado de aquella mesa.

Pero «casi» no es prueba. Y ella entendió que yo había notado algo.

La máscara volvió en el mismo segundo, lisa, pulida, mortal.

—Piensa en lo que te he dicho. Por tu bien.

Salí del despacho con las piernas temblorosas y su perfume pegado a mí, flotando, como había avisado que haría.

Llamé a Bianca desde el baño de la planta, con la puerta cerrada, aún temblando.

—Me ha llamado a su despacho —dije, bajo—. Bianca, fue como sentarme delante de una serpiente que sirve té.

—Te lo dije. —La voz de mi amiga llegó firme del otro lado, sin un segundo de duda—. Desde el primer día. La gente que cambia de simpatía de repente quiere algo. ¿Qué quiso?

—Que me vaya. Que termine cuanto antes y desaparezca, antes de que «alguien» me vincule otra vez al robo. —Respiré hondo, apoyada en la pared fría—. Y hay más. Habló del zafiro, Bianca. De una manera que solo quien... —Tragué saliva—. De la manera en que hablaría el ladrón. La estrella, el dibujo de la madre de Lorenzo, todo. Igualito a lo que me contó Tommaso.

Cuando Bianca volvió a hablar, la broma había desaparecido de su voz:

—Así que oíste la confesión y no puedes usar ni una coma de ella.

—No tengo pruebas. —Cerré los ojos—. Tengo un perfume en la ropa y un escalofrío en la nuca. Ningún juez acepta eso.

—Chiara... —La voz se puso seria de un modo que me apretó el pecho—. Si te ha llamado a su despacho para mandarte marcharte, es porque estás cerca. La serpiente solo ataca cuando se siente acorralada.

Colgué y me quedé apoyada en la pared, el corazón disparado, montando la cuenta en la cabeza.

De un lado, la única persona capaz de probar la verdad era el hombre que llevaba la sangre de ella corriendo por las venas —el hombre al que tendría que hacer traicionar a su propia familia.

Del otro, la verdadera culpable ya sabía que yo estaba cerca, y acababa de prometerme, con una sonrisa, que me empujaría de vuelta al agujero si no me echaba atrás.

Ya no solo corría tras la verdad. La verdad me había visto llegar —y estaba tendiendo el lazo de vuelta.



CAPÍTULO 28

«Sostuve una certeza a la espalda demasiado tiempo. Ninguna pared avisa de la hora en que va a ceder. Solo cede.»

LORENZO RICCARDI

Eran casi las once de la noche cuando comprendí que ya no podía más.

Tenía el informe de la pericia abierto en el portátil, las tres páginas que ya me sabía de memoria.

El ingreso que vino de una empresa pantalla en Malta — cáscara dentro de cáscara, «no es un pago, es un decorado», como

había dicho Massimo. La huella de la signorina Ferrari en un encaje de terciopelo que ella juraba no haber tocado nunca sin guante.

La rapidez de todo: acceso, huella y dinero cayendo a la vez, envueltos con lazo, listos para que los encontraran.

Y su lógica, la maldita lógica que ya no conseguía derribar: ¿quién roba una pieza que el mundo entero está vigilando y deja su propia huella de regalo?

Durante semanas había ido apilando esos agujeros en un rincón y echándoles un paño por encima, llamando a aquello hechos. Aquella noche el paño se cayó.

Me recosté en el sillón y miré el techo del despacho como si fuera a darme una salida.

Ya no consigo hacer que las piezas digan que fue ella.

La frase llegó entera, sin permiso, y no pude devolverla a la oscuridad.

Cada prueba que me habían dado contra la signorina Ferrari era demasiado buena, demasiado limpia, demasiado conveniente.

La prueba de verdad es sucia. Aquellas habían sido montadas —y montadas por alguien que conocía la casa por dentro lo suficiente para saber adónde apuntaba la cámara y a qué hora se quedaba ella sola.

No llegué al nombre. Cada vez que mi cabeza avanzaba en la dirección de quién, dentro de aquellas paredes, tendría acceso y motivo, algo en mí cortaba la carretera antes del final.

Pero llegué al resto. Llegué a la peor parte: que me había subido a un escenario, ante cien personas, y había destruido a una mujer por un crimen que —ahora estaba casi seguro— ella no cometió.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que dolió.

Respiré hondo. No sirvió de nada —el aire entró pesado, cargado de plomo. Había cogido a la única mujer que de algún modo atravesó mi armadura y la había convertido en titular, en acusada, en blanco.

Y lo había hecho con un micrófono en la mano, con la voz firme de quien está seguro. Ese tipo de cosas no se deshace con una disculpa.

Puede que no se deshaga nunca.

Fue en ese momento cuando la puerta se abrió sin llamar.

—¿Todavía despierto? —Vittoria dejó una carpeta sobre mi mesa, el traje de chaqueta impecable incluso a aquella hora—. Tenemos que resolver esto de una vez, primo.

—¿Resolver el qué?

—La signorina Ferrari. —Se sentó sin que se lo pidiera—. Conservación ha cerrado la revisión de accesos, y lo que ha aparecido no es bonito. Anda entrando en registros del patrimonio que no tienen nada que ver con el zafiro. Históricos de inventario. Registros antiguos. —Empujó un papel hacia mí—. Es el comportamiento clásico de quien está borrando su rastro, Lorenzo. Ya he preparado lo que falta para que la denuncia avance. Solo falta tu firma para pedir su detención y que declare.

Miré el papel sin tocarlo.

Tres semanas antes, habría firmado sin leer. Habría entregado el bolígrafo con gusto. Aquella noche, con el paño caído en el suelo y la pericia abierta a mi espalda, la mano no fue.

—No.

La palabra la pilló a mitad del gesto.

—¿Cómo que no?

—Aquel acceso lo autoricé yo. —Empujé el papel de vuelta—. La contraté para rastrear la pieza. Manejar los registros del

patrimonio es exactamente lo que le mandé hacer. No puedes convertir una orden mía en prueba de un delito.

Fue rápido, pero lo vi. La sonrisa siguió en el rostro y se enfrió por dentro, como cristal empañándose.

—¿Estás dudando de mí?

—Estoy dudando de todo. —Me levanté—. De mí incluido. Hay demasiados agujeros en esta historia.

Por un segundo —solo un segundo— algo cruzó el rostro de mi prima que no encajaba con una directora celosa de su trabajo.

Fue demasiado rápido para ponerle nombre, y mi cabeza, fiel a la vieja costumbre, no quiso ponérselo.

Es Vittoria. Crecí con ella. A la sangre no se la registra.

Se recompuso. Recogió la carpeta con una calma estudiada.

—Estás cansado. —Volvió a sonreír, y la sonrisa ahora era de lástima—. Estás dejando que una cara bonita te empañe el juicio. Lo entiendo. Pero alguien en esta familia tiene que proteger lo que tu padre y tu madre construyeron. Si ya no tienes estómago para esto, me ocupo yo.

Me ocupo yo.

Las mismas dos palabras de semanas atrás. Las oí como lealtad. El lector de mí mismo, que nunca supe usar cuando importaba, no escuchó lo que de verdad eran: una decisión tomándose a mis espaldas.

La puerta se cerró.

Debería haberme ido a casa. En cambio, bajé en el ascensor.

Esta vez no había ninguna excusa, ni siquiera la mentira de gestor. Había solo la verdad desnuda de la que había pasado la noche entera huyendo: que me equivoqué con ella, y que aun así —quizá por eso— no conseguía mantenerme lejos.

Seguía en la mesa, sola, la luz baja, el pelo suelto ahora. Levantó los ojos cuando entré y no dijo nada.

No hizo falta. Leyó en mi cara lo que yo mismo acababa de admitir allá arriba —y yo leí, en la suya, que no iba a mandarme marchar.

Me detuve a un paso de ella. El jazmín me envolvió entero y el corazón se me disparó, traidor, como si volviera a tener veinte años.

Se levantó despacio y quedamos demasiado cerca. La pared que yo había levantado entre los dos —hecha de orgullo, de acusación, de una certeza que aquella noche se volvió polvo— ya no estaba.

Desapareció sin ruido, como desaparecen las paredes malas: de golpe.

Nos quedamos allí, los dos, a un palmo de distancia, respirando el mismo aire. Yo veía cada detalle de su rostro de cerca —el cansancio en los ojos, la terquedad en la barbilla, la manera en que me miraba sin miedo, incluso después de todo lo que yo había hecho. Fue lo más bonito y lo más insoportable que había visto jamás.

Chiara.

Esta vez el nombre no chocó contra mis dientes. Se quedó ahí, en la punta de la boca, a un soplo de volverse voz.

No retrocedió. No retrocedí. La distancia entre los dos se encogió hasta casi nada, y sentí aquel nudo en el estómago que no es miedo —es el borde de un precipicio en el segundo antes del salto...



CAPÍTULO 29

«Hay un tipo de no que uno repite demasiado alto. Es el no que el cuerpo ya ha desmentido, en voz baja, mucho antes de que la boca se abra.»

CHIARA FERRARI

Bajó de nuevo. Pero esta vez no vino con la excusa de gestor colgada del rostro, ni con la frialdad de siempre como escudo.

Vino sin nada de eso. Solo él —y eso era infinitamente más peligroso.

Yo había pasado meses construyendo una defensa contra el Lorenzo Riccardi de hielo. A aquel sabía odiarlo.

Este hombre cansado plantado ante mí, que acababa de admitir con los ojos que se había equivocado conmigo, este no sabía

qué hacer con él.

Contra su frialdad sabía luchar. Tenía años de práctica levantando muros contra hombres poderosos que me miraban por encima del hombro.

Pero nadie me enseñó a defenderme de un hombre de cuarenta años, dueño de medio mundo, plantado ante mí casi de madrugada con el orgullo por los suelos y los ojos pidiendo algo que ni siquiera se atrevía a nombrar.

Contra eso no tenía muro ninguno.

Acuérdate del salón, gritó la parte de mí que aún sangraba. Acuérdate de cien personas, de los flashes, de la palabra «ladrona» en su boca. Acuérdate de tu padre preguntando por teléfono si iba todo bien y de ti mintiendo que sí.

Yo me acordaba de cada segundo. El problema era que el cuerpo tenía una memoria propia, más corta y mucho más terca, y esa solo se acordaba del casi beso, del escalofrío, de su voz ronca diciendo mi nombre en un pasillo vacío semanas atrás.

—No debería estar aquí. —Mi voz salió más débil de lo que quería.

—Lo sé. Y aun así no consigo volver a subir.

Dijo en voz alta lo único que yo había jurado no admitir ni ante mí misma.

Porque era verdad por los dos lados. Yo tampoco conseguía volver a subir hacia la mujer que era antes de aquel edificio, antes de él.

Nos habíamos hecho daño de maneras que quizá no tuvieran arreglo —y, aun así, allí, en la oscuridad del laboratorio, dos heridos se reconocían.

Él me había destruido porque se moría de miedo de desear. Yo había levantado una fortaleza por el mismo motivo exacto.

En el fondo, éramos la misma cobardía en cuerpos distintos.

La parte fría, la estratega, la que había montado el pacto, levantó la mano allá en el fondo e intentó hablar.

Piensa, Chiara. Si te desea así, lo ganas todo. Se vuelve tuyo. El hombre que te destruyó, en la palma de tu mano. Es la victoria completa.

Por un segundo horrible, la idea supo a justicia.

Era la venganza perfecta, al fin y al cabo. Él me había arrojado a los lobos delante del mundo entero; yo podía hacerlo arrodillarse en la oscuridad, rehén de su propio deseo, y ver al hombre de hielo derretirse en mi mano.

La estratega susurró que me lo merecía, que era solo otra jugada del pacto —la más dulce de todas.

Pero lo miré —la mandíbula apretada, los ojos ámbar que no conseguían despegarse de los míos— y la estratega enmudeció. Porque la verdad era peor, mucho peor, que cualquier plan.

Yo no quería ceder para ganar.

Quería ceder porque lo deseaba. Sin cálculo, sin palanca, sin venganza. Solo el deseo desnudo, idiota, del tamaño del mundo.

Y era exactamente eso lo que me aterraba —no perder el juego. Perderme a mí.

El corazón se me disparó —latía tan fuerte que estaba segura de que él lo oía. La distancia entre nosotros era de un paso, y yo sentía ese paso llamándome como quien llama desde lo alto de un precipicio —salta, salta, la caída es la mejor parte.

Yo ya había oído esa voz antes, el día en que decidí volver a aquel edificio en vez de huir a Florencia a lamerme las heridas lejos.

La otra vez la llamé valor. Esta vez no tenía ningún nombre bonito que darle —era solo deseo, puro y peligroso, empujándome

hacia la única persona que no debería desear sobre la faz de la Tierra.

La armadura que me había mantenido entera durante meses —la frialdad, la rabia, la lista de agravios que recitaba cada mañana como una oración— empezó a resbalarme de los hombros.

Y lo peor es que no hice nada por sujetarla.

Aquella armadura me costó cara. Fue ella la que me mantuvo en pie cuando mi nombre se volvió un chiste, cuando las puertas se cerraron, cuando lloraba en el baño y salía sonriendo para que mi padre no oyera en mi voz que su hija se había hundido.

Soltarla ahora, por un hombre —por este hombre—, era lo más peligroso y lo más idiota que podía hacer.

Lo sabía con cada célula. Y, aun así, mis dedos ya estaban aflojando.

—Dame un motivo. —Era casi un susurro. Ni yo misma sabía bien qué estaba pidiendo—. Un motivo para mandarte marchar ahora.

Dio el paso. El último. Levantó la mano despacio, dándome tiempo de sobra para retroceder, y me posó los dedos en la mejilla como quien toca algo que puede romperse.

—No tengo ninguno —dijo, bajo—. Esa es la cuestión.

El mundo se ralentizó hasta casi detenerse. Sentía el calor de su palma extenderse por mi piel, su respiración un poco descompasada, el pulgar recorriendo despacio la curva de mi rostro como si estuviera memorizando cada centímetro.

Era una caricia sin ninguna prisa y, precisamente por eso, imposible de resistir: no era un asalto, era una pregunta.

Las rodillas casi me cedieron. Y mi cuerpo ya había respondido que sí mucho antes de que yo reuniera el valor para que la boca dijera nada.

Su caricia desarmó la última cuerda que me sujetaba al suelo. Sentí un nudo en el estómago, hondo, de esos que no saben si son miedo o deseo —y que, a esas alturas, ya no marcaban ninguna diferencia.

Debería haber pensado en mi padre. En el proceso. En la serpiente de traje de chaqueta de allá arriba que aún quería mi cabeza. En la promesa que me hice de nunca, jamás, dejar que este hombre se acercara de nuevo.

No pensé en nada de eso.

Por primera vez en meses, apagué a la mujer que calculaba cada paso y dejé que la otra —la que había encerrado bajo siete llaves— tomara el control.

Cubrí su mano con la mía, volví el rostro hasta que mis labios encontraron la palma caliente, y oí mi propia voz salir en un hilo que era rendición y desafío a partes iguales:

—Entonces que Dios nos ayude...

Y cuando me atrajo hacia él, fui. Sin ninguna pared entre los dos por primera vez. Solo yo, él, y la certeza de que de ahí ya no había vuelta atrás —y de que, que el cielo me perdonara, no quería que la hubiera.



CAPÍTULO 30

«El jazmín en mi boca. Su pulso disparado bajo mis dedos. Rendirse no es perder: es dejar de fingir que aún se puede ganar.»

LORENZO RICCARDI

Cuando su boca encontró la mía, todos los muros que me había pasado la vida levantando cayeron a la vez, sin ruido.

Yo ya había besado a la signorina Ferrari una vez, semanas antes, en mi despacho —un beso de rabia y negación, que traté como un error y enterré.

Este no tenía nada que ver con aquel, este era rendición pura.

Mi mano subió sola hasta su nuca, los dedos enredándose en los rizos sueltos, y la atraje más cerca como si quisiera desaparecer dentro de ella.

Chiara.

El nombre estalló dentro de mí, y esta vez no me quedó ni fuerza ni ganas de retenerlo.

Ella sabía a todo lo que yo me había negado. La besé como un hombre con sed de años, y me lo devolvió con la misma hambre, las manos pequeñas agarrando mi camisa, atrayéndome, no empujándome.

Fui yo quien paró. Apoyé mi frente en la suya, los dos jadeando, y le sostuve el rostro entre las dos manos. Tragué saliva.

—Mírame. —Mi voz salió ronca, irreconocible—. ¿Estás segura? Porque, si cruzamos esta línea, no sé volver atrás. De ti no.

Sus ojos castaños me miraron en la oscuridad, y vi la guerra que ocurría ahí dentro —la misma que me desgarraba a mí.

Ella sabía, tan bien como yo, todo lo que aquello tenía de insensato.

—Debería decir que no —susurró con las manos en mi camisa—. Debería mandarte al infierno.

—Mándame. —Apenas respiraba—. Mándame, y me marcho ahora.

No lo hizo. En cambio, atrajo mi boca de vuelta a la suya, y fue la respuesta más alta que había oído en la vida.

No me acuerdo bien del camino hasta mi apartamento.

Me acuerdo de su peso contra mí en el ascensor, de su boca en mi cuello, de mis manos que no conseguían quedarse quietas. Me acuerdo de abrir la puerta a ciegas y de toda Roma parpadeando allá abajo tras la pared de cristal, indiferente, mientras lo único que importaba en el mundo estaba allí, en mis brazos.

La tumbé en mi cama con un cuidado que ni sabía que aún tenía dentro de mí.

Despacio, me dije. No es una victoria que arrancar. Es un milagro que no merezco.

La luz de la ciudad entraba azul por la ventana, y fui desnudándola como quien desenvuelve algo raro —primero la blusa, botón a botón, mi boca siguiendo cada trozo de piel que aparecía.

El hombro, la clavícula, la curva donde el cuello se encontraba con el hombro, donde el aroma a jazmín era más fuerte. Se estremeció entera bajo mis labios y soltó un sonido bajo.

—Lorenzo. —La primera vez que decía mi nombre sin el «signor» delante.

Mis manos bajaron por su espalda, memorizando cada curva, firmes, pero sin ninguna prisa.

Yo quería acordarme de aquello. De todo. De la piel caliente bajo mis dedos, del temblor cuando encontraba un punto nuevo, de la manera en que se arqueaba hacia mí en vez de huir.

Ella no se quedó quieta. Tiró de mi camisa hacia arriba, y cuando sus manos encontraron mi piel, fue mi turno de cerrar los ojos y respirar hondo, como si aquella caricia doliera de tan buena. Sus dedos recorrieron mi pecho, mi vieja cicatriz, sin preguntar nada —solo reconociendo.

Fue ella la que me giró, en algún momento, y tomó el control un instante —explorando, probando, sus manos y su boca recorriendo mi pecho como si quisiera memorizar un mapa que nadie más tendría.

La dejé. Yo, que lo controlaba todo, que medía cada gesto, me quedé allí con los ojos cerrados y dejé que aquella mujer me desmontara pieza por pieza. Y entendí, en la oscuridad, que era exactamente eso lo que me venía negando desde hacía meses: no su cuerpo.

El peligro de ser visto por ella. De bajar la guardia ante la única persona que tenía toda la razón del mundo para odiarme —y que, aun así, me tocaba como si yo fuera precioso.

Ninguna ladrona besa así. Ningún cálculo finge esto.

Lo que fuera que yo hubiera gritado al mundo, aquello moría allí, bajo mis manos, mientras la mujer que había jurado odiar se entregaba a mí en la oscuridad sin guardarse nada.

Desnudé el resto despacio, y ella me dejó, levantando la cadera, ayudando, sin ninguna vergüenza —solo los ojos clavados en los míos, anclándome.

Cuando por fin no había nada entre nosotros, ni una tela, ni una pared, ni una mentira, me detuve solo para mirar.

Tembló —y no era de frío. Era lo mismo que me apretaba el pecho: el tamaño de lo que estábamos haciendo, la caída sin red debajo.

Vi la duda cruzar su rostro un segundo y, en vez de avanzar, esperé. Le llevé la mano a la mejilla, despacio, y me quedé allí sin más, dejándola decidir.

—No tengas prisa. La noche es nuestra y eres lo más bonito que he visto jamás —dije, y era la verdad más desnuda que había salido nunca de mi boca.

Fui hacia ella, sintiendo su calor llamarme, y me detuve una vez más al borde, la frente en la suya.

—Última oportunidad. Dime que pare.

—No pares. —Su voz temblaba, pero la mano en mi nuca era firme—. No pares ahora.

Y entré en ella...

Me recibió con un suspiro que sentí en mi propia piel, y por un instante ninguno de los dos se movió —solo nos quedamos allí, unidos, respirando el mismo aire, los ojos el uno en el otro. Fue lo

más íntimo que había vivido jamás, y ni siquiera habíamos empezado a movernos.

Cuando empezamos a movernos, fue juntos, en un ritmo que nadie enseñó y que aun así ya sabíamos.

Sus manos en mi nuca, en mi espalda, atrayéndome más hondo. Mi boca en su cuello, en el hombro, en la boca. Cada sonido bajo que se le escapaba encendía en mí algo sin nombre.

Fui aprendiendo su cuerpo allí, aquella noche —lo que la hacía contener la respiración, lo que la hacía apretarme más fuerte, el lugar exacto en el cuello que la hacía susurrar mi nombre.

Cada descubrimiento me dejaba más perdido. Y no era solo deseo —eso fue lo que me asustó en medio de todo: era ternura.

Quería que aquello fuera bueno para ella más de lo que quise nada para mí en la vida. Quería borrar, con mis manos, cada noche que había pasado en vela por mi culpa.

—Mírame —pedí de nuevo, y me miró—. No cierres los ojos. Quiero verte.

Y vi. Observé caer su coraza entera, vi a la guerrera que me había plantado cara con la barbilla alta deshacerse debajo de mí, y fue lo más devastador y lo más bonito que he presenciado jamás.

Cuando estuvo cerca, lo sentí —su cuerpo cerrándose en torno a mí, la respiración cortada, las uñas en mi espalda.

Y fue ahí, en el instante exacto en que se entregó entera, cuando su nombre se me escapó de la boca en voz alta por primera vez, ronco, quebrado, reverente:

—Chiara...

Nos derrumbamos juntos, y durante un largo rato me quedé allí, su pecho subiendo y bajando contra el mío, el corazón disparado de los dos latiendo el uno contra el otro, sin que ninguno de los dos encontrara una sola palabra.

Rodé hacia un lado y la atraje conmigo, y se acurrucó en mi pecho como si aquel fuera su lugar desde siempre. Los rizos esparcidos sobre mi brazo, la respiración frenándose, el cuerpo ablandándose en el sueño.

Le besé la frente. Me quedé allí, con los labios en la piel caliente, y fue en ese momento cuando el peso de todo aquello por fin se desplomó sobre mí.

Acababa de hacer el amor con la mujer a la que había destruido delante del mundo entero.

Seguía siendo, a los ojos de todos, la signorina Ferrari —ladrona, acusada, titular.

Yo no había limpiado su nombre. No había desmentido ni una coma de lo que dije. Tenía todo el poder del mundo en las manos —el dinero, la empresa, mi palabra valiendo más que la suya en cualquier tribunal— y me había llevado a aquella mujer a la cama de todos modos, con ella aún hundida en el barro que yo mismo arrojé.

¿Qué clase de hombre hace eso?, me pregunté, mirando el techo.

La respuesta era sencilla y no me gustó nada: un hombre que tomó para sí lo que quería antes de devolverle a ella lo que era suyo por derecho.

La miré dormir, tan entregada, tan indefensa, y la verdad me cayó entera encima: ya no conseguía, de ninguna manera, sostener la historia de que era culpable.

Se había acabado.

La narrativa que me protegió durante semanas murió en aquella cama. Quedaba solo la pregunta horrible de quién, entonces, había montado todo aquello —y sentí, una vez más, que mi cabeza se desviaba antes de llegar a ninguna puerta.

Y, en algún lugar de aquel edificio que había dejado atrás, la máquina que yo mismo puse en movimiento meses antes seguía

girando, indiferente a lo que había ocurrido en mi cama —un proceso en pie, una denuncia amartillada, una prima de ojos fríos que me había sonreído y prometido que iba a «ocuparse de todo».

Yo había dicho que no. Pero sabía, mejor que nadie, que un no mío no siempre bastaba para parar una máquina ya en marcha.

La apreté más fuerte contra mí, como si eso pudiera protegerla de lo que estaba por venir.

Por la mañana despertaría en mis brazos y nada de fuera habría cambiado.

Su nombre seguiría quemado. El proceso seguiría en pie. La mujer de traje de chaqueta seguiría queriendo su cabeza.

Le había dado a aquella mujer mi cama, mi cuerpo, la primera verdad que salía entera de mí en meses —y nada de aquello era lo que ella había venido a buscar a aquel edificio.

Había ganado al hombre, pero no había ganado la justicia. Y los dos sabíamos cuál de las dos necesitaba más.

Me pasé la vida entera cobrando lo que los demás me debían, fue mi último pensamiento antes de que llegara el sueño. Y acabo de contraer la única deuda que nunca, nunca voy a conseguir pagar.

Fuera, Roma seguía encendida, sin saber nada. Y yo sostenía en los brazos a la mujer que me había ganado lo único que sabía dar —el deseo— y aún no tenía de vuelta lo único que de verdad importaba: la libertad.



CAPÍTULO 31

«La seda de la sábana no elige la piel que cubre. Desperté cubierta de lujo, descubierta de nombre.»

CHIARA FERRARI

Desperté con toda Roma mirándome.

La pared de cristal no tenía la cortina echada, y la ciudad entraba dorada en el cuarto, indiferente, derramando luz sobre unas sábanas que costaban más que mi alquiler.

Tardé un segundo en entender dónde estaba. Tardé menos de un segundo en acordarme.

El olor a madera en mi piel se acordó por mí.

Cerré los ojos de nuevo, como si eso resolviera algo. El cuerpo me dolía en esos lugares buenos y vergonzosos, y su brazo

aún pesaba caliente sobre mi cintura, y por un instante —un instante entero, lo confieso— lo dejé.

Dejé el calor, el peso, su respiración lenta en mi pelo.

Entonces llegó la cuenta.

Llegó como llegan las cuentas: sin llamar.

El proceso seguía en pie. Mi nombre seguía quemado en cada periódico del país. Mi padre seguía en Florencia, tomándose la medicina y creyendo que su hija estaba bien. Y la mujer de traje de chaqueta seguía ahí fuera, en algún lugar, queriendo mi cabeza en una bandeja de plata de la casa Riccardi.

Gané al hombre, pero no gané la justicia.

Y de los dos, solo uno pagaba abogado.

Salí de debajo de su brazo despacio, centímetro a centímetro, con la habilidad de quien se ha pasado la vida saliendo de sitios sin hacer ruido.

La blusa estaba en el suelo, cerca de la ventana. La falda, más lejos, tirada en un sillón de cuero que parecía no haber visto ropa arrugada en su vida.

Me vestí de espaldas a la cama, y cada botón que cerraba era un trozo de la armadura volviendo.

Sabes lo que fue esto, me dije, la barbilla firme. Fue una noche. Fue una locura y fue una noche, y ahora coges el bolso y te vas antes de que...

—¿Ibas a irte sin café?

Me quedé helada con la mano en el asa del bolso.

Lorenzo estaba parado en la puerta del cuarto. Pantalón de pijama, el pecho desnudo, el pelo en un desorden que ninguna reunión de consejo había visto. Y sujetaba, con las dos manos, dos tacitas de café.

No era una orden. Era un hombre de un metro noventa y cuatro sujetando dos tazas como quien no sabe muy bien qué hacer con sus propios brazos.

Yo nunca había visto a Lorenzo Riccardi torpe. Aquello era más peligroso que la noche entera.

—¿Suele servirles café a las acusadas? —Arqueé una ceja—. ¿O me he ganado un trato especial por buena conducta?

—Suelo despedir a quien se equivoca con el punto de mi café. —Cruzó el cuarto y me tendió una de las tazas—. Este lo he hecho yo. Si está malo, la culpa es del molinillo.

Cogí la taza porque mis manos lo decidieron solas. Porcelana fina, café oscuro, perfecto.

Cómo no iba a ser perfecto. Todo en aquella casa era perfecto, menos la situación.

—Siéntate —dijo. Y se corrigió, en un tropiezo que nunca había oído en su voz—: Si quieres sentarte.

Debería haberme ido. Me senté en el borde del sillón, encima de mi propia falda arrugada, y me bebí un café con el hombre que me había destruido delante del mundo entero.

El silencio duró tres sorbos. Fue él quien lo rompió:

—Sobre lo de anoche, Chiara…

Me preparé entera, el estómago ya revolviéndose, esperando la frase que venía después —fue un error, esto no puede repetirse, signorina Ferrari— porque así funcionaba, ¿no?

El nombre se escapaba cuando la pared caía, y el «signorina Ferrari» volvía por la mañana, junto con la coraza y el cargo.

Esperé el paso atrás. El paso atrás no llegó.

—…no sé hacer esto —terminó, los ojos ámbar clavados en los míos, la taza olvidada en la mano—. La mañana siguiente. La conversación. Nunca he necesitado saberlo.

Chiara. Sin «signorina». Sin armadura. Por segunda vez, a la luz del día, sobrio, con un café en la mano.

Y fue eso —no la noche, no sus manos, no Roma dorada por la ventana—, fue eso lo que me desarmó de una manera que yo no había autorizado.

Tragué saliva y miré dentro de la taza, porque mirarlo a él estaba por encima de mis fuerzas en aquel momento.

—Nadie puede saberlo —dije.

Frunció el ceño.

—Chiara…

—No. Escucha. —Dejé la taza en la mesita y me levanté, porque algunas frases solo se consiguen decir de pie—. Ahí fuera yo soy la ladrona y usted es la víctima. Si una sola persona llega a soñar con lo que pasó aquí, dejo de ser acusada para convertirme en otra cosa —y de esa otra cosa, Lorenzo, no me defiende ningún abogado. Esto de aquí no existe ahí fuera para nadie. Ni para Massimo. Ni para su familia.

La palabra «familia» lo atravesó como una corriente de aire. Lo vi.

—Me estás pidiendo secreto. —Su voz salió baja, demasiado controlada.

—Le estoy exigiendo secreto. —Cogí el bolso—. Es lo único en todo el mundo que todavía está a mi alcance exigir.

Fui hasta la puerta. La mano en el picaporte, el nudo en el estómago, y la pregunta me subió por la garganta antes de que consiguiera tragármela. Me volví.

—Solo respóndeme una cosa. —El corazón se me disparó, traidor—. ¿Qué soy ahora, Lorenzo? ¿Tu amante o tu acusada?

Abrió la boca.

Y se quedó allí, parado en medio de aquel ático de millones, el pecho desnudo, la taza en la mano, el hombre más poderoso que yo había conocido jamás —sin respuesta.

Cerré la puerta antes de que su silencio terminara de doler.



El taxi olía a ambientador de naranja, y divagué un buen rato hasta que el móvil vibró antes de la segunda esquina.

—No volviste a casa anoche —dijo Bianca, sin «hola», sin buenos días—. Lo sé, porque llamé tres veces. Y antes de que te inventes una excusa, amiga: yo trabajo con arte. Reconozco una falsificación por teléfono.

—Bianca…

—Comemos hoy. Y quiero la versión sin cortes. —Una pausa, y su voz se ablandó medio tono—: ¿Estás bien?

Miré por la ventana. Roma pasaba ahí fuera, de mañana, preciosa y ajena como siempre.

—No lo sé.

Fue lo más honesto que dije en semanas.

En mi edificio, el portero me vio llegar con la ropa de ayer y me miró de la misma manera de siempre desde el titular: esa mirada que pesa, mide y condena sin coste de tribunal.

El ascensor seguía averiado, la escalera seguía a oscuras.

En el tercer tramo, el móvil vibró otra vez. Notificación del despacho de mi abogado: «Vista preliminar — actualización de plazo. Contactar con urgencia».

Me paré en el escalón y respiré hondo.

Allá arriba, cerca de Villa Borghese, había un hombre con mi olor en las sábanas y una pregunta sin respuesta en la mano. Aquí abajo, el mundo seguía exactamente igual: el proceso en pie, el nombre manchado, mi padre a oscuras, la serpiente de traje de chaqueta suelta.

¿Amante o acusada, Chiara?

Subí el resto de la escalera sabiendo la respuesta que él no tuvo el valor de decir.



CAPÍTULO 32

«La confesión no apaga el incendio. Llega después de él —con las manos vacías, pidiendo un sitio entre las cenizas.»

LORENZO RICCARDI

Cuatro días.

Hacía cuatro días que ella había hecho una pregunta que no supe responder —y hacía tres que intentaba, en silencio, empezar a merecer el derecho a responderla.

El lunes había llamado al departamento jurídico y dado la instrucción más sencilla de mi vida: retirarse. Retirar la denuncia de la empresa contra Chiara Ferrari. Suspender la cooperación con la acusación.

Tres frases. Había despedido a directores con menos palabras.

El jueves descubrí que mis tres frases habían muerto en alguna planta entre mi despacho y el mundo.

—¿Cómo que «el plazo se ha ido retrasando»? —No levanté la voz. Nunca levantaba la voz; salía más barato dejar que los demás imaginaran lo que venía después de ella—. Di una orden directa el lunes.

El abogado, al otro lado de la mesa, sudó en silencio.

—Hubo... indicaciones contradictorias, dottore. La aseguradora bloqueó la retirada —alegan que echarse atrás ahora compromete el siniestro de la piedra. Y el protocolo interno exigió un dictamen del comité antes de ejecutar y... —consultó el papel como quien se esconde detrás de él— el dictamen volvió pidiendo diligencias.

—¿Quién pidió el dictamen?

—La instrucción vino del flujo de gobernanza.

Del flujo de gobernanza.

La máquina que yo mismo había mandado montar, meses atrás, cuando delegar la destrucción de aquella mujer me parecía eficiencia.

Había apretado un botón para empezar —y ahora descubría que no existía botón para parar. Solo engranaje tras engranaje, cada uno engrasado por manos que yo no veía.

Apreté la mandíbula y despaché al hombre con un gesto.

Massimo contestó al segundo tono.

—Deja que lo adivine —dijo—. Tu orden de retirada se ha vuelto humo.

—Se ha vuelto proceso. Dictámenes, comités, la aseguradora de escudo. —Me levanté y fui hasta la ventana de la última planta.

Roma allá abajo, dorada y ajena—. Massimo, llevo casi veinte años mandando en esta empresa. Nunca he visto una orden mía hundirse de esta manera.

—Una orden no se hunde sola, Lorenzo. Una orden hundida tiene una mano sujetándola debajo del agua. La pregunta que no te estás haciendo es: ¿quién está frenándola?

La pregunta se quedó ahí, colgada en la línea. Y sentí que mi cabeza hacía lo que venía haciendo desde hacía semanas: llegar hasta una puerta y desviarse antes de abrirla.

Gente de fuera. Un abogado acomodado. Una aseguradora protegiendo su caja.

Cualquier respuesta servía, menos la que vivía en la planta doce.

—Resuelve el camino de conservación —dije, cambiando de tema como quien cambia de ciudad—. ¿Dónde estamos?

—En el camino lento. Auditoría estatutaria del patrimonio: la convoqué por el consejo, con fundamento legal limpio. Solo que eso lleva meses, y meses no tenemos. —Unos papeles crujieron al otro lado—. El camino rápido sigue siendo el mercado de sombra. El contacto existe, el vendedor existe, la pieza existe. Voy a por ello.

—Ve. —Tragué saliva, mirando la ciudad—. Massimo. Necesito el nombre.

—Ya sé lo que necesitas. —Su voz bajó medio tono—. Solo mira a ver si aguantas el nombre cuando llegue.



Por la noche, en el ático, ella estaba de espaldas a mí, ante la pared de cristal, con una copa de vino que no había bebido.

Cuatro noches en aquella rutina secreta —subía por el ascensor privado, el mundo de ahí fuera sin saberlo, y durante unas horas la guerra se quedaba al otro lado de la puerta.

La tregua sabía a algo robado. Los dos lo sabíamos.

Crucé la sala y me detuve a un paso de ella. En el reflejo del cristal, los ojos castaños me encontraron.

—Chiara. —Esperé a que se volviera. Necesitaba decirlo mirándola a los ojos, no a su fantasma en un cristal—. Sé que no fuiste tú.

Se quedó inmóvil.

Sin «quizá». Sin «la pericia indica». Sin ninguna de las muletas que un hombre como yo aprende a usar para no estar nunca entero en ninguna frase.

Dejé las palabras desnudas en medio de la sala, y por primera vez en meses no sentí su peso —sentí el peso de todos los días en que no las había dicho.

Y ella no se derrumbó de alivio en mis brazos.

Dejó la copa en la mesa con un cuidado que era pura rabia contenida, y cuando me miró, los ojos le brillaban —no de lágrimas. De incendio.

—Ha tardado. —La voz salió baja y afilada como cuchilla nueva—. Meses, Lorenzo. Meses de titulares, de proceso, de portero mirándome como a basura, de mi padre tomándose la medicina sin saber que su hija se había vuelto una acusada. ¿Y me lo dice ahora, aquí, en la oscuridad de su cuarto?

—Chiara…

—No necesito que crea en mí a oscuras. —Dio un paso hacia mí, la barbilla alta, y Dios, cómo amaba y odiaba aquella barbilla—. Necesito que el mundo lo sepa. Dígalo ahí fuera con los mismos micrófonos.

—Lo intenté el lunes. Mandé al jurídico retirar la denuncia, suspenderlo todo. La orden no avanzó, la frenaron desde dentro —dictámenes, aseguradora, comité. Alguien convirtió mi propia empresa en arenas movedizas.

Se cruzó de brazos, pero algo en su rostro cambió —la estratega despertando detrás de la rabia.

—Así que es rehén de su propia máquina. —Soltó una risa corta, sin ningún humor—. Tiene justicia, ¿sabe?

—Y hay más, y vas a odiar oírlo: aunque la orden avanzara, una retractación sin culpable no limpia nada. Mañana me subo a un escenario y digo «es inocente» —¿y sabes qué oye el mundo? El CEO se ha ablandado por la acusada. Ven la jugada del proceso contra ti. Sin un nombre en el lugar del tuyo, mi palabra no te devuelve nada. Solo te hunde conmigo al lado.

Fue hasta la ventana de nuevo, y vi sus hombros subir y bajar, una respiración honda tras otra, la guerrera haciendo la cuenta que yo ya había hecho.

—Entonces dígame lo que ha venido a decirme —dijo, mirando al cristal—. Porque «creo en ti» no paga abogados.

Fui hacia ella. Le sujeté los hombros y volví a aquella mujer hacia mí, despacio, y esta vez me dejó.

—Dame tiempo. —Mi voz salió más ronca de lo que quería—. Voy a traer el nombre de quien te hizo esto. Está cerca —más cerca de lo que imaginas. Dame tiempo, y te devuelvo entero lo que te quité. El nombre, el escenario, la retractación, todo.

Sus ojos recorrieron mi rostro un largo momento, buscando la mentira.

No la encontró porque no la había.

—Te doy el tiempo —dijo, por fin. Y cuando empezaba a respirar, me posó la mano en el pecho y me detuvo entero—. Pero,

Lorenzo… cuando llegue el nombre, no me protejas de él. Aguanté la mentira del mundo entero. Aguanto la verdad.

Y yo, que acababa de jurar devolverlo todo entero, sentí un frío en la espina que no supe explicar —como si algún Lorenzo del futuro ya conociera el tamaño exacto de aquella promesa.



CAPÍTULO 33

«El olor a salsa al fuego convierte cualquier techo en un hogar. Hasta el techo equivocado. Sobre todo el techo equivocado.»

CHIARA FERRARI

—A ver si lo he entendido. —Bianca me apuntó con el tenedor como quien señala una prueba en un tribunal—. Te has pasado meses montando una trampa para el hombre. A sangre fría, con hoja de cálculo mental y todo. Y has caído con él. Eso es talento, amiga. Hay gente que se pasa la vida estudiando y no consigue fracasar con esa elegancia.

—¿Has terminado?

—Estoy lejos de terminar. —Enrolló la carbonara con la calma de quien cobra por horas—. Aún ni he llegado a la parte en que el

acusado confiesa.

La trattoria estaba a dos manzanas de su galería, mantel de cuadros, vino de la casa, un camarero que conocía a Bianca por el nombre y por los defectos.

Era el tipo de sitio donde nadie miraba dos veces a la mujer del titular. Por eso mismo había aceptado salir a la luz del día.

—No confesó. Él... —busqué la palabra en el fondo de la copa— dijo que sabe que no fui yo. Mirándome a los ojos. Sin «quizá».

—¿Y tú qué hiciste?

—Discutí con él.

Bianca soltó el tenedor.

—¿El hombre más rico de Roma te declara inocente en medio del salón y tú discutes?

—Me declaró inocente a oscuras, Bianca. —El estómago se me revolvió solo de recordarlo—. A puerta cerrada, en su ático, donde no vale nada. Ahí fuera sigo siendo la ladrona. Así que sí, discutí, y me pidió tiempo. Dijo que va a traer el nombre de quien hizo esto y a devolvérmelo todo. Entero.

—¿Y le diste el tiempo?

—Sí.

Se quedó un momento en silencio, girando la copa por el pie, y yo conocía aquel silencio. Era el silencio que venía antes de las frases que yo no quería oír.

—Voy a decir una cosa y luego volvemos a reírnos, ¿vale? —Su voz había cambiado—. ¿Te acuerdas de lo que te dije cuando esa mujer te acorraló en su despacho? La serpiente acorralada ataca. Pues bien, la serpiente está más acorralada que nunca —el primo ablandándose, tú de vuelta, gente hurgando donde no debía. Y

ahora, amiga... —Bianca se inclinó sobre el mantel de cuadros— ahora duermes al lado del apellido de la serpiente.

—Sé cuidarme.

—Sé que sabes. —Me cogió la mano sobre la mesa, rápido, casi con rabia—. Solo no olvides una cosa: el ataque de la serpiente nunca se ve. Solo se siente.

Entonces se recostó, levantó la copa y volvió a ser la Bianca de siempre en el mismo segundo:

—Ahora cuéntame lo del ático. Quiero saber si el multimillonario tiene frutero...

El multimillonario no tenía frutero. El multimillonario no tenía ni sal.



—¿Cómo que no sabes dónde está la sal de tu propia casa?

Lorenzo estaba parado en medio de la cocina —una cocina más grande que mi apartamento, mármol de punta a punta, electrodomésticos que parecían no haber sido usados nunca— con la expresión de un hombre perdido en un país extranjero.

—La cocinera lo sabe —dijo, con una dignidad absurda.

—La cocinera lo sabe. —Puse los ojos en blanco y empecé a abrir cajón por cajón—. Doce años mandando en un imperio y el hombre no sabe abrir un cajón. Tercero a la izquierda. Apunta.

Yo había llegado con dos bolsas de la compra y una decisión: aquella noche nadie iba a cenar ceremonia. Harina en la encimera, huevos, la salsa de mi nonna borboteando bajito al fuego —tomate, albahaca, tiempo y terquedad.

El olor se adueñó del ático en veinte minutos, atravesó el mármol helado, empañó la pared de cristal, y toda Roma allá abajo que me perdonara: aquello, por una noche, iba a oler a hogar.

—Dame la mano. —Cogí su mano, aquella mano enorme que firmaba contratos de millones, y la hundí en la masa—. Amasa con ganas. Haz como si fuera un accionista.

Se rió. Corto, pillado por sorpresa —pero se rió. Y obedeció, las mangas de la camisa dobladas hasta el codo, harina en el antebrazo, el hombre más temido del mercado de joyas italiano amasando pasta fresca bajo mis órdenes.

Si el consejo lo viera, pensé, mordiéndome el labio para no reírme.

Si me viera yo a mí misma en esto, tres meses atrás.

Cenamos en la propia encimera. Sin mesa puesta, sin copa de cristal, los platos humeando entre botes de harina. Él probó el primer bocado y cerró los ojos, y yo me quedé mirando aquello con un orgullo idiota calentándome el pecho.

—Esto no es comida —dijo, por fin—. Esto es un argumento.

—Es la receta de mi nonna. Decía que una buena salsa no tiene prisa. —Serví más vino para los dos—. La prisa es para quien no sabe lo que hace.

Lorenzo se quedó un instante en silencio, girando el tenedor en el plato. Y entonces, sin que yo preguntara nada, dijo:

—Mi madre diseñaba así. Sin prisa. —Su voz cambió, se hizo más baja, como si la frase viniera de una habitación antigua—. Los talladores entregaban el proyecto en una semana; ella tardaba meses. Decía que el tallador no crea nada —solo quita lo que sobra. Que el trabajo de verdad era antes: ver la piedra entera, antes del primer corte. Lo que guardaba dentro.

Me detuve con la copa a medio camino. Un nudo en el estómago, bueno y extraño a la vez.

—Mi abuela decía algo parecido de las personas —dije, despacio—. Que la piedra buena es la que ha esperado toda la vida a alguien capaz de ver lo que guardaba dentro.

Él me miró y yo lo miré. Y algo pasó ahí, entre la harina y el vapor —algo antiguo, más grande que nosotros dos, que ninguno supo nombrar.

Sonrió, y sonreí. Dejamos que aquello pasara, como se deja pasar un tren que aún no sabemos que es el nuestro.

—Le habrías gustado —afirmó.

Así de simple.

El corazón se me apretó sin pedir permiso.

No te acostumbres, Chiara, avisó la voz del fondo, la de la estratega, la que había quedado de guardia.

Esto es prestado. Esto tiene reloj.

Mandé a la voz callarse y me comí la cena.

Más tarde llevamos los platos juntos al fregadero —otra escena que tres meses atrás me habría hecho reír hasta llorar: Lorenzo Riccardi con un paño de cocina al hombro.

Fue entonces cuando su móvil se encendió en la encimera, al lado del bote de harina.

No quise mirar, pero miré.

Vittoria Riccardi, decía la pantalla.

Estiró el brazo y giró el teléfono boca abajo, sin leer, en un gesto demasiado rápido para ser distraído. Después volvió al fregadero como si nada se hubiera encendido, y me preguntó algo sobre la salsa que respondí sin escuchar bien.

Podría haber preguntado. La pregunta estaba ahí, entera, lista, en la punta de la lengua: ¿qué quiere ella de ti a estas horas?

Enjuagué un plato y no pregunté.

Fue la primera mentira que conté en aquella casa, y ni siquiera necesité abrir la boca.



CAPÍTULO 34

«Quería guardar en la caja fuerte lo que solo era mío mientras la puerta siguiera abierta. Cerré los dedos de todos modos.»

LORENZO RICCARDI

Massimo llamó a las cinco, con la noticia que yo ya esperaba y que aun así odié oír.

—El consejo ha aprobado la auditoría del patrimonio. —Una pausa que lo decía todo—. Para dentro de ocho semanas. Calendario estatutario, quórum, convocatoria oficial. Empujé todo lo que pude, Lorenzo. La vía legal es esto: limpia y lenta como un funeral.

—En ocho semanas su proceso va a juicio.

—Por eso te dije que la otra vía se ha vuelto la única vía. ¿Tu invitado llega a qué hora?

Miré el reloj.

—Ahora.

Tommaso Conti entró en mi despacho a las seis y media de la tarde, cuando la última planta ya estaba vacía, y descubrí, en el primer apretón de manos, que odiar a un hombre y necesitarlo eran dos cosas que cabían juntas en la misma palma.

Le estreché la mano midiendo la fuerza como quien firma un armisticio. Él la midió de vuelta.

Ninguno de los dos sonrió más allá de lo protocolario, y en eso, al menos, fuimos honestos.

—Dottore Riccardi. —Se sentó sin esperar invitación, lo que me irritó por el descaro y me gustó por lo económico—. Voy directo al grano, porque no me ha llamado aquí por el placer de la compañía. Mi contacto ha aceptado hablar con una condición.

—Dígala.

—No habla con usted. —Tommaso miró a Chiara, sentada en el sillón de al lado, y algo dentro de mí se quedó en silencio absoluto, ese silencio que precede a lo malo—. Habla con la especialista. Solo con ella.

—No.

La palabra salió de mí antes que el pensamiento.

Chiara ni se movió —solo arqueó una ceja, despacio, y yo conocía el gesto. Aquella ceja ya había derribado argumentos mejores que el mío.

—Ese mundo no negocia con dueños de marca —continuó Tommaso, como si yo no hubiera hablado—. Un dueño de marca es policía, es aseguradora, es proceso. Una especialista es una colega.

El hombre acepta un encuentro discreto, terreno neutral, lejos de Roma, en la Costa Amalfitana. Va a pasar allí las próximas semanas, haciendo lo que él llama inventario y todo el mundo llama esconder el género.

—¿Y por qué sabe tan bien cómo piensa ese mundo, Conti? —Me recosté en la silla—. Esa pregunta lleva semanas atascada en mi casa.

Por primera vez, vaciló. Giró el anillo en el dedo, un gesto pequeño, y cuando respondió, la arrogancia había desaparecido de su voz.

—Porque viví de él. —Me sostuvo la mirada, lo que le sumó puntos—. Quince años dentro de ese mundo, dottore. Diez de ellos autenticando procedencias sin preguntar por la procedencia. Era bueno, era el mejor. Las piezas que pasaban por mi lupa se convertían en piezas limpias, y yo nunca quise saber de dónde venía la suciedad. Hasta que la suciedad me salpicó. Me quemé, dottore. Me quedó media reputación y una agenda entera. Es la agenda la que está sobre la mesa.

—¿Y usted qué gana?

—La tasa de recuperación de la aseguradora. —No parpadeó —. El tres por ciento del valor asegurado de La Stella para quien haga viable la recuperación. Esa cuenta la hago dormido, desde hace semanas. —Abrió las manos—. ¿Quería un santo? Un santo no tiene contactos en los bajos fondos. Soy un hombre con deudas y una buena lupa. Sirvo más.

Meses desconfiando de aquel hombre, y su secreto era el más humano de todos: dinero.

Ni traidor, ni caballero. Un interesado útil.

Yo podía trabajar con interesados. Toda la vida he trabajado con ellos.

—Su contacto —habló Chiara por primera vez, y su voz tenía aquel hilo técnico que había aprendido a respetar en la planta doce —. ¿Llegó a ver la pieza? ¿O solo oyó la oferta?

—La oyó de cerca. —Tommaso se inclinó—. Y repite lo que ya dije una vez: quien sondeó el mercado conocía la pieza por dentro. Detalle de mesa de trabajo, no de catálogo. Hablaba de La Stella... —buscó la palabra— ...como una dueña. Como quien habla de una hija.

El frío que me bajó por la espina aún no tenía nombre.

—Concierta el encuentro —dije.

Cuando Tommaso salió, mandé un mensaje a la dirección avisando de que estaría unos días fuera, sin detalles.



La discusión empezó en el coche y estalló en el ático.

—No vas a ir a ese encuentro.

Chiara dejó el bolso en el sofá con una calma que era pura pólvora mojada.

—Qué gracioso. —Se quitó los pendientes, uno a uno, sin prisa—. Juraría haber oído a Tommaso decir que el hombre solo habla conmigo.

—Encuentro otro camino.

—No hay otro camino. La auditoría lleva ocho semanas y mi juicio llega antes. Tú mismo lo dijiste...

—¡Sé lo que dije! —La voz subió más de lo que quería. Respiré hondo, rehaciendo el control hilo a hilo—. Chiara, esto son los bajos fondos. Es la misma cloaca que se tragó mi piedra y escupió tu nombre. La gente que negocia con piezas robadas no

tiene ceremonias con los testigos. No voy a sentarte delante de un hombre así.

—No eres tú quien decide dónde me siento. —Cruzó la sala y se paró frente a mí, la barbilla alta, un metro sesenta y seis plantándome cara como si la estatura más grande fuera la suya—. Lo acordamos, Lorenzo. En esta sala, cuando el camino se acercara, no me proteges de él. No vuelves a decidir nada por mí nunca más. Esa era la regla.

—La regla era sobre el nombre. No era sobre meterte en la boca del lobo.

—¡La regla era sobre mi vida! —La voz se le quebró por la mitad, y fue peor que un grito—. Meses, Lorenzo. Meses siendo decidida por los demás. Tú decidiste que era culpable sin preguntarme. Tu empresa decidió mi sueldo, la prensa decidió mi carácter, el juez va a decidir mi futuro. Lo único que me ha quedado mío en esta historia es el derecho a luchar por ella. ¿Y quieres quitármelo para guardarme en una urna, igual que guardas tus piedras?

—¡Igual que guardo lo que no soporto perder!

El silencio cayó como cristal sobre el mármol.

Se quedó mirándome, el pecho subiendo y bajando, y me di cuenta de que había dicho la frase equivocada de la manera más acertada posible —o al revés, ya no lo sabía.

La sangre me latía en los oídos, las manos querían cosas que las manos no tenían derecho a querer.

—No soy tuya —dijo, bajo.

—Lo sé.

—No tienes ningún derecho.

—Ningún derecho. Y aun así, la idea de ti en aquella terraza, con esa gente, me quita el suelo, Chiara, y me he pasado la vida

entera sin saber lo que era tener un suelo que perder.

Su respiración cambió. Sus ojos bajaron hasta mi boca y volvieron a subir, y toda la discusión cambió de idioma sin cambiar de intensidad.

—Eres un troglodita de traje —susurró.

—Lo soy.

—Arrogante. Mandón. Imposible.

—Todo eso.

—Y voy a ir al encuentro.

—Sé que vas a ir. —Le sujeté el rostro con las dos manos, y me dejó, sus dedos ya agarrando mi camisa, tirando, no empujando —. Conmigo en la mesa de al lado.

—Hecho —afirmó contra mi boca.

Y el resto de la discusión lo terminamos sin palabras.

No fue como la primera noche.

La primera noche había sido lenta, reverente, un hombre desenvolviendo un milagro.

Aquello fue un incendio en una casa de madera —su blusa perdida entre el sofá y el pasillo, mi camisa sin tres botones, los dos chocando contra la pared del cuarto, porque ninguno aceptaba despegar la boca del otro primero.

Me empujó a la cama y se subió encima de mí con la misma autoridad con que me había plantado cara en la sala, y yo, que no obedecía a nadie en este mundo, obedecí.

—La discusión no ha terminado —advirtió, jadeante, con la boca en mi cuello.

—Dios me libre de creer que ha terminado.

Se rió contra mi piel, y la risa se volvió otra cosa cuando mis manos encontraron su cintura, la cadera, el calor. Subí las palmas por su espalda, despacio, solo para sentir toda la piel erizarse bajo mis dedos, y se arqueó contra mí como quien cede sin querer admitir que ha cedido.

Tiré de lo que aún quedaba de tela entre nosotros y lo lancé lejos. Cuando quedó desnuda sobre mí, a la luz débil que entraba de la calle, me quedé sin aire. Aquella mujer iba a matarme, y yo se lo iba a agradecer.

Su boca bajó por mi garganta, por el pecho, mordiendo, marcando, y cada vez que yo intentaba tomar el control me sujetaba las muñecas contra el colchón y me obligaba a quedarme donde estaba. La dejé. Yo, que nunca en la vida había dejado.

—Mírame —pedí, ronco, y me miró.

Fue ahí cuando le sujeté la cadera con las dos manos, firme, y la atraje hacia abajo, contra mí, despacio, sintiendo su calor recibirme centímetro a centímetro hasta que no quedó ninguno. Contuvo la respiración. Yo también. Por un segundo ninguno de los dos se movió —solo sus ojos en los míos, la frente pegada a la mía, su corazón martilleando donde mi pecho tocaba el suyo.

—Lorenzo —llamó. Solo eso. Mi nombre sin ningún signor, sin ninguna distancia, un nombre que era orden y rendición en la misma sílaba.

Y entonces empezó a moverse.

Aquella mujer discutía conmigo como nadie discutió y me deseaba como nadie me deseó, pensé, perdido, las dos verdades juntas, y ya no sabía cuál de las dos me desmontaba más.

Después fue hambre de principio a fin.

Sus dedos clavados en mis hombros, las uñas dejando rastro, su ritmo dictando el mío hasta que no pude más y nos giré a los dos de una vez, sujetándola debajo de mí solo para oír el sonido que

hizo cuando el peso de mi cuerpo la encontró. Sus muslos me apretaron. Su boca encontró mi oreja.

—No pares —ordenó.

—Ni muerto —gruñí contra su cuello.

Mi nombre otra vez en su boca, repetido, Lorenzo, Lorenzo, cada vez más sin aliento, hasta volverse casi súplica, y le sujeté el rostro con una mano para no perderme ni un segundo de la cara que puso cuando todo su cuerpo se cerró en torno a mí y la arrastró. Fui justo detrás. No tuve elección. Nunca la tuve, con ella.

Cuando se derrumbó sobre mi pecho, mucho después, los rizos esparcidos, nuestra piel pegada de sudor, su corazón todavía martilleando contra el mío, ninguno de los dos había ganado la discusión.

Había sido empate.

Estaba empezando a gustarme empatar.

—¿Sigo siendo un troglodita? —pregunté al techo, sin aliento.

—El peor de Roma. —Bostezó contra mi pecho, ablandándose ya en el sueño—. Pero cocinas mal y amas bien, y estoy cansada. Estate quieto.

Le besé la frente y me quedé quieto.

Y fue en la oscuridad, con ella dormida en mi brazo, cuando la frase de Tommaso volvió, paciente como un acreedor: hablaba de la pieza como una dueña. Como quien habla de una hija.

La cuenta se armó sola, fría, sencilla: ¿cuántas personas dentro de aquella casa conocían La Stella como una dueña?

La respuesta llegó a la punta de la lengua. Tenía un rostro y un perfume caro.

Miré al techo y empujé la respuesta de vuelta a la oscuridad, con las dos manos, por última vez en mi vida.



CAPÍTULO 35

«El mar no cobra la entrada. Cobra a la salida —y aquel día entré riendo.»

CHIARA FERRARI

Lorenzo Riccardi conducía su propio coche.

No sé por qué, de todo aquel día, fue eso lo que me desmontó primero —el hombre que tenía chófer, piloto y probablemente a alguien para respirar por él, con las mangas dobladas, la mano derecha cambiando de marcha en la carretera que bordeaba el acantilado.

A nuestra izquierda, la roca subía cubierta de limoneros. A la derecha, el mundo se acababa en un azul que no tenía nombre en ningún catálogo.

—Le estás sonriendo a la carretera —dijo, con los ojos en el asfalto.

—Le estoy sonriendo al conductor. —Bajé la ventanilla y dejé que el viento lo despeinara todo. El aire olía a sal y a limón—. Cuidado, dottore. Van a pensar que eres humano.

Positano apareció en la curva siguiente, colgada del acantilado como si alguien hubiera derramado un pueblo ladera abajo y este hubiera decidido quedarse.

Y durante un día entero, nos quedamos nosotros también —sin acreditación, sin titular, sin apellido.

Un hombre y una mujer, anónimos en medio de la calle estrecha.

En la tiendecita del callejón, probé una aceituna de la mano de la vendedora y regateé el precio de los limones por puro deporte, y Lorenzo presenció toda la negociación con la expresión de quien asiste a una OPA hostil.

—Acabas de ahorrar dos euros —observó, a la salida.

—Acabo de ganar —corregí—. El dinero no compra esto.

—Técnicamente, dos euros son dinero...

—Carga los limones y ponte guapo, anda.

Fue en el puesto de limoncello, más tarde, cuando ocurrió. La dueña del sitio, una señora con una bata de flores, llenó dos vasitos y contó que el licor era del limonero del patio, plantado por su marido —«que en paz descanse, era un negado para el trabajo, pero plantaba bien».

Lorenzo se rió.

No la media sonrisa de comisura de las reuniones. No la risa corta que yo le había arrancado en la cocina. Echó la cabeza hacia atrás y se rió, abierto, alto, los dientes a la vista, los ojos ámbar cerrándose en dos medias lunas —y yo me quedé allí parada, con el

vasito en la mano, dándome cuenta con un nudo en el estómago de que en casi cuatro meses nunca había visto los dientes de aquel hombre en una risa.

Guárdate esto, dijo una voz dentro de mí que yo no había invitado. Guárdalo bien. Un día de sol se guarda para el invierno.

El móvil sonó en medio de la plaza. Papà, decía la pantalla. Contesté de espaldas al mar, como si él pudiera verlo.

—¡Piccola! ¿No molesto?

—Nunca, papà. ¿Cómo va la tensión? ¿Te has tomado la medicina?

—Sí, sí. —Su voz sonaba bien, parecía ligera—. He llamado sin más, ¿sabes? Por oírte. Estás distinta estas últimas semanas. Tienes la voz... iluminada. Pareces feliz, piccola.

El nudo en la garganta subió rápido y lo cerró todo.

Feliz.

Yo estaba en la Costa Amalfitana con un hombre al que mi padre conocía por los periódicos como mi víctima o mi verdugo, según el titular.

Yo era una acusada en un proceso que él no sabía que existía. Cada llamada mía, desde hacía meses, era una obra de ingeniería para sostener la ciudad de cartón piedra donde mi viejo vivía feliz.

—Estoy bien, papà —dije, y la voz ni tembló, de lo entrenada que estaba—. Las cosas se están... arreglando.

Mentirosa, dijo la voz. Él te enseñó a no mentir ni en el peso de la balanza del mercado.

—Lo sabía. —Suspiró, satisfecho—. Va a salir todo bien, ya lo verás. Eres igual que tu nonna: te doblas, pero no te rompes.

Colgué y me quedé un segundo mirando el mar, esperando a que la sal de los ojos decidiera si bajaba o no.

No bajó.

La mano de Lorenzo se posó en mi espalda, caliente, sin preguntar nada —y eso casi derribó lo que la llamada no había derribado.

—¿Tu padre?

—Ha dicho que parezco feliz. —Solté una risa que salió torcida—. El timing de la ironía en mi familia es una herencia genética.



Por la noche, la terraza del restaurante estaba en un acantilado discreto de Ravello, lejos de la calle, con bombillas amarillas colgadas entre las viñas y el mar respirando allá abajo, invisible y enorme.

El hombre de lino crudo ya estaba en la mesa cuando llegué. Unos sesenta años, la piel de quien vive del sol, un reloj demasiado bueno para el resto de la ropa.

Lorenzo se quedó en la barra, a unos diez metros, de espaldas a nosotros y alerta como un cable pelado —la condición había sido clara: la conversación era solo con la especialista.

—Así que la signorina es la mujer que lee estrellas. —El hombre sirvió vino para los dos sin preguntar—. Me han dicho que ves un asterismo a simple vista.

—Lo veo mejor con lupa. Pero no me ha traído aquí para hablar de mi vista.

Se rió bajo y levantó el vaso.

—Directa. —El vino bajó despacio—. Voy a contarle una historia sobre una pieza que viaja sin documentos. Hace meses, sondearon el circuito. Cosa fina, discreta, de quien conoce las

puertas. La vendedora quería saber cuánto valía una estrella... fuera de las vitrinas.

—Vendedora. —Mantuve la copa firme. El corazón se me disparó por dentro, escondido—. Una mujer.

—Eso. —Giró el vaso contra la luz amarilla—. Educada. Perfume de banco suizo. Y hablaba de la pieza de una manera que no he olvidado nunca, porque en este oficio nadie habla así: hablaba como quien habla de una hija. La estrella de seis puntas, lo último que diseñó la vieja signora. Detalle de mesa de trabajo, signorina —no de catálogo.

La estrella viva. Lo último que diseñó la tía Elena.

Las palabras de Vittoria en su despacho, meses atrás, cayeron sobre las de él y encajaron sin holgura, diente a diente, como un engranaje cerrándose.

—En el circuito le pusieron un nombre —continuó el hombre —. La Conservadora.

Me mordí el labio para que la cara no dijera lo que la sangre gritaba.

—¿Dónde está la pieza ahora?

—Desapareció. —Abrió las manos—. Después de que el escándalo de ustedes estallara en los periódicos, la oferta se evaporó. Nadie compra una estrella con un foco encima. Si quiere mi lectura de treinta años de oficio: la Conservadora se echó atrás. Está sentada encima de la piedra, calladita, esperando a que baje el polvo.

Nombre en clave. Cargo. Perfume. El habla de dueña. La piedra parada, esperando.

El círculo se cerró dentro de mí con un clic que casi oí.

Vittoria. Sin sombra, sin quizá, sin otro cabo suelto en el mundo.

Y sin un miligramo de prueba.



En la habitación del hotel, la puerta del balcón estaba abierta y el mar entraba como un sonido de fondo, oscuro y paciente.

Lorenzo se quitó la americana y me miró de aquella manera que aún me desarmaba, la manera de quien comprueba que estoy entera antes de comprobar cualquier otra cosa.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué te ha parecido el hombre?

El nombre me subió entero por la garganta. Ocho letras, un apellido igual al suyo, un rostro que creció en sus fotografías de familia.

Cuando llegue el nombre, no me protejas de él —eso le había exigido yo, en aquella sala, con la mano en su pecho. Lo había hecho prometerlo.

Y ahora el nombre era mío, y él tenía sangre, y la sangre era suya.

—Creo que estamos cerca —dije.

La primera mentira en voz alta que conté dentro de la burbuja.

Salió suave, fácil. Fue eso lo que me asustó.

Asintió y fue a quitarse los zapatos, y yo me quedé en el balcón un minuto más, mirando el mar negro donde, de día, había existido un azul sin nombre de catálogo.

Mañana, le prometí al mar. Se lo cuento mañana.

El nombre se quedó ardiendo, guardado, en la parte de dentro de mi silencio.



CAPÍTULO 36

«Cuando la casa cruje de madrugada, uno se levanta a comprobar las cerraduras. Nadie enseña qué hacer cuando el ruido viene de dentro.»

LORENZO RICCARDI

El sueño no llegó.

El mar respiraba allá abajo, oscuro, paciente, el mismo sonido de fondo de toda la noche.

En la mesa de hierro del balcón, el whisky que había servido una hora antes seguía intacto. En Roma, en otra vida, una copa de vino había atravesado una noche entera así, ante mi ventana.

Yo no bebía cuando necesitaba pensar, y nunca había necesitado pensar tanto en la vida.

La Conservadora.

Diez metros de barra y una terraza silenciosa habían bastado.

Lo había oído todo.

Mujer. Educada. Perfume de banco suizo. Hablaba de la pieza como quien habla de una hija. La estrella de seis puntas. Lo último que diseñó la vieja signora.

Durante meses, cada vez que ese pensamiento daba el primer paso, yo le cerraba una puerta en las narices.

Se me daba bien —mi familia levanta paredes mejor de lo que levanta hijos. Pero aquella madrugada la puerta no se cerró.

El pensamiento recorrió la carretera entera, despacio, sin pedir permiso: conservadora; patrimonio; quien audita lo que nadie comprueba; quien creció oyendo a la tía Elena explicar el asterismo en la mesa del domingo; quien habla de La Stella como una herencia, no como una pieza.

Apreté la mandíbula hasta que dolió.

Estás condenando sin prueba, dijo la voz antigua, la voz del apellido. Fue exactamente así como destruiste a la mujer que duerme en tu cuarto.

Era verdad. Y por eso la puerta ya no se cerraba: yo sabía dónde termina la carretera de quien elige la respuesta cómoda.

—El lado de la cama se ha enfriado.

Chiara estaba parada en la puerta del balcón, ahogada dentro de mi camisa, los rizos aplastados del lado en que dormía. La brisa trajo jazmín mezclado con salitre, y algo en mí se destrabó un centímetro solo con eso.

—Me quedé de guardia. El mar tenía cara de ir a intentar algo.

—Son las cuatro de la mañana. —Miró el vaso lleno, luego a mí. Se sentó en la silla de al lado y se encogió los pies debajo del

cuerpo, como hacía cuando decidía quedarse—. No has bebido.

—No bebo cuando necesito pensar.

—¿Y en qué piensa el dottore a las cuatro de la mañana, con el vaso lleno y el mar vigilado?

La guasa vino bajito. Era su manera de abrir una puerta sin forzarla.

Miré el mar oscuro un largo segundo. Años construyendo murallas —y lo único que quería era que alguien entrara.

—Su nombre no lo digo. No por dolor. Por higiene.

Chiara no se movió, no preguntó de quién. Sabía que detrás de aquella frase vivía una historia.

—Mi madre había muerto hacía poco. Yo cargaba con todo el Gruppo a la espalda, solo, y ella fue la primera persona que dejé entrar después del entierro. Inteligente hasta doler. Se lo enseñé todo: los procesos, los proveedores, la sala donde mi madre diseñaba. Se sentó en la silla frente a la mía, sonrió y firmó el contrato de confidencialidad. —El vaso giró en mi mano, intacto—. Dieciocho meses después, nuestro trabajo estaba sobre la mesa de la competencia, vendido como fruta en el mercado. Y yo no lo vi, Chiara. Yo, que lo veía todo.

—¿Qué hiciste?

—Denuncié, gané, enterré. El problema no fue lo que hice, fue en lo que me convertí. No me puse triste, me puse eficiente. El día del acuerdo, ella firmó los papeles sin mirarme ni una vez, y recuerdo que pensé, en aquella sala: la culpa fue mía. Confié. Ese defecto no lo cometo otra vez. —La palabra siguiente salió con sabor a óxido—. Hice de eso una filosofía de gestión. Los periódicos lo llaman rigor. Siempre tuvo otro nombre.

—Miedo…

—Miedo —admití, y la palabra dolió menos de lo que esperaba. En su boca, parecía solo un diagnóstico—. Convertí la empresa de mi madre en un lugar donde confiar es un fallo de seguridad. Y durante años creí que era un homenaje.

Chiara estiró la mano y me quitó el vaso —no para beber: para que mi mano se quedara vacía y ella cupiera dentro.

—Háblame de ella —pidió, bajo—. De tu madre.

—Diseñaba de madrugada. —No sabía que aquel recuerdo seguía entero hasta que echó a andar solo—. La casa dormida, y mi madre en la mesa de la cocina, en camisón, con un lápiz detrás de la oreja. Sus manos eran pequeñas y vivían manchadas de tinta china. Me parecía el colmo: las joyas más caras de Italia diseñadas por unas manos sucias de tinta. La Stella fue el último dibujo, pero no vio la piedra terminada. ¿Y sabes la cuenta que me despierta de madrugada? Todo lo que quedó de mi madre en este mundo cabe en una caja fuerte de doce dígitos. Encerré a mi madre en una caja fuerte, Chiara. Y me pasé la vida llamándolo cuidar.

—Mi nonna me enseñó a leer una piedra antes de enseñarme a leer a la gente —contó, la barbilla apoyándose en mi hombro—. Para ella era el mismo oficio: buscar por dónde entra la luz. Decía que una fractura no es un defecto. Es el camino que la luz encontró para salir.

—Nuestras viejas se habrían entendido.

—Nuestras viejas habrían dominado Europa.

Me reí —corto, bajo, verdadero—, y ella sonrió contra mi hombro, y fue en ese preciso instante, con jazmín y salitre y su peso caliente en mi brazo, cuando la frase subió.

Te quiero.

Yo, que nunca cedí una coma gratis, abrí la boca para entregarlo todo sin pedir nada.

—Duerme —fue lo que salió—. Yo me quedo de guardia.

Chiara me miró un segundo de más, ese segundo en que ninguna mujer se engaña.

Lo que fuera que vio, lo aceptó sin cobrarlo. Me besó la mandíbula, en el punto exacto donde se tensaba, como quien firma un recibo, y se acurrucó en mi brazo.

Se durmió antes de que el cielo aclarara. Y fue con su peso en el brazo como apreté la decisión, tornillo a tornillo, fría y definitiva: iba a cargar con aquello solo.

Si me equivocaba, destruía por desconfianza a la familia que me quedaba —y yo conocía el precio de una acusación errada.

Si acertaba... fui yo quien entregó a aquella mujer en su mano. Fui yo quien firmó la sentencia. Y esa frase no se la digo a Chiara sin poder limpiarla en el mismo aliento.

Cuando llegue el nombre, no me protejas de él, había exigido ella, con la mano abierta en mi pecho.

Voy a traer la prueba junto con el nombre, negocié con el recuerdo. Eso no es proteger. Es terminar el trabajo.

Mentí tan bien que casi me lo creí.

El cielo sobre el mar se fue poniendo rosa despacio, como si el mundo no le debiera nada a nadie. Roma había pasado tres días enteros sin pedirme nada.

Ninguna crisis, ningún incendio, ninguna llamada de la dirección.

Leí aquel silencio como paz. El móvil vibró en la mesa de hierro a las seis y once.

Massimo.

Contesté al primer tono, la mano helada antes que la voz.

—Vuelve a Roma, Lorenzo. —No dijo buenos días. Massimo nunca había dejado de decir buenos días—. He encontrado la puerta. Y no te va a gustar lo que hay detrás.



CAPÍTULO 37

«La fruta guardada madura en la oscuridad igual. Uno solo se da cuenta por el olor, cuando ya se ha pasado.»

CHIARA FERRARI

Roma nos recibió con cláxones, polvo y un cielo sin mar.

Volvimos un jueves por la mañana, tres horas después de la llamada que sacó a Lorenzo del balcón con el rostro cerrado en piedra, y el viernes la burbuja ya había aprendido a fichar: él en la última planta, yo en la doce, diez plantas de distancia y un secreto de ascensor entre nosotros.

Solo que el CEO del Gruppo Riccardi había desarrollado un problema crónico de altitud.

—¿Otra vez aquí abajo, dottore? —murmuré, sin apartar el ojo de la lupa, cuando el perfume de madera llegó antes que él a mi mesa—. Las malas lenguas van a decir que le gusta la vista.

—He venido a supervisar la catalogación. —Acercó el taburete al mío como quien firma un decreto—. Es mi colección.

—Tercera visita en dos días. Qué dedicación.

—Soy un gestor presente.

Puse los ojos en blanco mirando el zafiro en el lecho de terciopelo, y el zafiro fingió no verlo. Alrededor, el laboratorio entero fingía con él —media docena de técnicos de pronto fascinados por sus propias mesas.

Nadie lo sabe, me repetía. Nadie puede saberlo.

La regla era mía. Cumplir la regla con el corazón disparado era el precio.

—Ven aquí. —Le empujé la lupa—. Ya que está aquí, va a trabajar. Sujeta la luz rasante. No, así no. Está sujetando la lupa como quien sujeta un arma.

—Lo sujeto todo así.

—Lo sé. —Dejé la frase rebotar entre los dos, y me miró de reojo, y por un segundo la mesa se quedó demasiado pequeña—. Relaja la muñeca. Una piedra no responde a interrogatorios, solo habla con quien espera.

Obedeció. Lorenzo Riccardi, que no obedecía ni a la ley de la gravedad, inclinó la lupa despacio, giró la piedra medio milímetro, esperó —y vi el instante exacto en que la estrella se encendió para él, los seis brazos de luz cruzando el azul, porque sus hombros bajaron un centímetro y su respiración cambió.

—Ecco —dijo, bajito, sin darse cuenta de que lo había dicho.

—Heredó su ojo. —La frase salió tranquila, la misma que había dicho una vida atrás, la noche de los dibujos, cuando él

todavía era solo un hombre imposible—. Le falta heredar la calma.

—La calma la subcontrato. —Me devolvió la lupa, y sus dedos rozaron los míos un segundo más de lo que la catalogación exigía—. Contrato a una especialista.

Fue en ese momento, con la estrella aún encendida entre los dos, cuando el nombre subió.

Cuéntaselo.

Y entonces, como cada vez, la otra mitad de la frase llegó con ella, helada: el nombre tiene su sangre.

Vi la escena entera —yo señalando a la prima que creció en las fotografías de familia, sin pruebas, y él teniendo que elegir.

¿Y si elegía la sangre? Yo ya había perdido esa elección una vez, en un escenario, delante de un montón de gente.

—Chiara. —Su voz cambió, y levanté los ojos. Lorenzo me miraba con una arruga vertical entre las cejas, la boca entreabierta de quien ya ha empezado a hablar por dentro—. Yo...

—¿Tú...? —lo animé.

—Nada. —La arruga desapareció tras la cortina de siempre, lisa, profesional—. He perdido el hilo. La piedra, signorina. El informe es para el viernes.

Se levantó y se marchó con la espalda recta, y yo me quedé mirando, con un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con la añoranza.

Conocía aquella cara. Había visto aquella cara en el espejo del hotel, en Amalfi, la noche en que mentí mirando el mar.

¿Qué secreto es ese, Lorenzo, que viste la misma ropa que el mío?



Bianca llamó a la hora de comer. Contesté en la escalera de incendios, el único sitio del edificio donde las paredes no llevaban acreditación.

—Cuéntame lo del viaje. Versión sin cortes.

Le conté. El mar, los limones, la risa de dientes. La terraza de Ravello la conté a medias —y mi amiga, que huele una media verdad como un perro de aeropuerto, hizo el silencio más ruidoso de Roma.

—Descubriste algo allí —dijo—. Y no se lo contaste.

—Bianca...

—Le estás mintiendo. —Su voz vino sin ninguna guasa, y Bianca sin guasa era una alarma de incendios—. Por amor, lo sé. Por protegerlo, lo sé. Pero atención, amiga: fue exactamente así como él te destruyó. Decidiendo solo lo que era mejor para ti.

La escalera de incendios se quedó fría de repente.

—No es lo mismo —dije, y la frase salió ya débil a mitad de camino.

—Nunca lo es. —Suspiró—. Hasta que lo es.



El olor me encontró en el pasillo de la planta doce, a media tarde.

Caro. Dulce en la superficie, metálico por debajo, el tipo de olor que llega antes que la persona y se marcha después de ella, como una escolta.

No necesité volverme para saberlo. El estómago se me revolvió antes de que el cerebro firmara el reconocimiento.

Vittoria Riccardi venía del fondo del pasillo, de la dirección de su despacho, impecable con un traje de chaqueta color perla.

No se detuvo, ni siquiera tendió la mano. Solo aflojó el paso al cruzarse conmigo, el tiempo justo de medirme de arriba abajo con una sonrisa de escaparate.

—Te sienta bien el color del sol, signorina. —Sus ojos bajaron por mi piel bronceada como quien repasa un inventario—. ¿Aprovechaste el viaje?

Y siguió, los tacones marcando el mármol, el perfume quedándose atrás.

Me quedé parada en medio del pasillo con el corazón latiendo descompasado.

El viaje.

Nadie sabía lo del viaje. Ni el abogado, ni el portero de mi edificio. Habíamos salido de madrugada, en su coche, sin chófer, sin agenda. No se lo había contado ni a mi padre.

Ella lo sabía.

Y se había empeñado —empeño quirúrgico, de bisturí— en que yo supiera que lo sabía.

La serpiente acorralada ataca, dijo la voz de Bianca, desde el archivo donde yo guardaba los avisos que fingía no oír. Y el ataque de la serpiente nunca se ve. Solo se siente.



A la noche, en el ático, la cena fue silenciosa y el silencio estuvo lleno.

Lorenzo se durmió primero, cosa que nunca pasaba —el cuerpo grande hundido en el colchón, una arruga de preocupación que el sueño no había conseguido deshacer entre las cejas.

Me quedé tumbada de lado, mirando a aquel hombre que me había destruido en un escenario y me había recompuesto pieza por pieza sin saber que me debía las dos cosas.

Su nombre cupo entero en la oscuridad entre los dos.

Cuéntaselo, pidió mi voz más antigua, la que había jurado en una habitación alquilada que iba a limpiar mi nombre. Él te dio su trauma en un balcón. Te dio a su madre. La confianza se paga con confianza.

¿Y si elige la sangre?, respondió la otra, la que se había caído de un escenario.

Estiré la mano y le deshice la arruga de la frente con el pulgar, despacio, sin despertarlo.

En Amalfi le había prometido al mar. El jueves se lo prometí al techo del cuarto. El viernes, al espejo del baño.

Mañana, prometí por última vez, a la oscuridad. Mañana se lo cuento.



CAPÍTULO 38

«Doce dígitos, acero, alarma. Ninguna cerradura del mundo se diseñó contra quien duerme dentro de casa.»

LORENZO RICCARDI

El lunes Massimo llegó a las siete de la mañana, sin afeitar y con una carpeta bajo el brazo, y no se sentó.

En veinte años de amistad, Massimo Greco nunca había dejado de sentarse en mi sillón como si fuera suyo. Fue por eso por lo que supe, antes de cualquier palabra, que el mundo iba a cambiar de sitio en aquella sala.

—¿Te acuerdas de la puerta de la que te hablé? —Puso la carpeta sobre mi mesa, despacio, como quien desactiva una carga—.

La deuda antigua, la que dejó de crecer de repente, porque alguien empezó a tapar el agujero.

—Me acuerdo.

—Me he pasado cuatro días tirando del hilo. —Abrió la carpeta. Extractos, registros, organigramas con flechas a bolígrafo. Su letra, siempre tan arrogante, estaba menuda—. El acreedor cobra a través de una sociedad, y la sociedad pertenece a otra. La otra tiene un apoderado, el apoderado tiene un mandato, el mandato tiene una firma. Cáscara dentro de cáscara dentro de cáscara. Llegué hasta el fondo, Lorenzo. En el fondo, el hilo muere en un solo nombre.

Sacó la última hoja y la empujó por la mesa, girada hacia mí.

Vittoria Riccardi.

El despacho entero se quedó mudo. Roma, al otro lado del cristal, siguió moviéndose —autobuses, andamios, un país funcionando—, y me pareció una falta de respeto que el mundo no se parara con ella.

No dije nada. No apreté los puños, no rompí nada, no me levanté. Me quedé sujetando aquel papel con las dos manos, como si pesara, y pesaba.

—Hay más —dijo Massimo, bajo—. Y es peor.

Sí, lo era.

Página a página, mi casa fue abriéndose ante mí como un cuerpo en una mesa de autopsias. Años de sangría silenciosa en el patrimonio: piezas menores «reclasificadas», tasaciones maquilladas a la baja, ventas discretas que nunca llegaron a ningún balance.

Pequeño lo bastante para que nadie lo notara. Constante lo bastante para sostener una vida que el sueldo de directora no sostenía.

Conservación no era su reino, era la caja.

—Y entonces anunciaste el relanzamiento —continuó Massimo, con la voz neutra de quien da un diagnóstico—. Colección homenaje. Catalogación completa del patrimonio, pieza por pieza, informe independiente. Contrataste a la mejor gemóloga de la generación y la mandaste revisarlo todo.

Cerré los ojos.

La catalogación iba a destapar el agujero.

Cada pieza vendida, cada tasación maquillada, cada hueco cubierto con papel —todo iba a aparecer bajo la lupa de Chiara en cuestión de meses.

Vittoria no robó La Stella por codicia, robó por matemática. El incendio que esconde el desfalco, el seguro que paga la deuda, la culpable perfecta ya instalada en la mesa de trabajo, recién llegada, sin padrino, sin apellido.

La Stella no fue el principio de nada. Fue el golpe final, y fui yo quien apreté el gatillo.

—Traje a la mujer que iba a revelar el robo —dije, y mi voz salió extraña, de otro hombre—, y dejé que la ladrona escribiera su sentencia.

Massimo no respondió.

No dijo «te lo dije», y me lo había dicho, con todas las letras, durante meses, en aquella misma sala. No dijo «siempre me chirrió».

Solo rodeó la mesa y me puso la mano en el hombro, una vez, firme.

Fue peor que cualquier frase.

El recuerdo vino sin pedir permiso: Vittoria con trenzas, diez años, sentada en la mesa de trabajo de mi madre un domingo, la barbilla apoyada en las manos.

Tía Elena, enséñame la estrella otra vez.

La niña que aprendió el asterismo en nuestra mesa. La prima que lloró en mi hombro en el funeral.

Apreté la mandíbula hasta oír crujir los dientes.

Ese era el tamaño del robo. No se llevó solo la piedra de mi madre, se llevó la infancia con ella, de regalo.

—¿Qué vas a hacer?

Respiré hondo. Dejé el papel en la mesa, lo alisé con la mano abierta, y sentí una calma que conocía bien —la calma equivocada, la de hielo, la que me visitaba antes de los despidos.

—Nada.

—Lorenzo...

—Nada visible. —Lo miré—. Piénsalo conmigo. Voy allí ahora ¿y hago qué? ¿Acuso a la directora de patrimonio con un organigrama a bolígrafo? Quema a los acreedores, subcontrata la culpa, y en una semana esto se convierte en «el CEO ha enloquecido por la acusada». Nada de eso limpia el nombre de Chiara. Nada de eso es prueba de robo —es prueba de deuda. Lo que une a Vittoria con la piedra es la propia piedra. Necesito la piedra, Massimo, o el documento de la venta. Algo que no dependa de la palabra de un hombre enamorado.

—La auditoría...

—Llega en ocho semanas. Su juicio llega antes. —Golpeé la carpeta con el nudillo—. La vía es la otra. El hombre de Ravello dijo que la Conservadora está sentada encima de la piedra, así que cerramos el cerco en silencio: Tommaso reabre el canal, tú bloqueas las cuentas que puedas bloquear sin ruido, y ella, acorralada, va a tener que moverse. La serpiente acorralada se mueve.

Massimo me estudió un largo segundo. Leía a la gente como yo leía hojas de cálculo, y odié lo que leyó.

—¿Y Chiara? —preguntó, por fin—. ¿Vas a contárselo?

—No.

—Pidió el nombre. Me lo contaste. Pidió que no la protegieras.

—Carga con un proceso, un padre enfermo y una mentira del tamaño de Florencia. —Las palabras salieron en fila, ensayadas, y me di cuenta demasiado tarde de que había pasado la noche ensayándolas—. No le pongo ese peso encima sin poder quitárselo. Cuando se lo cuente, se lo cuento con la prueba en la mano. Nombre y absolución en la misma frase.

—Hmm. —Massimo cogió la americana. En la puerta, se detuvo, sin volverse—. Que decidas tú solo lo que ella aguanta me recuerda a alguien.

Y salió.

Me quedé con el nombre sobre la mesa y su frase atravesada, y encerré los dos en el primer cajón, el del candado. A esas alturas, yo todavía creía que el silencio era un arma mía.



Llamé a ella a las diez de la noche, desde el despacho, con la ciudad encendida allá abajo.

—Estás vivo —contestó Chiara—. Ya iba a llamar al seguro.

—Reunión larga. —El papel estaba a un palmo de mi mano, dentro del cajón, ardiendo como una brasa tapada—. ¿Has cenado?

—Pasta de ayer. Fría, porque alguien no estaba aquí para mandarle calentarla. —Su voz se ablandó—. ¿Día malo?

—Día largo, pero mañana mejora.

—Mañana... —Vaciló, y oí cómo le cambiaba la respiración—. Lorenzo, mañana necesito hablar contigo en persona. Es algo serio.

—Mañana, entonces —prometí—. Bajo a las diez y comemos donde quieras.

—A ver si bajas de verdad. —La sonrisa volvió a su voz—. Buenas noches, dottore.

—Buenas noches, Chiara.

Colgué y me quedé con el teléfono en la mano, mirando Roma, haciendo planes con la arrogancia de quien cree que el tiempo es un empleado suyo.

Por fin tenía el nombre.

Después de meses ciego dentro de mi propia casa, creí que había llegado primero.

No sabía que, a esa misma hora, en el mostrador de una comisaría, alguien sellaba un papel con su nombre.



CAPÍTULO 39

«Caerse de un sitio cualquiera rompe los huesos.
Caerse de casa rompe todo lo demás.»

CHIARA FERRARI

La martes empezó con café de máquina y una decisión tomada.

Llegué a la planta doce a las ocho, saludé al guardia por su nombre, le gané a Marta, la de recepción, la mitad de un cornetto que ella juraba no haber comprado para mí, y me senté en mi mesa con la lupa a un lado y el corazón al otro.

A las diez él iba a bajar. A mediodía, en un restaurante cualquiera, lejos de las acreditaciones, yo iba a contárselo.

El nombre, la terraza de Ravello, la Conservadora, todo. Hasta había ensayado la primera frase en el espejo, con el cepillo de

dientes en la mano: Lorenzo, sé quién fue. Y vas a necesitar respirar hondo.

Debería haberlo sabido, la vida nunca me dejó llegar a mediodía...

A las nueve y cuarenta, las puertas del ascensor se abrieron y toda la planta cambió de temperatura.

Eran cuatro. Dos uniformados, una mujer con traje gris y un hombre mayor delante, con la acreditación colgada del cuello y cara de quien lleva treinta años haciendo aquello y dejó de pedir perdón hace veintinueve.

Cruzaron el laboratorio en línea recta, sin prisa, y la sala se fue silenciando tras ellos como la hierba tumbándose con el viento.

Venían hacia mí.

Otra vez no. Otra vez, no.

—¿Signorina Chiara Ferrari? —El mayor se detuvo ante mi mesa. Su voz no era cruel. Era peor: era burocrática—. Comisario Romano. Va a acompañarnos a prestar declaración. Han surgido nuevos elementos en la investigación.

—Ya presté declaración. —Mi voz salió firme, y nunca entenderé de dónde—. Dos veces. Mi abogado...

—Será informado. —Hizo un gesto corto, y la mujer de gris rodeó la mesa—. El traslado es una orden judicial, signorina. Le recomiendo que no lo ponga difícil.

Signorina Ferrari.

El mundo oficial nunca había aprendido mi nombre de pila. Para los sellos, yo seguía siendo el apellido de una ficha.

Me levanté despacio, y el laboratorio entero lo presenció.

Marta con la mano en la boca. El técnico nuevo fingiendo mirar el microscopio apagado. Toda la planta, los ojos clavados en

mí como alfileres en un mapa, y lo reconocí al instante, porque el cuerpo no olvida: era el escenario otra vez.

Solo que no era igual.

—¿Puedo coger mi abrigo? —pregunté, y levanté la barbilla, porque era lo único que aún dependía de mí.

Los flashes empezaron en la puerta giratoria.

No lo entendí, en el primer segundo. La prensa cubría el caso desde el principio, pero nunca de aquella manera —una pared de gente, cámaras trepándose unas a otras, micrófonos estirados por encima del cordón de los de seguridad, mi nombre gritado desde cinco direcciones con signos de interrogación que no eran preguntas.

—¡Signorina Ferrari! ¿Desde cuándo es la amante de Riccardi?

El suelo de la acera se tambaleó.

—¿Es verdad que vive en su ático? ¿Fue así como consiguió volver a la empresa? ¿Las fotos son de ayer?

Las fotos.

En la pantalla de un móvil pegado al cristal del coche lo vi —medio segundo, suficiente para el resto de la vida. Yo, de espaldas, entrando en el edificio de Villa Borghese, su mano en mi hombro. El titular en rojo, enorme, por encima:

LA ACUSADA EN LA CAMA DEL CEO.

El coche arrancó, y Roma se volvió un borrón. Me quedé inmóvil en el asiento de atrás, entre la mujer de gris y la puerta, con el estómago revolviéndose despacio, entendiendo a cámara lenta la perfección de aquello.

De ladrona me habían ascendido. Ahora era la amante manipuladora, la timadora que embrujó a la víctima, la explicación de por qué el CEO se había ablandado con la acusada.

Cada gesto de defensa que Lorenzo hiciera a partir de aquella mañana se convertiría en prueba contra los dos.

Quien había montado aquello no quería detenerme, quería emparedarme.



La comisaría no era un lugar, era una espera con paredes.

Un pasillo de azulejo gastado, una sala fría con mesa de formica y tres sillas, un espejo que no engañaba a nadie.

Se llevaron mi móvil, mi bolso, mis horas. En algún momento de la tarde, a través de la puerta, reconocí una voz conocida discutiendo con alguien en el mostrador —Bianca, a altos decibelios romanos, exigiendo «la ubicación exacta de mi amiga y el nombre completo de quien ha decidido que esto era legal».

Fue el sonido más bonito que oí en todo aquel día.

Y entonces pensé en mi padre, y el frío se apoderó de mí.

Giuseppe Ferrari comía a mediodía y encendía la televisión para «ver el telediario y discutir con él».

Era martes. A esa hora, mi cara ya estaba en todos los canales, con la palabra amante debajo y la palabra acusada encima —y meses de llamadas mías, la ciudad de cartón piedra entera que yo había construido ladrillo a ladrillo para que él viviera feliz, derrumbándose dentro de una sala en Florencia con un hombre del corazón frágil sentado solo en medio.

Coge una llamada mía, papà. Déjame explicártelo. No lo descubras así.

La puerta se abrió a las cinco y pico, pero no era el comisario.

Era una mujer elegante, con una carpeta de piel y la sonrisa entrenada de quien cobra por horas.

—Signorina Ferrari. Soy la dottoressa Albani, del departamento jurídico del Gruppo Riccardi. —Se sentó sin pedirlo, alineó la carpeta con el borde de la mesa—. Vengo a comprobar sus condiciones, por protocolo. La empresa es parte interesada en la investigación.

—La empresa es la autora de mi desgracia. —Me crucé de brazos—. Tengo abogado, así que puede llevarse el protocolo de vuelta.

—Claro. —No se movió. La sonrisa se deshizo en un segundo, y algo en mí se puso en alerta antes de que yo supiera por qué—. Solo una cosa más, entonces. La directora Riccardi me pidió que le transmitiera su solidaridad. Y un mensaje personal. Dijo lo siguiente. —La abogada lo recitó como quien lee un prospecto, palabra por palabra memorizada—: «¿Sabe qué es curioso, signorina? Mi primo sospecha de mí desde hace semanas. Pregúntele desde cuándo, y pregúntele también por qué la aceptó de vuelta en la empresa —Lorenzo nunca deja una amenaza suelta por ahí. Le gusta vigilar de cerca».

Se levantó, se alisó la falda y me deseó suerte. Me dejó sola con la frase.

El buen veneno es así: no miente. Elige las verdades.

Me quedé en aquella sala fría tres horas más, y la frase trabajó en mí todo el tiempo, paciente, profesional.

Es ella, Chiara. Es la Conservadora. Manipular es su oficio. Pero un veneno calibrado no te pide que creas en la serpiente —solo te pide que compruebes tus propios recuerdos.

Y los recuerdos cuadraron.

El whisky intacto en la terraza de Amalfi, a las cuatro de la mañana, la misma noche en que el hombre de lino dijo la

Conservadora a diez metros de él.

La cara cerrada en piedra después de la llamada de Massimo. La arruga vertical en la mesa de trabajo, la boca que se abrió y se cerró: «Nada. He perdido el hilo». La reunión larga del lunes. El «día largo» dicho con la voz de quien sujeta la puerta de un armario lleno.

Lo sabía.

Hacía días —¿semanas?— que lo sabía, o lo sospechaba, o lo sumaba. El hombre que había exigido mi confianza en una terraza, que se ganó a mi abuela de regalo, que me hizo prometer que dormiría mientras él se quedaba de guardia —ese hombre tenía el mismo nombre atravesado en la garganta que yo, y había elegido el silencio, igual que yo.

Igual que yo, repitió la voz más justa que llevo dentro, hiciste lo mismo.

—No —dije en voz alta, a la sala vacía, y la palabra rebotó en el azulejo—. No es lo mismo.

Yo me callé sin tener nada.

Sin pruebas, sin poder, sin un abogado que valiera la pena, con un proceso al cuello y un padre colgado de un hilo de mentira. Me callé de abajo hacia arriba, con miedo de hacerlo elegir entre yo y la sangre.

Él se calló desde arriba. Con el mundo entero en las manos. Con abogados, pericias, auditores, con el poder de darle la vuelta a la mesa en una tarde —y eligió, una vez más, lo que yo podía o no podía saber.

En el escenario, decidió que era culpable sin preguntarme. En la cama, decidió que no aguantaba la verdad.

Y la segunda pregunta del veneno entró, la que yo estaba aplazando, la que tenía dientes: ¿por qué te aceptó de vuelta?

El suelo de la sala no se movió.

No lloré. Lo noté con una sorpresa distante, clínica —ninguna lágrima, ningún temblor, nada.

En su lugar, subiendo despacio por el pecho, vino algo antiguo y conocido, la mujer que había entrado en su edificio de mármol meses atrás con la cabeza alta para imponer un pacto a un hombre que la había destruido.

Estaba terminando de recordar quién era cuando la puerta se abrió.

Lorenzo se detuvo en el umbral —el traje de siempre arrugado por las horas, la cara de quien había derribado paredes a golpe de llamada, detrás de mí por todo el mundo desde las nueve y cuarenta de la mañana.

Levanté los ojos despacio y lo miré como no lo miraba desde el día del escenario.

—¿Desde cuándo lo sabes?



CAPÍTULO 40

«Encerré el nombre en el cajón para guardar a la mujer. El cajón se quedó. La mujer, no.»

LORENZO RICCARDI

Llevé diez horas en sacar a Chiara de aquella sala.

Diez horas en las que el apellido Riccardi trabajó como nunca había trabajado en la vida: tres bufetes de abogados, dos jueces despertados fuera de hora, un director de redacción amenazado con todo lo que se puede amenazar a un director de redacción.

Moví el mundo, y el mundo se movió, porque para la gente como yo el mundo siempre se movía.

Y fue en el pasillo de aquella comisaría, esperando el papeleo de la puesta en libertad, cuando la cuenta me encontró: el poder

que no había servido para proteger a aquella mujer servía perfectamente para soltarla.

Mi dinero no evitaba nada.

Entonces la puerta se abrió, ella levantó los ojos, me miró como no me miraba desde el día del escenario, e hizo la pregunta.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Podría haber mentido.

Mentí toda la vida por mucho menos —a consejos, a periódicos, a mí mismo. Y quizá, si hubiera mentido en aquella sala fría, ella habría dormido en el ático aquella noche, y el mundo sería otro.

Pero miré a aquella mujer, exhausta y entera, con horas de encierro a la espalda y la barbilla alta, y descubrí que había quedado un único lugar en el planeta donde ya no conseguía mentir.

—Lo sospechaba... —La voz salió ronca—. Desde Amalfi. La madrugada del balcón. Certeza, certeza, desde ayer. El nombre está en un papel, en mi cajón, con el rastro del dinero debajo.

Su silencio duró tres segundos. Fue la sentencia más larga que he oído jamás.

—Amalfi —repitió la palabra despacio, girándola contra la luz, tallándola—. La noche en que te ganaste a mi abuela. La noche del «duerme, yo me quedo de guardia».

—Chiara...

—Tu prima te manda recuerdos, por cierto. —Su voz no subió ni un decibelio, y aquello era peor que un grito—. Por escrito, con abogada y todo. Fue así como me enteré: por su boca. ¿Entiendes la belleza de eso, Lorenzo? Hasta la noticia de que creías en mí, ella eligió cómo iba a recibirla.

Apreté los puños hasta que las uñas dejaron marca.

Vittoria había llegado a ella dentro de la comisaría, por dentro de mi propia máquina.

—Iba a contártelo con la prueba en la mano —dije, y oí, en tiempo real, el tamaño de la pobreza de aquella frase—. El nombre solo no te limpia. Necesitaba la piedra, el documento, algo que no dependiera de mí. Iba a darte el nombre y la absolución en la misma...

—En la misma frase. —Cerró los ojos un instante—. Ensayaste esa respuesta. Igual que yo ensayé mi confesión en el espejo, esta mañana. Los dos memorizamos discursos el uno para el otro, qué cosa tan bonita la nuestra.

Su móvil, devuelto en una bolsa de plástico, se encendió en su mano.

Vi la pantalla antes que ella: catorce llamadas perdidas. Un fijo de Florencia.

Vi el color desaparecer de su rostro en el orden exacto —primero la frente, luego la boca. Devolvió la llamada con el dedo temblando, y yo me quedé allí, inútil como un traje colgado, oyendo la mitad de una conversación que resquebrajaba el suelo.

—Soy yo, soy su hija... ¿Cuándo?... Pero está... ¿está consciente?

Su mano buscó la pared. Di un paso; su mirada me clavó en el sitio.

—Voy para allá —dijo al teléfono—. Hoy. Ahora.

Colgó. Por un segundo se quedó inmóvil, mirando el aparato, y cuando habló la voz se había vuelto cristal:

—Mi padre vio las noticias. La detención. Las fotos. La amante. Los meses de mentira de la hija, todo junto, en una tarde, solo en el salón. El corazón no aguantó. Está en el hospital, en Florencia.

—Te llevo. —Ya tenía el teléfono en la mano—. El jet sale en cuarenta minu...

—No.

La palabra cayó entre nosotros como una cuchilla sobre una mesa de mármol.

—Chiara...

—No hace falta, signor Riccardi.

Y allí, en aquel pasillo de azulejo gastado, entendí lo que era caerse de un edificio.

Meses de intimidad —Chiara, dottore, troglodita de traje, Lorenzo dicho de cien maneras en mi cama— desplomándose de golpe hasta la planta baja del principio, el trato formal devolviéndome al puesto de desconocido.

Había levantado la pared con mis propias piedras.

—¿Quieres saber la diferencia entre nosotros dos? —Se acercó un paso, y yo habría preferido que me pegara—. Yo también me callé. Lo sabía, desde Ravello, y me callé, muerta de miedo. Pero yo no tenía nada, Lorenzo. Ni pruebas, ni un abogado decente, ni apellido. Me callé por miedo a obligarte a elegir entre yo y tu sangre. Tú te callaste desde arriba, con el mundo entero en las manos. Tuviste días y un ejército, y elegiste, otra vez, decidir por mí lo que aguantaba saber.

—Quise protegerte.

—Esa palabra, no. —La primera grieta en la voz, soldada en el mismo segundo—. Decidiste que era culpable sin escucharme. En tu cama, decidiste que no aguantaba la verdad. Llevas trajes distintos, pero eres siempre el mismo hombre: el que elige solo. Supliqué una sola cosa, en aquella sala, con la mano en tu pecho. Una sola.

Cuando llegue el nombre, no me protejas de él.

—Lo sé.

—Te gané a ti y perdí todo lo demás. —Cogió el bolso del mostrador, y la voz, al final, se hizo pequeña de una manera que va a vivir para siempre en mi oído—. Y ahora sé que ni siquiera a ti te tuve entero.



La estación de Roma Termini a aquella hora era un desierto de avisos por megafonía.

Bianca esperaba en el andén con una mochila hecha a toda prisa y la mirada más elocuente de Roma: no me dijo ni una palabra, y me lo dijo todo.

Se plantó al lado de Chiara como una muralla con tacones, y cuando nuestros ojos se cruzaron por encima del hombro de su amiga, el recado llegó entero, en silencio: como des un paso más, termino el trabajo que empezó la prensa.

Apreté la mandíbula y no di el paso.

Fue lo único que hice bien en todo aquel día —quedarme quieto, a tres metros, viendo a la mujer de mi vida subir a un tren nocturno con una mochila prestada, el pelo recogido de cualquier manera, el nombre manchado por mi culpa dos veces.

Todo en mí quería comprar la línea ferroviaria, parar el tren, resolverlo por la fuerza como resolví toda la vida.

Ella acababa de explicarme que era exactamente eso lo que necesitaba dejar de hacer.

El tren cerró las puertas. Por la ventanilla, Chiara miraba al frente, la barbilla alta, y no volvió la cara. El vagón se movió, ganó velocidad, se volvió luz, se volvió nada.

En el andén vacío quedó solo el eco de los avisos y un resto de jazmín que el viento deshizo antes de que yo terminara de respirar.

Me marché. El ático me recibió con la luz de la cocina encendida.

Ella había cocinado el domingo por la noche, esperando mi llamada. El olor a salsa aún vivía allí, terco, impregnado en el mármol que nunca había olido a nada —y me atravesó el pecho con más precisión que cualquier frase del día. En el fregadero, dos tazas usadas, boca abajo, la una al lado de la otra.

En el cuarto, el lado izquierdo de la cama, frío.

Me quedé un largo minuto parado en la puerta de la cocina, con la americana en la mano, haciendo el inventario exacto de mi ruina.

Aprendí pronto a tasar pérdidas; esta no cabía en ningún seguro.

Entonces respiré hondo, encendí todas las luces de la casa —porque la oscuridad se había vuelto un lujo de otra vida— y llamé.

Massimo contestó al segundo tono.

—¿Cómo está?

—En el tren a Florencia. Su padre está en el hospital, y me ha dejado —dije los tres hechos en orden, sin anestesia, y oí a mi amigo quedarse en silencio al otro lado—. Massimo...

—Aquí estoy.

—Cancela todo lo de la semana. —Mi voz salió de un lugar nuevo, que yo no conocía: por debajo de la rabia, por debajo del hielo. Acero puro—. Consejo, viajes, el relanzamiento. Todo. A partir de ahora solo hay un asunto en este grupo.

—¿Cuál?

Miré la cocina iluminada, las dos tazas esperando una mañana que no iba a existir.

—Devolverle el nombre que le robé. Y arrancar mi propia sangre de raíz. —Apreté el teléfono hasta que el plástico crujió—. Cueste la empresa, cueste la familia, cueste lo que me cueste a mí.

Colgué y me quedé de pie en medio de la casa encendida y vacía, y dejé que la verdad del día terminara de asentarse.

Ella me había pedido una sola cosa: que no la protegiera de la verdad.

Fallé.

Ahora solo me quedaba una forma de amar a aquella mujer —destruir, piedra a piedra, la mentira que ayudé a construir.

Aunque la última piedra fuera yo.



CAPÍTULO 41

«Una cama de la infancia no crece con uno. Espera, del tamaño que se quedó, para medir el tamaño de quien vuelve.»

CHIARA FERRARI

Florencia me recibió con olor a desinfectante.

No a pan caliente subiendo de la panadería, no a aceite en la cocina de la nonna. Desinfectante, luz blanca y el pitido espaciado de un monitor —la banda sonora de mis dos primeros días de vuelta.

El café de máquina era aguado y costaba un euro. Me tomé once.

Dormí a ratos en una silla de plástico azul, la mochila prestada de Bianca de almohada. Una enfermera me tapó con una

sábana; otra me empujó un bocadillo y esperó a que me tragara la mitad.

Ahí fuera, el mundo giraba con mi cara en los telediarios. No encendí la televisión ni una sola vez.

Al tercer día, el médico dijo «fuera de peligro» y tuve que sentarme: las piernas me flaquearon de alivio. Horas después, con la luz baja entrando por la ventana, mi padre abrió los ojos y me encontró.

—Piccola.

—Aquí estoy, papà. —Le cogí la mano, piel y hueso—. Aquí estoy.

Me miró un buen rato. Los ojos hundidos, pero limpios —y dentro de ellos algo que no había visto en veintiséis años.

Era dolor.

—Lo vi en la televisión. —La voz salió ronca, despacio—. A mi hija esposada como una delincuente, con el nombre manchado debajo de la foto. Me enteré de la vida de mi hija por la televisión, Chiara.

Tragué saliva.

Había ensayado decenas de versiones de aquella conversación. Todas empezaban conmigo pidiendo perdón. Ninguna con él entregándome el tamaño exacto del agujero.

—Lo sé. —Un nudo me cerró la garganta—. Papà, yo...

—No pidas perdón todavía. —Me apretó los dedos, débil y firme a la vez, como solo un padre sabe hacerlo—. Cuéntamelo todo. Y esta vez, hija, no elijas lo que el viejo aguanta oír.

La frase me atravesó como una aguja —porque era la mía, dicha por otra boca, la misma que yo había reclamado en una sala fría de comisaría.

Respiré hondo y se lo conté.

Le conté lo del dedo señalándome, del auditorio viéndome caer. De la huella sin guante, del pacto que impuse con la cabeza alta, de la mesa de trabajo de la planta doce. Le conté lo de Vittoria, del nombre que sabía sin poder probar, del mar de Amalfi. Le conté lo del ático, de las dos tazas, del hombre —sin dorar al hombre: el escenario y la terraza en la misma frase, porque era la misma persona. Le conté lo de la detención, el titular, la palabra amante en rojo por encima de mi vida.

Le conté mi mentira. Los meses de llamadas alegres, la ciudad de cartón piedra construida ladrillo a ladrillo para que él viviera feliz.

Llevó mucho tiempo, pero no me soltó la mano.

Y lo más extraño: con cada trozo de verdad, el aire entraba más hondo. Pasé meses creyendo que confesar iba a vaciarme.

Era al revés. Mentir pesaba, confesar solo dolía.

El dolor se lleva; es el peso lo que derriba.

Cuando terminé, el cuarto estaba casi a oscuras.

Mi padre miraba el techo. Una lágrima le había bajado por el rabillo del ojo y se había secado en la almohada sin pedir permiso.

—Ahora yo —dijo.

—Papà, necesitas descansar...

—Ahora yo. —La barbilla se le endureció, terca, y por un segundo vi de dónde había sacado la mía—. ¿Crees que la mentira en esta familia es un invento tuyo? Las medicinas, Chiara. Llevo años escondiendo la caja nueva y enseñando la vieja, cortando la pastilla por la mitad, diciendo «me la he tomado» antes de que terminaras la pregunta. La medicina buena es cara, y te veía partiéndote en tres para pagar mi vejez. —La voz le falló; la recompuso con esfuerzo—. Tenía miedo de ser una carga. Así que mentía. Por amor, me juraba a mí mismo.

Casi cuatro años preguntando por la medicina todos los días. Y todos los días la respuesta llegó redonda.

—Por eso tu corazón... —empecé, pero no terminé.

—Por eso. —No apartó la cara—. Una mentira de amor sigue siendo una mentira, piccola. Lo sé, porque me he pasado la vida mintiendo sobre las medicinas. Uno dice que es protección, pero una protección que elige sola lo que el otro aguanta no es el amor cuidando. Es el miedo mandando.

Me quedé inmóvil.

La frase entró en mí por dos puertas. Como hija —y dolió. Y por otra puerta, más honda, vestida de traje oscuro y olor a madera. Esa la eché antes de que terminara de entrar.

Le besé la frente a mi padre, y se durmió sin soltarme la mano.



La casa de mi infancia parecía haber encogido.

El pasillo que yo recordaba largo se acababa en cuatro pasos. La cocina de la nonna —los fogones de esmalte gastado, los botes de harina con la etiqueta escrita a mano— cabía entera en una mirada.

Y mi cuarto me esperaba del tamaño que se quedó: la cama estrecha, el póster de minerales desteñido por diez veranos, la cajita de madera en la cómoda.

Me senté en la cama y abrí la cajita despacio. Las herramientas de la nonna dormían en el terciopelo raído: la lupa de mango de latón, las pinzas torcidas, el pulidor de paño duro.

La piedra buena es la que ha esperado toda la vida a alguien capaz de ver lo que guardaba dentro.

De repente, sonó el teléfono.

—¿Estás viva? —La voz de Bianca llenó el cuarto antes del manos libres—. Responde con palabras.

—Estoy viva. Está fuera de peligro. —Me tumbé en la cama, los pies fuera del colchón—. La familia cupo entera en el informe médico.

—Gracias a Dios y a la terquedad genética que os gastáis. Escucha, la ciudad es un infierno. No leas nada, no enciendas la tele, no abras redes sociales. En dos semanas te hago el resumen, con vino y edición cuidada.

—Bianca...

—¿Hm? —Oí de fondo el ruido de un corcho saliendo.

—No voy a encender la tele. Me fui de aquí a aprender a leer piedras. Volví sin nombre, sin suelo y sin... —La palabra no vino, no la dejé—. Volví sin muchas cosas, pero este techo es mío. De aquí no me quita nadie nada.

—Esa es mi chica —dijo, la voz emocionada—. Duerme. Mañana la guerra continúa.



A la mañana siguiente, a las ocho, la enfermera me interceptó en la puerta del cuarto con un sobre.

—Lo dejaron en recepción para usted. Anoche.

Sin remitente. Papel grueso, caro, fuera de lugar en aquel pasillo blanco. Lo abrí allí mismo, con el estómago revolviéndose —y dentro no había ninguna carta.

Solo una tarjeta de visita.

Dottoressa Elisa Albani. Departamento jurídico del Gruppo Riccardi. La mujer de la sonrisa entrenada que me había recitado veneno en una comisaría, palabra por palabra memorizada.

Le di la vuelta a la tarjeta. Detrás, a bolígrafo, un número de móvil.

¿Por qué la abogada que me clavó la puñalada quiere hablar conmigo?



CAPÍTULO 42

«Ordené que no lavaran las dos tazas del fregadero. Un hombre sabe cuándo la vajilla vale más que la casa.»

LORENZO RICCARDI

Tres semanas. Veintidós días, para ser exactos.

Me he convertido en un hombre que cuenta los días.

El ático ha aprendido una rutina nueva: salgo antes de las siete, vuelvo pasada la medianoche, duermo en el lado derecho de la cama sin rozar el izquierdo.

La cocinera venía tres veces por semana y cocinaba para un ejército que no existía. El martes se detuvo en la puerta con el paño de cocina al hombro y la cara de quien va a presentar su dimisión.

—Dottore... las dos tazas del fregadero. ¿Puedo lavarlas?

—No.

No volvió a preguntar.

Las tazas seguían allí, boca abajo, la una al lado de la otra, esperando una mañana que quedé a deber.

Pasaba junto a ellas cada noche y hacía el inventario: el olor a salsa que el mármol se negaba a soltar, el lado frío de la cama, el jersey gris que desapareció del cajón y que no busqué.

El nudo en el pecho llegaba puntual, como un empleado ejemplar. Después apagaba las luces de la cocina las últimas, como quien cierra un ala de visitas.

Un museo funcionaba así. Nada se usaba, todo se conservaba.

Y el conservador se muere un poco en cada visita.



La planta veintidós se convirtió en otra cosa.

La sala de reuniones pequeña, al lado de mi despacho, perdió la mesa de centro y ganó una pizarra blanca que nadie tenía autorización para borrar.

Massimo la apodó la sala de guerra el primer día, y el nombre cuajó porque era exacto. En la pizarra, tres palabras con mi letra:

LA PIEDRA. EL DOCUMENTO. LA CONFESIÓN.

—La auditoría extraordinaria pasó por el consejo por unanimidad. —Massimo estaba de pie, las mangas dobladas, la americana de dueño de hotel colgada de la silla desde hacía tantas horas que ya había renunciado a la raya—. Patrimonio histórico

completo, pieza por pieza, procedencia por procedencia. Los auditores empiezan el lunes. Y sus cuentas... —Golpeó con el nudillo tres carpetas alineadas—. Bloqueadas. Los poderes, revocados uno a uno, en silencio. Nada publicado, nada anunciado. Por ahora, Vittoria solo sabe que el dinero ha dejado de obedecer.

—Va a olerlo.

—Sí, pero lo va a oler tarde. —Me miró por encima de las gafas de leer que empezó a usar en esta guerra y que decidí no comentar—. Primero se cierra el cerco, después se anuncia. Reúnes el ganado antes de avisar al lobo.

Veinte años de amistad me enseñaron a oír lo que Massimo no decía. Lo que no decía, allí, era la otra mitad de la frase: y reza para que el lobo se equivoque primero.

El teléfono de la mesa sonó. Tommaso, en el manos libres, con ruido de mar detrás de la voz.

—Malas noticias de la Costa, dottore. El canal se ha enfriado, el intermediario ha desaparecido de la plaza, nadie concierta reuniones, nadie contesta a los recados. Cuando el mar se agita, el lino desaparece. La persona va a esperar a que baje el polvo.

—¿Y la piedra?

—Parada. Dondequiera que esté.

Colgamos.

Massimo escribió PARADA debajo de LA PIEDRA, y la palabra se quedó mirándonos desde la pizarra con la paciencia de las cosas que no dependían de nosotros.

Una piedra parada no condenaba a nadie. Podía bloquear cada cuenta, revocar cada poder, auditar cada tornillo de este grupo —y, si La Stella no se movía, Vittoria se moría de vieja como la prima leal que siempre había administrado el patrimonio de la familia.

La verdad necesitaba que se equivocara.

—Una cosa más —dije, cuando Massimo ya recogía las carpetas—. La auditoría. Quiero que incluya mis cuentas.

Se detuvo con la carpeta a medio camino.

—El consejo va a extrañarse. Auditar al CEO a petición del propio CEO...

—Se va a extrañar y se lo va a tragar. —Me levanté y fui hasta la pizarra—. Cuando esto estalle, y va a estallar, no quiero que exista en este edificio un cajón que no se haya abierto, ni el mío. Nadie por encima de la lupa, y eso empieza por mis cuentas.

Massimo me observó un momento, como hace cuando está decidiendo si habla o lo archiva.

—Sabes que esto ya no es solo limpiar su nombre ante la ley —dijo, por fin—. Te estás preparando para arder en la plaza pública.

—Yo le prendí fuego a la plaza primero. Es justo que ella me vea arder.



La madrugada me pilló en el despacho de casa, con un vaso de whisky servido a las once e intacto a la una.

Había aprendido eso en algún momento de los últimos meses: servir y no beber. El vaso se quedaba allí, ámbar, quieto, una prueba que me aplicaba a mí mismo cada noche.

Beber sería anestesia, y yo no tenía derecho a eso.

El teléfono estaba en la mesa, con la pantalla encendida en la lista de contactos. Chiara.

Seis letras. El pulgar a un centímetro del botón verde, y el centímetro más largo de Roma.

En Florencia, ella estaría durmiendo en una cama estrecha, en un cuarto que nunca vi, en una casa que no tenía permiso para imaginar. O estaría despierta, mirando el techo, haciendo la misma cuenta que yo —y esa segunda hipótesis era peor, porque llevaba esperanza dentro.

¿Llamar para decir qué? ¿Confía en mí?

Quemé esa palabra delante de un montón de gente. Enterré lo que quedó de ella en Amalfi, en una terraza, prometiendo guardia a una mujer a la que le escondía un nombre.

«Confía en mí» era una moneda que yo había falsificado dos veces.

Y cualquier otra frase —te echo de menos, la cena sigue en el fregadero, duermo en mi lado— era una factura disfrazada de cariño.

Ella no me debía consuelo. Era yo quien le debía un nombre limpio, y el nombre seguía sucio.

Apreté los puños y apagué la pantalla.

Cuando tenga algo que entregar, llamo. Hasta entonces, el silencio es la única honestidad que me queda.



A las ocho en punto, cuando Florencia abrió las puertas, llamé a una floristería a dos manzanas del hospital. Flores blancas, las mejores de la casa, en la habitación del signor Giuseppe Ferrari.

Todas las semanas, hasta nueva orden.

—Cómo no, dottore. ¿Y la tarjeta? ¿Quiere firmar como...?

—Sin tarjeta.

—¿Sin... nada? ¿Y si preguntan quién las manda?

—Nadie las manda. —Miré el vaso de whisky lleno, rendido, al otro lado de la mesa—. Diga que la floristería se equivocó de habitación. Y siga equivocándose todas las semanas.

Massimo apareció en la puerta de la sala de guerra a las nueve y veinte, sin llamar, con la expresión que reserva para los incendios.

—Ha salido del horno. —No se sentó—. Vittoria contrató ayer por la tarde a un abogado nuevo. No es el de siempre, el mercantilista. Es penalista, y de los caros. De los que uno contrata antes de necesitarlos.

La pizarra blanca esperaba detrás de él: la piedra parada, el documento ausente, la confesión imposible.

—La serpiente preparándose para la muda —dije.

—La serpiente acorralada. —Massimo se metió las manos en los bolsillos—. Le has bloqueado el dinero, cerrado las puertas, apretado el cerco. Acorralada, va a tener que moverse.

Miré por la ventana de la planta veintidós, toda Roma allá abajo fingiendo que era una ciudad y no un tablero.



CAPÍTULO 43

«La añoranza llega con una maleta pequeña y va ocupando las habitaciones. Cuando se marcha, no avisa —y no devuelve la llave.»

CHIARA FERRARI

Mi padre volvió a casa un jueves de sol, y el viernes por la mañana me entregó la caja de pastillas como quien entrega un arma.

—Compruébalo tú. —Me puso la caja en la mano y cerró mis dedos por encima—. Yo miento.

—Papà...

—Miento, Chiara. Está probado ante notario y en electrocardiograma. —Arrastró la silla con cuidado de convaleciente y se sentó despacio, venciendo—. Así que a partir de hoy la casa

funciona así: tú compruebas la medicina, yo compruebo que has comido. Ninguno de los dos se cree al otro. Es el sistema más honesto que ha tenido esta familia.

Puse los ojos en blanco para no reírme, pero me reí de todos modos.

Reaprender a vivir con mi padre era eso: un tratado de paz negociado sobre la mesa de la cocina, cláusula a cláusula, con la verdad haciendo de notario.

Y estaba la otra novedad: había vuelto a trabajar.

No en un laboratorio, no con acreditación. En el mercado de antigüedades, tres mañanas por semana, en un puesto prestado entre un vendedor de platería y una señora que juraba vender «reliquias etruscas» de 1987.

Tasaba lo que aparecía: camafeos de herencia, broches de abuela, alianzas de empeño. Cobraba poco, en efectivo, y allí nadie leía la prensa económica ni sabía mi apellido.

La lupa de la nonna trabajaba conmigo. El mango de latón se calentaba en mi mano como si nunca se hubiera parado.

Me quitaron el nombre, el cargo y el suelo. El ojo no me lo alcanzó nadie.



Bianca llegó el sábado sin avisar, con una maleta de fin de semana en un hombro, dos litros de vino en la otra mano y la pose de quien se baja de un tren regional como si fuera una alfombra roja.

—Vengo a hacer el inventario de tu tristeza —anunció en la puerta, besándome las dos mejillas—. Punto por punto. He traído equipo técnico.

Levantó los dos litros de vino.

Mi padre apareció en el pasillo, evaluó la escena y decretó que se iba a dormir pronto, «porque conversación de mujeres con vino es territorio minado para cardíacos». Antes de irse, le besó la frente —la conocía de años de llamadas— y se llevó la radio al cuarto.

Nos quedamos las dos en la cocina de la nonna.

Cociné su salsa —la de domingo, la de los botes con la etiqueta escrita a mano— y Bianca se sentó encima de la encimera como si la cocina fuera suya, los pies balanceándose, el vaso lleno. Detrás del vapor de la olla, mi amiga me estudiaba con aquel radar que nunca se apaga.

—Estás bien —dijo, cuando el segundo vaso se quedó por la mitad—. Inventario oficial. Suelta de una vez lo que te está carcomiendo.

—El proceso. Mi padre. La vida.

—Mentira en tres tomos. —Giró el vaso despacio—. Todo eso te pone triste, y la tristeza la estás gestionando. Yo he dicho lo que te está carcomiendo. Es otro bicho.

El vapor subía de la olla vacía. Fuera, un vecino cerró una ventana. Y la frase que llevaba semanas encerrando eligió aquel preciso momento para forzar la puerta.

—¿Y si es verdad, Bianca? —Mi voz salió baja, extraña—. Lo que la víbora me mandó decir en la comisaría. Que me aceptó de vuelta para vigilarme de cerca. ¿Y si es verdad? ¿Y si desde el pacto fui solo... la sospechosa mejor vigilada de Roma? La mesa de trabajo, el ático, Amalfi. Una celda bonita con sábanas caras.

Ya está, estaba fuera. El veneno, dicho en voz alta, en la cocina de mi nonna.

Bianca no respondió enseguida. Se bajó de la encimera, me llenó el vaso sin prisa, se sentó frente a mí —y cuando habló, no

había ni pizca de azúcar en su voz.

Era la otra Bianca.

—Vamos por partes, que el veneno se desmonta por partes. —Levantó un dedo—. Primero: ¿quién te contó esa historia? Su prima, por boca de una abogada pagada, el día exacto en que necesitaba romperte. Segundo: un hombre que vigila recoge información. ¿Qué información sacó de ti, en meses, y usó contra ti? Cítame una.

Abrí la boca, pero la cerré enseguida.

—Tercero. —Se inclinó, los codos en la mesa de la nonna—. Yo os vi juntos, amiga. En la trattoria. Un hombre que vigila no deja que lo veas reír. Aquello no lo escenifica nadie. Yo vivo de separar el original de la falsificación —y aquella risa era original. Datada, autenticada y, en mi opinión profesional, irrecuperable.

El nudo en el pecho vino sin pedir permiso, y odié su puntualidad.

—Eso no borra lo demás. Lo supo y se calló. Decidió por mí otra vez.

—No lo borra. Ni debe. —Bianca me cogió la mano por encima de la mesa—. No he venido a defender a un reo confeso. He venido a decir una sola cosa, y la vas a escuchar porque he cruzado Italia con dos litros de vino. —Me miró a los ojos—. Cuando aparezca, y va a aparecer, no decidas por el corazón ni por el orgullo. Los dos mienten en situaciones de estrés. Decide por el nombre: lo que limpie tu nombre, lo haces. El corazón ya lo juzgamos después, con calma y con vino.

—¿Y si no aparece?

—Entonces vuelvo con cuatro litros.

Esta vez me reí de verdad, y la risa se llevó con ella dos lágrimas que no pidieron autorización. Bianca fingió no verlas, porque una amiga de verdad sabe cuándo tocarle ser ciega.

Se durmió en el sofá, vencida por el vino y por el viaje.

Yo me quedé despierta en la cama estrecha, mirando el póster de minerales, con el teléfono en el pecho, subiendo y bajando con la respiración.

A las tres y diez de la mañana abrí la pantalla. Busqué el nombre que no borré de la agenda —no por sentimiento, me mentí a mí misma, por logística.

Abrí la ventana de mensaje. El cursor parpadeando, paciente, cómplice.

Escribí: Mi padre ha mejorado.

Palabras verdaderas, neutras, inofensivas. Una tregua del tamaño de un telegrama.

Las miré hasta que me ardieron los ojos.

Si lo envío, contesta en un minuto. Si contesta, contesto. Y dentro de diez mensajes estoy otra vez donde el veneno me encuentra.

Borré letra a letra y apagué el teléfono. No lo dejé en la mesa: lo guardé en el cajón, debajo de los calcetines, donde se guardan las cosas que muerden.



El lunes, en el mercado, el viejo Lenzi, el del puesto de platería, me trajo un café y una charla insustancial —su verdadero oficio.

—La dottoressa aquí, tasando broches de viuda... —Negó con la cabeza, teatral—. Un desperdicio. Con ese ojo, debería estar cazando cosas grandes. Y mira que las hay, en el monte. Dicen por ahí que hay una piedra gorda durmiendo allá abajo, en la Costa, esperando a que baje el polvo.

La sangre se me paró de circular educadamente.

—¿Qué piedra? —pregunté, con la voz más desinteresada de mi repertorio, limpiando la lupa que no necesitaba limpieza.

—Yo qué sé. Una piedra con historia, dicen. —Se encogió de hombros, soplando el café—. Pero una piedra así no duerme para siempre, dottoressa. El dueño endeudado se despierta pronto.

Volvió a su puesto, ajeno al terremoto que había dejado en el mío.

Me quedé inmóvil, la lupa de la nonna fría en la mano, el corazón latiendo en otro huso horario.

La piedra va a moverse. Y cuando se mueva, tengo que estar en la sala.



CAPÍTULO 44

«No recé para que la serpiente dejara de ser serpiente. Recé para que tuviera prisa.»

LORENZO RICCARDI

La serpiente se movió un miércoles, a las seis y cuarenta de la mañana.

El teléfono sonó cuando Roma todavía estaba color ceniza, y yo ya estaba de pie, con el nudo de la corbata a medias.

Tommaso. A esa hora no llama para dar los buenos días.

—El Lino ha vuelto a la plaza, dottore. —Su voz venía con viento y mar detrás—. Anoche, en Salerno. Discreto, pero ha vuelto. Y está haciendo la pregunta que esperábamos: busca comprador serio para una piedra blanca, talla antigua. Grande y sin papeles.

Sin papeles. Una piedra de ese tamaño, ofrecida sin procedencia, a oscuras, por debajo de la mesa.

La Stella había despertado.

—¿Quién la vende?

—El Lino no entrega al cliente ni borracho. Pero hace tres semanas que cierto dinero dejó de obedecer a cierta señora... —Tommaso dejó que la frase terminara sola—. El dueño endeudado se despierta pronto. Eso usted lo sabe mejor que yo.

Al otro lado de la sala, por la ventana, Roma empezaba a encender las primeras luces, ajena.

Tres semanas de cerco. Cuentas bloqueadas, poderes revocados, cada grifo cerrado en silencio, uno a uno. Yo había secado el pasto de la serpiente —y una serpiente con hambre sale de la madriguera por el único agujero que queda.

—Nadie toca nada —dije—. Nadie asusta a nadie. Deja que la venta avance.

—¿Y cuando el Lino encuentre al comprador?

—Ya lo ha encontrado. —Apreté el nudo de la corbata hasta el final—. Solo que todavía no lo sabe.

A las nueve, la sala de guerra olía a café y a algo empezando.

Borré PARADA de la pizarra y escribí, debajo de LA PIEDRA, con letra firme: EN MOVIMIENTO. Massimo presenció la ceremonia desde la puerta, con dos vasos en la mano y la americana ya rendida.

—El comisario Romano está dentro —avisó, tendiéndome el café—. Nada de alardes, nada de orden judicial antes de tiempo. Quiere lo mismo que nosotros: flagrante en la entrega, con la piedra sobre la mesa. Una piedra incautada en una transacción clandestina,

revinculada al patrimonio por la pericia... eso no hay abogado que lo despegue de la historia.

—Sí lo despega. —Golpeé con el dedo en la pizarra, en el espacio vacío debajo de LA CONFESIÓN—. El penalista va a cortar la cadena por el primer eslabón. El Lino carga con todo, se lleva su condena, y Vittoria llora en el telediario diciendo que la traicionó un intermediario al que no ha visto en su vida. Para llegar a ella, la cadena tiene que estar atada por los dos extremos: la piedra sobre la mesa y el dinero volviendo a una cuenta con firma.

—Por eso el comprador tiene que ser nuestro. —Massimo se sentó en el borde de la mesa—. Y ya lo es. Un coleccionista de Ginebra, discretísimo, fondo familiar antiguo. Existe desde hace doce horas y ya tiene oficina, historial de subastas y hasta una deuda elegante en el club de golf. Obra mía, con asesoría de Romano. El Lino va a picar: un comprador extranjero con prisa es su plato favorito.

Miré el tablero entero en la pizarra. Estaba bien, casi perfecto.

Casi.

—El Lino no entrega una piedra así a oscuras —dije, despacio, porque la conclusión venía caminando hacia mí desde hacía minutos y yo ya sabía dónde iba a sentarse—. Un negocio de ese tamaño, sin papeles, lo habitual es la tasación en el momento de la entrega. Un perito de confianza de las dos partes, sin laboratorio. Si nuestro comprador aparece sin tasador, el Lino sospecha. Si aparece con un perito oficial, desaparece con piedra y todo.

—Exacto. —Massimo giró el vaso de café, sin prisa—. Necesitas a alguien con ojo absoluto, un nombre respetado en el mercado y ningún olor a policía. Alguien que lea La Stella sobre la mesa, en tres minutos, y no tiemble. —Me miró por encima de las gafas—. Y los dos sabemos cuántas personas así ha producido este país en la última década. Una.

Su nombre atravesó la sala sin que nadie tuviera que decirlo.

—No.

—Lorenzo...

—No. —La palabra salió más alta de lo que quería. Apreté los puños sobre la mesa—. Ya la puse una vez delante de esa gente sin que ella lo supiera. No voy a ponerla otra vez sabiéndolo. En la misma sala que la piedra que destruyó su vida, a metros de gente que negocia a oscuras. Si algo sale mal...

—Termina la frase. —Massimo no levantó la voz; la bajó—. «Si algo sale mal», ¿qué? ¿Pierdes a la mujer? Ya la has perdido, por tu cuenta, sin ayuda de ningún delincuente. —Dejó que la frase doliera el tiempo justo y siguió—: Ahora piensa en lo contrario. Si esto sale bien sin ella, ¿qué pasa? Limpias su nombre por decreto. Le mandas el resultado por abogado, con lacito. Se convierte en una nota a pie de página de su propia absolución, salvada una vez más por una decisión ajena. ¿Cuántas veces has decidido tú por ella, en realidad? Yo he perdido la cuenta.

El golpe era limpio y era mío —yo le había entregado el cuchillo en veinte años de amistad.

—No vas a pedir nada por ti —siguió Massimo, aún más bajo —. A eso no tienes derecho, y los dos lo sabemos. Vas a ofrecerle la única moneda tuya que todavía vale algo con ella: su nombre de vuelta, por sus propias manos. La escena del crimen con las llaves. Ella termina de pie lo que empezó de pie en aquel escenario. —Recogió el vaso vacío—. Aceptar o rechazar es decisión suya. Por primera vez en toda esta historia, deja la decisión en el lado correcto de la mesa.

La pizarra blanca esperaba. La piedra en movimiento, el documento ausente, la confesión imposible —y, en medio de todo, la única persona que podía cerrar el circuito viviendo a hora y media de tren.

—Prepara el dosier. Todo, sin editar ni una coma.



Llamé a las nueve de la noche, desde el despacho de casa, con el dosier cerrado delante de mí y el corazón latiendo a ritmo de auditoría.

Cuando tenga algo que entregar, llamo.

Lo tenía. Por primera vez en tres semanas, tenía algo más que añoranza que ofrecer.

Un tono. Directo al buzón de voz.

«El número al que llama se encuentra apagado.»

Miré el teléfono en mi mano, y la frase completó el dibujo: las nueve de la noche, su aparato apagado, en algún lugar de una casa que yo no conocía.

No estaba ocupada, estaba protegiéndose.

La voz del buzón ofreció el pitido. Colgué antes.

Mensaje, no.

Lo que tenía que entregar no cabía en treinta segundos después de la señal —y ella me enseñó, de la peor manera, que la verdad aplazada se agriaba. La verdad se entregaba de frente, de pie, con la puerta pudiendo cerrarse en la cara.

Llamé a Massimo.

—Cancela mi agenda de mañana. Entera.

—Ya la cancelé esta tarde. —El desgraciado estaba sonriendo; se le oía—. El primer Frecciarossa sale a las siete y diez.

A las siete y cinco de la mañana siguiente, estaba en Termini con un dosier en la cartera y ningún discurso preparado.

La última vez que esta estación entró en mi vida fue para llevársela en un tren nocturno mientras yo le hablaba a una pared por teléfono.

Era justo que ahora me llevara hasta ella.



CAPÍTULO 45

«Un nombre no se devuelve por correo. Un nombre se entrega en mano, como se entrega una hoja: por el mango.»

CHIARA FERRARI

Jueves, nueve y media de la mañana, y estaba tasando el tercer broche de viuda de la semana cuando una sombra cubrió mi puesto y no se marchó.

—¿Cuánto cuesta una tasación?

El mundo hizo lo que solo hace en las novelas baratas: se paró.

Reconocí la voz antes de levantar los ojos. La reconocía a oscuras, por teléfono, en una pesadilla. Levanté los ojos de todos

modos, porque bajar la cabeza nunca fue mi talento —y ahí estaba él.

Un metro noventa y cuatro de Roma en plena Florencia, traje oscuro en medio de los puestos de baratijas, los ojos ámbar con unas ojeras que tres semanas atrás no existían.

El corazón se me disparó como la alarma de una tienda. Le mandé callarse.

—Veinte euros —respondí, con la voz más lisa de mi repertorio—. Treinta, si el cliente molesta.

—Justo. —Se quitó el reloj de la muñeca y lo puso sobre el terciopelo del puesto, con un billete de cincuenta al lado—. Puede molestar en cualquier momento.

Cogí el reloj, porque mis manos necesitaban un empleo urgente. Y porque era imposible no cogerlo: un Riccardi de cuerda manual, años cincuenta, esfera de esmalte original, la corona gastada por tres generaciones de dedos.

El reloj del fundador. Había visto aquella pieza en una fotografía de catálogo histórico.

—Riccardi 1958, cuerda manual, todo original. —Devolví la pieza al terciopelo—. Vale más que este puesto, el de Lenzi y todo el aparcamiento juntos. No está en venta. Así que no ha venido a vender. —Me crucé de brazos—. Y yo no tengo nada que comprar.

Por el rabillo del ojo, el viejo Lenzi se olvidó por completo de fingir que no miraba.

—No he venido a vender ni a comprar. —Lorenzo no se sentó, no avanzó, no se apoyó en el puesto. Se quedó fuera de mi metro cuadrado, como quien respeta una frontera que él mismo dibujó—. He venido a entregar.

Puso la carpeta sobre el terciopelo, al lado del reloj.

—La Stella se ha movido —dijo, bajo, solo para mí—. Está a la venta a oscuras, en la Costa, sin papeles. Hay una operación montada: comprador nuestro, policía a la espera, flagrante en la entrega. Está todo ahí dentro: nombres, fechas, riesgos. Sin editar ni una coma. —Sus ojos sujetaron los míos—. Falta una pieza. El vendedor exige tasación en el momento de la entrega. Un perito que el submundo respete y que la policía no contamine. Los dos lados de la mesa solo aceptan un ojo en Italia.

El frío me bajó por el estómago, despacio, tomando nota de cada planta.

La piedra que sellaron con mi huella y me colgaron del cuello en cadena nacional.

—¿Me estás pidiendo que me siente a la mesa con la piedra que destruyó mi vida?

—No. —La respuesta llegó sin adorno—. Te estoy entregando la operación que te devuelve el nombre, para que decidas qué hacer con ella. Pedir, no tengo derecho. La decisión se queda en tu lado de la mesa: si la rechazas, la operación sucede igual y el resultado te llega por abogado. —Un músculo se movió en su mandíbula—. Pero entonces tu nombre vuelve limpio por manos ajenas. Y pensé que ibas a querer limpiarlo con las tuyas.

Miré la carpeta sobre el terciopelo. Miré mis manos, que tasaban broches de viuda por veinte euros y que un día sostuvieron el futuro en un laboratorio de la planta doce.

—Si entro —dije, despacio, escogiendo cada palabra con pinzas—, entro como perito. Contrato firmado, honorarios de mercado, trato profesional. Voy a leer tu piedra, signor Riccardi. —La pared subió entre nosotros, ladrillo a ladrillo, y vi en sus ojos que reconoció cada ladrillo—. A ti no te voy a leer.

Aguantó el apellido sin pestañear —como quien esperaba el golpe y había decidido, la víspera, no defenderse.

—Justo —repitió.

—Te respondo antes de las seis.

Recogió el reloj. Dejó la carpeta y el billete de cincuenta.

—El cambio —dije.

—No hay cambio. El cliente ha molestado. —Y por medio segundo, solo medio, algo casi parecido al hombre de Amalfi cruzó sus ojos y se marchó antes de echar raíces. Miró la lupa de latón en mi mano—. Latón, mango gastado. No pega con el resto del estuche. ¿Herencia?

—De mi abuela.

—Entonces es la pieza más valiosa del puesto.

Después se marchó por el pasillo de los puestos, demasiado alto para aquel paisaje, y el mercado entero tardó un minuto en volver a hacer ruido.



Llevé a mi padre a la revisión médica a las dos de la tarde.

Mientras le hacían el electrocardiograma, la enfermera de la planta antigua me reconoció en el pasillo y esbozó la sonrisa de quien reencuentra a un personaje de telenovela.

—¡La hija del signor Ferrari! Qué bien que se ha recuperado. —Bajó la voz, cómplice—: Escucha, resuélvenos un misterio: las flores. ¿Quién las mandaba?

—¿Qué flores?

—Las blancas. —Abrió mucho los ojos—. Todas las semanas, sin tarjeta, las más caras de la floristería. Siguieron llegando después del alta, las repartimos por las habitaciones. Llamé a la tienda para avisar del error y la chica me juró: «no es ningún error, no las

manda nadie, y van a seguir llegando». —La enfermera se rió—. No las manda nadie. ¿Existe alguien más cabezota?

El suelo del pasillo se tambaleó un poco, solo para mí.

Blancas. Todas las semanas. Sin tarjeta. Desde la semana en que el mundo se vino abajo, cuando yo no le hablaba, cuando yo no pedí nada, cuando nadie iba a enterarse.

No las manda nadie. Yo conozco a ese «nadie» en persona.

—No tengo ni idea —le mentí a la enfermera, y la voz solo me tembló al final.

En casa, esperé a que mi padre se durmiera y abrí la carpeta sobre la mesa de la cocina de la nonna.

Estaba todo allí, como me habían prometido. La operación, el comprador de Ginebra que existía desde hacía día y medio, el comisario Romano, las rutas, los riesgos; los riesgos sin maquillar, uno por uno, incluidos los míos.

Y al final, en un anexo que nadie tenía por qué haber incluido, el informe de la auditoría interna del Gruppo Riccardi.

Con las cuentas personales del CEO en lo alto de la lista de auditados. A petición propia.

Leí aquella página dos veces. Nadie por encima de la lupa, decía la nota, con esa letra dura suya que yo conocía de los recados en la encimera.

Cerré la carpeta.

Me quedé un largo minuto mirando la cocina de mi nonna —los botes, los fogones, la tarde amarilla en la ventana— con el veneno y la evidencia peleándose en silencio dentro de mí.

Flores sin nombre. Cuentas bajo la lupa. Una carpeta editada sin una sola coma. Nada de eso era una declaración.

Era algo peor: era una conducta.

Al corazón ya lo juzgaré después. Con calma y con vino. La voz de Bianca, viviendo en mi cabeza sin pagar alquiler.

A las cinco y cincuenta y nueve, saqué el teléfono del cajón de los calcetines y encendí el aparato. Se despertó sin nada de nada: ningún mensaje, ninguna llamada nueva. El hombre había venido en tren en lugar de insistir en mi silencio.

Escribí unas palabras. Esta vez, las envié.

Estoy dentro. Por mi nombre.

La respuesta llegó en once segundos, y odié a mi corazón por ir contando:

Por tu nombre. El contrato sale mañana.

Solté el teléfono sobre la mesa, boca abajo, y fui a abrir la ventana, porque la cocina se me había quedado pequeña para lo que estaba sintiendo.

Voy a volver a la sala donde mi vida se acabó. Voy a leer la piedra que me condenó. Y que Dios se apiade de quien esté sujetando el otro extremo.



CAPÍTULO 46

«Hay victorias que se cargan como un ataúd. A hombros, en silencio, y sin saber muy bien de quién es el entierro. »

LORENZO RICCARDI

La Costa no había cambiado en tres semanas. El que había cambiado era yo.

Los mismos limoneros bordando el acantilado, el mismo mar paciente allá abajo.

La última vez había subido aquella carretera conduciendo mi propio coche, con ella riendo en el asiento de al lado. Hoy iba en una furgoneta sin ventanas, aparcada a doscientos metros de un restaurante colgado del acantilado, con un pinganillo en el oído y las dos manos inútiles en el regazo.

Dos días antes, ella había cruzado la puerta de la sala de guerra con tacón bajo y su apellido en la portada del contrato, y había apartado la silla de la cabecera sin pedir permiso.

A Massimo le gustó. Yo me quedé de pie contra la pared, en mi nuevo sitio: el del que no manda.

Me pasé la vida encerrando lo que amaba en una caja fuerte, para que nadie pudiera alcanzarlo. Ahora la caja fuerte era yo, y ella estaba fuera de mi alcance, en una mesa a doscientos metros, con una piedra delante y tres hombres de las sombras alrededor.

No podía hacer otra cosa que escuchar. Era exactamente el sentido de la lección.

Una hora antes, en el puesto de mando, Tommaso había girado el anillo tres veces antes de hablar:

—La aseguradora me ha ofrecido adelantarme la comisión. —Miraba el mar, no a mí—. Bastaba con que les entregara el canal directo y sacara a la chica de la mesa. Limpio, rápido, tres por ciento en la cuenta mañana.

—¿Y?

—Y dije que no. —Por fin levantó los ojos, y había en ellos el cansancio de quien decide tarde, pero decide—. Autentiqué mentiras durante diez años, dottore. Una vez en la vida quería poner mi nombre debajo de una verdad. Además, a ella no hay ojo que la engañe. Iba a perder la comisión de todos modos.

El pinganillo chasqueó. La voz del comisario Romano, baja y seca:

—Ha empezado.

Cerré los ojos para ver mejor. Me sabía la terraza de memoria: las bombillas amarillas entre las viñas, el mar invisible abajo.

Me sabía al hombre de lino crudo, el reloj demasiado bueno para el resto de la ropa. Y me sabía, sobre todo, la voz que vino a continuación: lisa, profesional, sin un temblor.

—Vamos a lo que importa —dijo Chiara.

Mi Chiara. Trabajando.

Se oyó el clic de unos cierres. El murmullo de nuestro hombre de Ginebra fingiendo hastío de rico. Y entonces un silencio distinto, el que cae cuando se abre una caja de terciopelo.

—Puede examinarla —dijo el Lino.

Yo no lo vi. Pero lo había visto una vez, en un laboratorio de la planta doce, y la memoria rellenó la oscuridad de la furgoneta: la lupa de latón de mango gastado subiendo hasta su ojo, el mentón inclinándose, el mundo entero reducido a seis puntas de luz dentro de una piedra.

Su voz volvió al grano, y esta vez me hablaba a mí sin saberlo.

—Zafiro estrella natural. Asterismo de seis rayos, centrado, perfecto. —Una pausa de perita, no de mujer—. Talla de la casa Riccardi. Última pieza que Elena Riccardi diseñó antes de morir. —Y entonces, más bajo, la frase que en el contrato era solo una señal y que en su boca se convirtió en otra cosa—: La estrella es suya. Siempre lo fue.

Era la clave. Era el final.

—Ahora —ordenó Romano.

Salí de la furgoneta antes de que terminara la orden. Subí la escalera de piedra de dos en dos, con el corazón a un ritmo que no era de operación.

Era de hombre.

Lo sentí antes de verlo. Arriba, en el aire quieto de la Costa, un perfume caro, de esos que se quedan cuando la persona ya ha

salido de la sala. Conocía aquel perfume de treinta navidades.

No.

Estaba en un rincón de la terraza, lejos de la mesa, con unas gafas de sol que ya no escondían nada.

Había venido. La dueña impaciente no le confió el último activo de su vida a un mensajero: vino con sus propios ojos a vigilar el dinero que iba a tapar todos los agujeros.

El error final de la serpiente acorralada.

Los hombres de Romano se cerraron a su alrededor sin aspavientos. Vittoria no gritó, ella nunca gritaría.

—No tienen ninguna prueba de que esta piedra haya pasado por mis manos —dijo, tranquila, al comisario.

—Está usted sentada a diez metros de la venta de la pieza más buscada de Italia, signora. —Romano ni siquiera levantó la voz —. Pruebas es lo que va a sobrar.

Vittoria giró la cabeza y me vio. Por un segundo el rostro de acero se le resbaló, y lo que quedó debajo era más viejo, más cansado, casi humano.

—Tú no entiendes lo que es hundirte dentro de un apellido, Lorenzo. —Respiró hondo, y la máscara volvió a su sitio por última vez—. Tú naciste en la parte de arriba de él.

No hubo esposas de telenovela. Solo una mano firme en su brazo y el camino hacia la salida. Nos miramos una vez. Cuarenta años de mesa de Navidad cupieron en aquella mirada, y ninguno de los dos encontró una palabra que mereciera la pena gastar.

Cuarenta años. Y lo único que yo sentía, mientras se la llevaban, era el olor de su perfume alejándose.

Romano me alcanzó con una carpeta requisada.

Entre facturas y rutas, una nota con letra de oficina que yo conocía demasiado bien: instrucciones sobre cómo «llevar la

comunicación» con la acusada, firmadas por una abogada de mi propio departamento jurídico.

Dottoressa Albani. El hilo que había asestado la puñalada de terciopelo en la comisaría ahora ataba el otro extremo de la cadena.

—Esta va a querer hablar antes de la celda —dijo Romano, guardándose la nota—. Siempre quieren.

Busqué a Chiara con los ojos. Ya había guardado la lupa de su abuela en el estuche, de espaldas a mí, leyendo la piedra de Elena una última vez a la luz amarilla.

No vino hacia mí, y yo no tenía derecho a ir hacia ella.



Dos días después, en Roma, la sala de guerra estaba vacía.

En la pizarra blanca todavía estaba escrito LA PIEDRA en lo alto y, debajo, con mi letra, la palabra que había borrado y reescrito hasta casi agujerear el rotulador: RECUPERADA.

Massimo ya se había marchado. Tommaso ya había ido a por su comisión, la legítima, esta vez. La Stella estaba en una caja de acero sobre la mesa, reintegrada a la colección por peritaje, libre.

Chiara dejó el contrato firmado y la factura de los honorarios junto a la caja, alineados, profesionales. No se sentó.

—Está entregado. —La voz era la misma que en la terraza: lisa, sin temblor, sin mí dentro—. Mi trabajo ha terminado, signor Riccardi.

Y se dio la vuelta para marcharse.

Me quedé con la caja de acero en la mano, fría, mirando su espalda cruzar la misma puerta por la que había entrado con la cabeza alta dos días antes.

Su nombre había vuelto. La piedra de mi madre había vuelto. La villana estaba entre rejas, la casa estaba limpia, la guerra que juré ganar estaba ganada.

Tragué saliva.

Acababa de descubrir que limpiar su nombre era la parte fácil. Había recuperado la piedra de mi madre y estaba perdiendo a la mujer de mi vida por segunda vez, la misma noche.

CAPÍTULO 47



CAPÍTULO 47

«El aplauso llena la sala, pero no llena lo que se vació por dentro.»

CHIARA FERRARI

La puerta giratoria de cristal me devolvió el reflejo de toda Roma, igualita que el primer día. Solo que el primer día entré sola, con una acreditación nueva en el bolsillo y el pecho lleno de esperanza.

Esta vez entraba del brazo de Bianca, sin acreditación ninguna, y el pecho era una piedra.

—No debería estar aquí —dije, por décima vez, en el ascensor.

—No has venido por él. —Bianca me apretó la mano, los ojos fijos en el número que subía en el panel—. Has venido a ver. Inocencia sin testigo fue lo que faltó la primera vez. Hoy el testigo

soy yo, y tú vas a estar con los ojos bien abiertos cuando el mundo por fin mire hacia el lado correcto.

El ascensor se abrió en la planta doce, y el frío me bajó por el vientre, anotando planta por planta cada recuerdo.

Era el mismo salón. La misma luz alta de catedral. En el centro, donde un día una vitrina vacía me señaló con el dedo delante de la empresa entera, ahora había un pequeño escenario, un mar de sillas y la prensa.

La misma prensa que había estampado mi cara esposada bajo tres palabras en letras enormes sobre la cama de un hombre.

Había convocado a los buitres que lo devoraron. A propósito.

Nos sentamos al fondo. Me eché el pelo hacia delante de la cara sin darme cuenta, el viejo reflejo de quien ha sido fotografiada demasiadas veces.

Bianca me apartó el mechón despacio.

Cuando entró, el salón contuvo la respiración, y yo la contuve con él, rabiosa por contenerla.

Nada de comitiva. Nada de Vittoria un paso por detrás, nada de Massimo cerrando el grupo.

Lorenzo Riccardi cruzó el salón solo, sin corbata, con la camisa de quien no dormía desde hacía una semana y ningún papel en la mano.

Sin teleprónter. Sin nadie susurrándole al oído. Se detuvo exactamente donde se había detenido la otra vez. En el lugar de la vitrina.

Y empezó a demolerse en cadena nacional.

—La Stella se recuperó anteayer, en una redada en la Costa Amalfitana. —La voz era baja, clara, sin el hielo de antes. Era peor: estaba desnuda—. La señora Vittoria Riccardi, directora de

patrimonio de esta casa y prima mía, está detenida. Fue ella quien robó la pieza y quien falsificó las pruebas.

Un murmullo recorrió la sala. Él esperó a que pasara sin protegerse.

—Lo voy a repetir despacio, porque en este mismo lugar, hace unos meses, dije lo contrario. Y el error merece el mismo escenario que tuvo la mentira.

Buscó las cámaras. A mí no me buscó, y yo, idiota, registré que no me buscaba.

—La acusación fue mía. El error fue mío. —Cada frase caía como piedra en un pozo—. La dottoressa Chiara Ferrari es, y siempre ha sido, inocente.

Dottoressa.

La palabra me golpeó de lleno en el pecho.

La última vez, en aquel escenario, yo había sido «la signorina Ferrari», dicho con desprecio, rebajada a cebo, a personal de servicio. Ahora me devolvía, delante del mismo mundo, el título que nadie se había molestado nunca en darme. Con intereses.

—La destruí aquí, con pruebas falsas y una convicción que era verdadera. —Se le trabó la mandíbula, y esta vez no era frialdad; era el esfuerzo de no quebrarse la voz—. No hay indemnización que pague eso. Hay esto: yo, de pie, delante de las mismas cámaras que ella usó para ayudarme a hundir a la dottoressa; yo me equivoqué. Ella no.

El resto vino en tono de trámite, y cada frase era un ladrillo de mi nombre volviendo a su sitio: retractación formal presentada, indemnización íntegra, el proceso contra mí archivado, una frase y un sello, después de meses pesando una tonelada.

Y, por último, la colección homenaje suspendida.

—Por tiempo indefinido —dijo—. Hasta que esta casa vuelva a merecer llevar el nombre de mi madre.

En un rincón de mi cabeza, vi la cocina de la nonna en Florencia.

A mi padre en la silla de siempre, frente al mismo telediario que unos meses antes le había parado el corazón. La mano en el pecho otra vez —me jugaba el negocio entero—, pero esta vez por el motivo correcto.

Cuando terminó, los flashes no fueron hacia él. Atravesaron el salón y me encontraron al fondo.

Yo, que había salido de aquel edificio fotografiada con esposas, estaba siendo fotografiada de nuevo, sentada, entera.

De pie por dentro. Bianca me cogió la mano y no la soltó.

Lorenzo bajó del escenario. No recogió los papeles que no tenía. No esperó ninguna pregunta de periodista. Cruzó el salón entero en mi dirección, con el mundo girando la cabeza para seguirlo, y se detuvo a un paso de mí.

El perfume de madera llegó con él. La última vez en aquella planta, había llegado como una amenaza. Ahora llegaba solo como él.

Yo esperé el reproche. La petición. La mano tendida. La frase ensayada.

—Gracias por haber venido, dottoressa.

Fue solo eso. Los ojos ámbar sostuvieron los míos durante un segundo que dolió, y no tendió la mano, no me tocó el brazo, no pidió nada. Se dio la vuelta y se marchó primero, dejándome a mí la última palabra, la que no dije.

Fue entonces cuando el veneno que Vittoria había plantado meses antes murió del todo, sin ruido.

Hombre que vigila, extorsiona. Hombre que vigila, controla, exige, se queda a ver el efecto.

Este lo había entregado todo —la carpeta, el escenario, su propia credibilidad— y se había marchado antes que yo, sin quedarse para la foto, sin esperar mi agradecimiento.

No me había traído de vuelta para vigilarme. Me había devuelto lo que era mío y había salido de escena.

Fue en el coche de Bianca, parado en el atasco de la salida de Roma, cuando el llanto por fin llegó. El llanto contenido desde aquella planta de las esposas, el que me había prohibido en Florencia —llanto por mi padre; el resto no merece el agua—. Llegó de todas formas, caliente, imparable, y Bianca no dijo una palabra: solo me puso la mano en la nuca y me dejó.

Mi nombre había vuelto.



Tres noches después, en Florencia, mi padre me llamó a la cocina.

En la mesa, junto al frutero, había un sobre marrón. Matasellos de Roma. Iba dirigido, con la letra firme que yo conocía de los recados en la encimera, no a mí.

A él.

—Tu Riccardi me ha escrito. —Giuseppe no apartó los ojos del sobre—. Pidiendo permiso para venir aquí. A mí. De hombre a hombre, como si aún quedara algo de eso en el mundo. —Le dio un sorbo al café, tranquilo como solo saben estarlo los viejos—. Le he contestado.

El frío me subió por el vientre.

—¿Qué le has contestado, papà?

Dejó la taza en la mesa, sin prisa.

—Que la puerta de casa se abre el sábado. —Sus ojos encontraron los míos, y había en ellos algo que yo no veía desde antes del hospital—. El resto, quien lo abre o lo cierra eres tú, piccola.



CAPÍTULO 48

«Desde lo alto, lo veía todo. De rodillas, por fin la vi a ella.»

LORENZO RICCARDI

La casa del signor Ferrari estaba al final de una cuesta de piedra, detrás de una verja de hierro que chirriaba.

Nada de mármol. Nada de portero. Un timbre que pulsé dos veces antes de reunir el valor para la tercera.

Y eso que yo entraba en cualquier sala del mundo sin llamar.

El viejo abrió la puerta en pijama, con un chaleco de lana por encima, me midió de arriba abajo —del zapato caro al cuello de la camisa en la que, por primera vez en la vida, había decidido no ponerme corbata— y me hizo sitio sin sonreír.

—Siéntese. —Señaló un sillón que había visto décadas mejores—. Café todavía no se lo merece.

Me senté. Él se acomodó enfrente, despacio, la mano un segundo de más sobre el pecho antes de posarla en el brazo del sillón. El corazón que un telediario le había parado meses antes.

—No voy a preguntarle por dinero —dijo—. Dinero sé que tiene de sobra; es lo que queda cuando falta todo lo demás. —Sus ojos, del mismo castaño que los de ella, no me soltaban—. Mi hija se pasó la vida mintiendo para protegerme. Las medicinas, el alquiler, la cara feliz al teléfono. Lo aprendió de mí: yo mentí con las medicinas años y años para no ser una carga. Uno se dice que es protección, pero una protección que decide sola lo que el otro puede soportar no es protección. Es una cárcel con la puerta pintada de cariño. Lo aprendió de mí, eso lo entiendo. —Ladeó la cabeza—. ¿Usted por qué miente?

La pregunta me abrió en canal.

No había cámaras, no había público, no había discurso preparado. Solo un viejo con chaleco de lana y la tarde de Florencia entrando torcida por la ventana.

—Por miedo, signor Ferrari. —Mi voz salió más baja que en el escenario, y dolió más—. Controlo porque tengo miedo. Perdí a mi madre muy pronto y me convertí en una caja fuerte: encierro dentro todo lo que importa, en la oscuridad, donde nadie puede alcanzarlo ni para robarlo ni para hacerle daño. Su hija fue la única persona que consiguió leer lo que había dentro. Y tuve tanto miedo de lo que vio que preferí destruirla antes que dejarla con la llave.

Giuseppe me midió un buen rato. Tiempo de viejo, que no tiene prisa, porque ya ha gastado toda la prisa. Después cogió el café que tenía al lado —solo el suyo— y bebió un sorbo.

—Una caja fuerte que se abre una vez, se abre otra —dijo, y había menos hielo en la voz—. La diferencia está en que usted decida si quien la abre la próxima vez es usted, o el miedo. —Señaló con el mentón hacia el fondo—. Está en la cocina. Era de la madre de su madre. Cuidado con lo que vaya a decir ahí dentro: ese suelo ha oído a tres generaciones de mujeres Ferrari. No traga mentiras.

La cocina estaba al fondo, tres escalones por debajo del resto de la casa. Azulejo gastado, una cocina de fogones negros, botes de harina y de pasta alineados como soldados viejos. Y ella, de espaldas, las manos blancas hasta la muñeca, trabajando una masa sobre una tabla más vieja que nosotros dos.

Me detuve en la puerta.

En otra cocina, meses antes, ella había invadido mi mármol con la salsa de su abuela y me había enseñado dónde estaba la sal. Ahora era yo, de cachemir, plantado en la puerta de su reino, sin saber si podía pisarlo.

—¿Puedo entrar?

Ella detuvo las manos en la masa, pero no se volvió.

—La casa es de mi padre —respondió, la voz demasiado controlada—. Pregúntaselo a él.

—Él me ha mandado aquí. —Di un paso, solo uno, y respeté la frontera del escalón—. Pero la cocina es tuya. Así que te lo pregunto a ti.

Se volvió entonces, con harina en un mechón del pelo, los ojos castaños secos y duros, y aun así me quedé sin aire igual que la primera vez, en un laboratorio, con una estrella encendiéndose dentro de una piedra.

No planeé el gesto.

El cuerpo decidió antes que la cabeza. Doblé las rodillas sobre las baldosas frías de la nonna, entre los fogones y la mesa, y me quedé allí, a la altura equivocada para un hombre como yo, a la única altura correcta para lo que había venido a decir.

—Levántate —dijo enseguida, y le tembló la voz—. No hagas eso.

—Déjame quedarme aquí abajo un momento. —Miré hacia arriba, hacia ella—. Desde lo alto lo he visto todo mal la vida entera.

Cruzó los brazos enharinados, una muralla. Entonces hablé desde el suelo:

—Te necesito. No es un deseo, Chiara. El deseo lo domino. Esto es necesidad, y la necesidad nunca supe domarla. Soy tuyo desde el primer día. Desde antes del primer día: desde un ascensor en el que una mujer me dijo que algunos de los que estábamos allí trabajábamos, y estuve a punto de sonreír por primera vez en años.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas contra su voluntad.

Lo vi y no lo usé. No era munición. Ya no quedaba munición entre nosotros.

—Dame una oportunidad. Una sola. Te juro que voy a pasarme la vida demostrándote que he cambiado. Y cuando me equivoque, porque me voy a equivocar, decides tú. Esa es la única promesa que vale algo viniendo de mí: no la de no equivocarme

nunca. La de no volver a decidir nada por ti. Ni para protegerte. Sobre todo para protegerte.

Abrió la boca. No la dejé todavía: faltaba la verdad que yo había enterrado en una terraza.

—En Amalfi, aquella madrugada, cuando dije «duerme, yo hago guardia»... —Se me cerró la garganta, y forcé la frase a salir—. Era esto lo que no tuve el valor de decir. Te quiero. Te quiero, Chiara. Despierta, dormida, odiándome desde el otro lado de Italia. Hago guardia igual.

La primera lágrima le resbaló, y con ella vino la lista, la lista que yo me sabía de memoria, porque era toda verdad.

—Me llamaste ladrona delante de la empresa entera. —La voz se le llenó de rabia—. Cogiste lo más verdadero que te di y lo llamaste servicio.

—Sí.

—Supiste el nombre de la culpable y te callaste. Decidiste, tú solo, que yo no soportaba la verdad. Otra vez.

—Lo sé.

No rebatí ninguna.

No tenía defensa y, más que eso, ella necesitaba vaciar cada una en mi cara y verme aguantar de rodillas. Así que aguanté, una a una, mientras la harina se le secaba en los puños y la tarde escurría amarilla por la ventana sucia.

—Es siempre el mismo hombre —dijo, más bajo.

—Lo era. —Le sostuve la mirada—. Estoy de rodillas en el suelo de tu nonna precisamente para dejar de serlo.

Se quedó en silencio.

La lista se había acabado. Y cuando la lista se acaba, solo queda lo que uno esconde debajo de ella.

—Intenté odiarte con método —confesó, y la voz se le quebró por la mitad—. Hice una lista que repasaba cada noche. La lista falló en Amalfi y nunca más volvió a funcionar bien.

Le tembló el mentón. Me miró, allí abajo en el suelo de la nonna, y la palabra salió partida por la mitad, muy bajito:

—Levanta... Lorenzo.

El apellido que había levantado como un muro en el tren cayó con mi nombre dentro de su boca, y me puse de pie sin sentir las piernas.

No fue rápido. Nada bueno entre nosotros había sido nunca rápido. Le llevé la mano a la cara, dejé la harina de sus dedos en mi piel y la harina de los míos en su mejilla, y la besé despacio, como quien pide perdón sin más palabras, porque las palabras se habían acabado y solo quedaba esto.

Jazmín y madera en el mismo aliento.

La vida entera encerré en la oscuridad lo que amaba. A esta la voy a mantener en la luz, aunque me cueste el resto de mis días.

Ella me agarró la camisa con las dos manos enharinadas, y sentí, contra mi boca, la risa y el llanto peleándose dentro de ella al mismo tiempo.

Un carraspeo teatral partió la cocina por la mitad.

Giuseppe, apoyado en el marco del escalón, café en la mano, los ojos castaños brillando con una maldad tierna.

—En la cocina de la nonna, no. —Bebió un sorbo, impasible —. Hay hoteles en Florencia. Muchos, de hecho. Y usted, por lo visto, puede pagarlos todos.



CAPÍTULO 49

«La boca perdonó primero. El cuerpo fue detrás.»

CHIARA FERRARI

La puerta del hotel hizo clic detrás de nosotros y, por primera vez en siete meses, el mundo entero se quedó fuera.

Era una habitación corriente de un hotel corriente de Florencia: una cama ancha, una ventana alta, la luz de mi ciudad entrando baja y color de miel por entre las cortinas mal cerradas.

Nada del mármol frío. Nada de Roma. Solo nosotros dos, el olor a ropa de cama limpia y el silencio cargado después de todo lo que se había dicho en la cocina de mi nonna.

La última vez, en una cama en Roma, me había lanzado a aquello como quien salta de un acantilado: de rabia, de deseo, de

despecho, con el nombre aún quemando y la guerra entera por delante.

Había ganado al hombre y perdido todo lo demás.

Esta vez tenía el nombre de vuelta. Esta vez no era una caída.

Era una elección. Y elegir, estaba descubriendo, daba mucho más miedo que caer.

Lorenzo no me aprisionó contra la pared. No había ninguna prisa en las manos de un hombre que se había pasado meses sin lo que más quería; había otra cosa, peor y mejor: paciencia.

Me guio hasta el borde de la cama con la punta de los dedos, me hizo sentarme y —el hombre más impaciente que conozco— se arrodilló por segunda vez el mismo día.

Esta vez para quitarme los zapatos.

Uno, luego el otro, despacio, los dedos largos rodeando la curva de mi tobillo, subiendo un instante por la pantorrilla antes de detenerse. El cuidado antes del hambre.

Me mordí el labio inferior, y el corazón se me disparó de una forma que ya no podía fingir que era rabia.

Subió los ojos ámbar por mis rodillas, por mi vientre, hasta clavarse en los míos.

—Mírame. —La voz salió ronca, raspada—. ¿Estás segura? Porque, si no lo estás, duermo en el sillón, te llevo a casa mañana, y esto sigue siendo solo la cocina de tu nonna y un beso. Te lo juro.

Siete meses sin estar segura de nada. Siete meses de negocio de viuda, de hospital, de lista de rencores repasada cada noche hasta aprendérmela de memoria.

—Por primera vez en siete meses —dije, y la voz solo me tembló al principio—, estoy segura de una sola cosa. —Cogí el cuello abierto de su camisa y tiré—. Sube aquí.

Subió. Cubrió mi cuerpo con el suyo sin dejar caer todo el peso, apoyado en los antebrazos a un lado y a otro de mi cabeza, y me besó como quien por fin tenía tiempo.

Todo el tiempo del mundo, muy despacio, hondo.

Su boca reaprendiendo la mía letra por letra, la lengua sin prisa, y cuando me mordió suavemente el labio inferior, el mismo que yo me vivía mordiendo, un escalofrío me bajó por toda la espina y murió en algún lugar por debajo del vientre.

Sus manos empezaron a bajar. La nuca primero, los dedos enredados en mi pelo, tirando solo lo justo para inclinarme la cabeza y tener más de mi cuello. La boca fue detrás, trazando una línea caliente de mi oreja a la clavícula, y oí mi propia respiración quebrarse por la mitad.

Sus dedos encontraron el primer botón de mi blusa y lo abrieron. Saltaron al segundo sin prisa, como quien desenvuelve despacio algo que ha esperado meses para volver a tener.

Con cada botón, la boca bajaba un centímetro más por la piel nueva que aparecía. Y con cada centímetro yo quería más, y me daba vergüenza querer tanto.

Hice una lista para odiar a este hombre. La repasaba cada noche, de memoria, punto por punto. Ahora está reescribiendo la lista entera con la boca, y no recuerdo una sola línea.

Cuando la blusa se abrió del todo y resbaló por mis hombros, se detuvo. Se echó sobre los talones y solo me miró. Los ojos ámbar recorrieron mis hombros, el encaje del sujetador, la curva de mi cintura, despacio, con un hambre tan sin disimulo que sentí el rubor subirme del pecho a la cara.

—He soñado con esto —murmuró, bajo, más para sí que para mí—. Soñé tanto que tenía miedo de haberme inventado algún detalle. —La punta del dedo trazó el tirante de mi sujetador, hombro abajo—. No me inventé nada. Es mejor.

Yo, que me había pasado la vida cubriéndome, no sentí ninguna gana de cubrirme.

Abrió el cierre con una sola mano —y archivé aquella destreza para una irritación futura— y, cuando el encaje cayó, su boca encontró mi piel con una reverencia que no tenía nada de mansa.

Los labios en mi pecho, la lengua, el calor de la boca arrancándome un sonido que no había planeado soltar. La espalda se me arqueó sola. Mis dedos fueron a parar a su pelo, sujetando, pidiendo sin una palabra.

Fue cuando su mano libre subió por mi cintura cuando lo noté.

Un temblor. Pequeño, contenido, en la palma ancha que me sostenía las costillas.

El hombre que no tiembla firmando un cheque de ocho dígitos. El hombre que no tembló al destruirme en un escenario, ni al confesar su propio crimen en el mismo escenario. Ese hombre estaba temblando, levemente, contra mi piel.

Fue lo más erótico de la noche, y lo más tierno. Más que el «te quiero» de rodillas en la cocina. Porque las palabras se ensayan. Las manos temblando, no.

—Estás temblando —susurré, la voz ya sin ninguna firmeza.

—Estoy aterrado. —Apoyó la frente en mi esternón, la respiración caliente esparcida sobre mi piel—. Llevo siete meses soñando con esto y me da pavor despertarme antes del final.

Cogí la mano que temblaba y la apreté contra mi corazón descompasado, para que sintiera que era real, que yo estaba allí, que esta vez nadie iba a despertarse de nada.

Entonces fui yo. Lo empujé suavemente para que se sentara, me subí a su regazo y le saqué por los hombros anchos la camisa

que aún sobraba, despacio, a mi manera, porque yo también había soñado y también tenía derecho a mirar.

Su piel caliente bajo mis manos, el pecho subiendo deprisa, el corazón tan fuera de ritmo como el mío.

Le pasé la boca por la línea de la mandíbula, bajé por el cuello, y lo sentí contener la respiración: el hombre de hielo, conteniendo la respiración por mi culpa.

Ya tuve poder sobre este hombre una vez, y no valió nada, porque era frío. Este sí valía: su respiración deteniéndose en mi boca.

El resto de la ropa fue cayendo, prenda por prenda, en el suelo de la habitación, entre besos que se detenían para mirarnos y volvían a empezar más hondos.

Cuando por fin fue piel contra piel, de la boca a los pies, su calor cubriéndome, el peso, un ancla y no una cárcel, yo ya estaba tan lista, tan abierta, tan sin armadura, que latía, del modo bueno.

Se colocó y se detuvo. De nuevo los ojos en los míos.

—Dime otra vez que me quieres.

—Te quiero. —Le enrosqué la pierna en la cintura y tiré.

Y me llenó. Despacio, hondo, sin apartar los ojos de los míos ni una sola vez, y me quedé sin aire, no del susto, sino de plenitud, como si un trozo que llevaba meses faltando hubiera vuelto a su sitio exacto.

Nos quedamos quietos un instante, solo sintiendo: él entero dentro de mí, la frente en la mía, la respiración compartida, el cuerpo entero latiendo lleno de él.

Entonces empezó a moverse. Lento al principio, cada vez llegando al límite y volviendo, y yo lo acompañé, las caderas encontrando las suyas, hallando juntos el ritmo que el corazón ya conocía desde hacía meses.

El calor subió. El roce se volvió ola. Cada movimiento me arrancaba un sonido más suelto que el anterior, y él se tragaba cada uno con la boca en la mía, o en mi cuello, susurrando mi nombre como quien reza.

Cuando la urgencia intentaba acelerar demasiado, uno de los dos frenaba —una mano en la cara, un «espera», un beso demorado —, porque después de siete meses de prisa equivocada queríamos esto largo, queríamos sentirlo todo, no perdernos nada.

Jazmín y madera en el mismo aliento otra vez, sudor, piel, el crujido bajo de la cama, y yo ya no sabía dónde terminaba su cuerpo y empezaba el mío.

La ola fue creciendo desde dentro, lenta e implacable, y me agarré a sus hombros con fuerza, las uñas marcando, el cuerpo subiendo por una cuerda tensa que sabía que iba a reventar.

—Mírame. —Su voz estaba destrozada—. No cierres los ojos. Quiero verte.

Miré. Sostuve el ámbar incluso cuando se puso difícil, incluso cuando el mundo empezó a estrecharse hasta caber solo en nosotros dos, y fue mirándolo a él como llegué cerca...

—Mía. —Me clavó la mano en la cadera, más hondo, la voz ronca de todo, al borde junto conmigo—. Dilo. Di que eres mía.

Y aquí estaba el giro que siete meses me habían enseñado.

—Tuya. —Le sujeté la cara con las dos manos, obligué al ámbar a no desviarse—. Y tú eres mío. Dilo tú también.

Por un segundo vi la sorpresa cruzarle los ojos: el alfa al que nunca habían invitado a entregarse de vuelta. Y entonces se rindió sin dejar de ser quien era.

—Tuyo —declaró, y la palabra salió como un juramento entre dos alientos—. Desde antes del primer día. Siempre tuyo.

Fue la palabra que me hizo reventar. La cuerda se partió y me fui —en olas, agarrada a él, su nombre en mi boca— y él se fue conmigo, hondo, un instante después, temblando entero esta vez, la cara hundida en mi pelo.

Y allí, en la cima, con la voz deshecha, susurró contra mi sien algo que tardé un segundo en reconocer: la frase que me había oído decir en una mesa colgada de un acantilado, sobre una piedra, días antes:

—La estrella es suya. Siempre lo fue.

Esta vez no era sobre La Stella. Lo entendí, y el nudo que me subió a la garganta no era de dolor.

Después, nos quedamos allí, enredados, sudados, sin ninguna prisa por desenredarnos. Me atrajo hacia su pecho, me besó despacio la frente, y el silencio que vino a continuación fue lo más extraño del mundo.

Era paz.

No era una cuenta que pagar. No era la mañana llegando para estropearlo todo. No era «gané al hombre, no gané la justicia».

Era solo su pecho subiendo y bajando bajo mi cara, su mano dibujándome despacio la espina, y la luz de Florencia volviéndose azul en la ventana.

Me desperté de madrugada sin saber la hora. Él estaba con los ojos abiertos, mirando el techo, la mano aún en mi piel.

—¿Tú no duermes? —murmuré.

—Estoy de guardia. —La voz salió bajita, automática. Su viejo idioma.

Me apoyé en el codo y miré a aquel hombre: el imperio, la caja fuerte, el hombre que destruyó mi vida y cruzó Italia de rodillas para reconstruirla.

—Duerme, Lorenzo. —Le puse la mano en el pecho, sobre el corazón que por fin había reducido el ritmo—. La guerra se acabó. Hoy la guardia la hago yo.

Me miró un buen rato. Y entonces —el hombre que se pasaba la vida de guardia— cerró los ojos y se durmió primero.

Yo me quedé despierta solo para verlo.

¿Amante o acusada?, preguntó alguien una vez, una mañana en que me desperté sin nombre en su cama. Ni una, ni otra. Suya. Y mía.

Gané al hombre. Y gané la justicia. Las dos cosas, en la misma vida, en la misma cama.



El móvil empezó a vibrar en la mesita poco después de que saliera el sol, insistente, con el empeño de quien no se rinde. La pantalla se encendió: MASSIMO.

Lorenzo dormía el sueño de los justos por primera vez en meses. Contesté yo por él, riéndome bajito para no despertarlo.

—Está durmiendo, Massimo. —Hice una pausa solo para saborear la frase en la boca—. Durmiendo.

Al otro lado, un silencio de quien comprueba lo imposible. Después, la voz seca y perfecta de Massimo:

—Milagro registrado. —Una pausa—. Avísale al milagrero de que el consejo lo ha aprobado. El relanzamiento sigue en pie. Y hay una condición con el nombre de ella...



CAPÍTULO 50

«Hogar no es de donde salimos enteros. Es adonde volvemos remendados, y con un nombre nuevo.»

CHIARA FERRARI

Tres semanas después, estaba de vuelta en la planta doce del Gruppo Riccardi. Solo que esta vez mi nombre estaba en la pared.

DOTTORESSA CHIARA FERRARI, decía la placa discreta junto a la vitrina central. COMISARIADO TÉCNICO.

La mujer a la que aquella casa había sacado a rastras con esposas ahora firmaba la casa. Pasé el pulgar por la placa cuando nadie miraba, solo para creerme que era de verdad.

De Vittoria quedó una frase en los periódicos y una silla menos en la mesa de Navidad: prisión preventiva mantenida, la

delación de la dottoressa Albani homologada, la familia Riccardi un poco más pequeña y bastante más honesta a partir de entonces.

Lorenzo aún no había ido a visitarla. «Algunas puertas se cierran sin echar la llave», me dijo. «Pero se cierran.»

No había perdón barato en aquella casa, y era exactamente así como tenía que ser.

La Stella estaba de vuelta en la vitrina, reintegrada a la colección, libre: la estrella de seis puntas encendida en la oscuridad del zafiro como el primer día en que la leí.

Me detuve delante de ella con la copa intacta en la mano, y Lorenzo vino a pararse a mi lado, el hombro casi pegado al mío.

—Mi abuela decía una cosa sobre las piedras así —dije, bajo, sin apartar los ojos del asterismo—. Que una piedra buena es la que ha esperado la vida entera a alguien capaz de ver lo que guardaba dentro.

—Mi madre decía casi eso. —La voz le salió ronca—. Que toda piedra tiene un alma esperando a alguien que la libere.

Nos quedamos en silencio delante de la estrella, y algo extraño e inmenso me subió por el pecho.

Nuestras mujeres se conocían antes que nosotros. Hablaban el mismo idioma.

Massimo apareció de la nada, como siempre, con dos copas y la chaqueta ya rendida.

—Veinte años. —Le entregó una a Lorenzo e ignoró solemnemente la mía, que ya estaba llena—. Veinte años esperé a que este hombre se equivocara hacia el lado correcto, al menos una vez en la vida. —Levantó la copa en mi dirección—. Ha merecido la pena, dottoressa.

Y, sin ningún «te lo dije», se bebió el contenido y desapareció entre la gente. Massimo nunca se quedaba para el

aplauso.

Nos escapamos de la fiesta antes de medianoche, sin avisar a nadie. Privilegio de los dueños.

El ático olía a salsa.

Ahora la salsa estaba al fuego de verdad: él había aprendido a hacer una, exactamente una, y la hacía mal.

En el fregadero había dos tazas sucias, usadas aquella mañana, la una al lado de la otra. Y el lado izquierdo de la cama, lo sabía sin necesidad de mirar, estaría caliente cuando nos acostáramos.

Fue en la cocina donde dejó de remover la salsa, se secó las manos en el paño y se quedó extrañamente quieto.

Yo conocía aquella quietud. Era la del apuro, la del hombre que nunca aprendió a pedir.

—Iba a hacer esto en la fiesta —dijo—. Con escenario, cámaras, la empresa entera mirando. Luego me acordé de que ya te pedí algo importante en un escenario, una vez. No salió bien.

El corazón se me disparó.

No sacó del bolsillo un estuchito de terciopelo de joyería. Sacó una caja de madera gastada que reconocí al instante, y que me dejó sin aire.

Era la caja de herramientas de mi nonna. La que estaba en mi cuarto de la infancia, en Florencia.

—Se la pedí a tu padre —explicó, ante mi cara—. De hombre a hombre.

Abrió la tapa. Dentro, sobre el terciopelo raído, entre la lupa de latón y la pinza torcida, había un anillo.

Un anillo que yo no había visto nunca en ningún catálogo, en ninguna vitrina, porque no existía en ningún otro sitio más que allí.

Aro sencillo, una piedra pequeña, el trazo un poco torcido de quien dibujó sin saber bien. Y en el centro de la piedra —me incliné para asegurarme, y lo tuve— una estrella minúscula. Un asterismo.

—Me he pasado la vida vendiendo joyas que otros diseñaron. —La voz le tembló por segunda vez en tres semanas—. Esta es mía y está torcida. Es lo primero que hago en la vida sin saber hacerlo. —Y se arrodilló, en la cocina, sin público, de la forma correcta esta vez—. ¿Te casas conmigo así, tal cual? Torcido, con retraso, aprendiendo.

El nudo me subió, la risa vino con él, y la primera lágrima resbaló antes del sí.

—Levanta. —Yo reía y lloraba al mismo tiempo, tirando de él por la camisa—. Levanta, CEO ridículo. Sí. Mil veces sí.

El teléfono le sonó antes incluso de que el anillo me entrara en el dedo.

Bianca. Y, por encima de ella, la voz de mi padre, en la misma llamada, los dos pegados a un aparato a casi trescientos kilómetros de allí.

—¿Y bien? —Bianca, sin aliento—. ¿El hombre se ha arrodillado, o he perdido la apuesta?

—¿Has dicho que sí, piccola? —Mi padre, atropellándola.

Miré el anillo torcido en mi dedo, al hombre aún medio arrodillado riéndose en el suelo de su propia cocina, la salsa a punto de quemarse en los fogones.

—He dicho que sí, papà. —La voz se me quebró—. He dicho que sí.

Más tarde, tumbada en el lado izquierdo ya caliente de la cama, giraba el anillo torcido en el dedo cuando él preguntó en la oscuridad:

—¿Todavía quieres el taller?

—Más que nunca.

Sentí su sonrisa contra mi nuca.

—Estupendo. —Me atrajo más hacia él—. Porque sé de un local.



EPÍLOGO

«Toda la vida temí que las cosas vencieran. El tiempo me pagó el doble de lo que la prisa casi se lleva.»

LORENZO RICCARDI

Dos años después, me había aprendido de memoria el camino a un lugar que no era mío, y fue el mejor camino que he aprendido nunca.

Estaba en una casa de dos plantas con ventanas bajas cerca del Tíber, a dos curvas de un banco de piedra donde, en otra vida, ella se encontraba a escondidas con un informante para intentar probar su propia inocencia.

Me gustaba la ironía. El mismo río que un día fue testigo del asedio corría ahora al otro lado de la ventana mientras ella trabajaba: la misma agua, otra mujer, otra vida.

En la fachada, un rótulo que mandé rehacer en tres versiones antes de que ella aprobara la cuarta: STELLA & ROSA.

La madre que yo perdí pronto y la abuela que ella perdió antes, nuestras dos muertas convertidas en marca, cosidas en el mismo letrero, por fin presentadas la una a la otra.

Yo había encontrado el local.

Recuerdo haberme pasado la tarde entera con la vieja tentación arañándome por dentro: cerrar la compra, entregarlo todo hecho, la llave con un lazo, el gesto grandioso de siempre.

En lugar de eso, le llevé solo la dirección en un papel y me callé.

Tú decides. Yo obedezco.

Tardó tres días en responder, visitó el lugar sola dos veces, discutió el contrato con el dueño sin mi ayuda, y solo entonces dijo que sí.

Fue el sí más difícil de esperar de mi vida. Y el único que valió de verdad.

Dentro olía a metal, a tela y a café. Encimera de madera, lupas colgadas como frutos, cajoncitos con piedras esperando a alguien capaz de leer lo que guardaban dentro.

Y en la pared, enmarcado, mi dibujo torcido del anillo: el aro un poco mal, la estrella mal centrada. Una clienta ya había preguntado el precio. Chiara respondió por centésima vez, sin levantar los ojos de la encimera:

—Es la pieza peor hecha y más cara de la casa. No está a la venta.

Nos habíamos casado hacía un año.

Boda civil pequeña, en Florencia, en el patio de la casa de Giuseppe, detrás de la verja de hierro que chirriaba.

El viejo llevó a su hija del brazo, firme, sin bastón, sin mentir sobre ninguna medicina. Ahora era yo quien le revisaba el pastillero cada semana, por teléfono, de hombre a hombre; se quejaba del control y se tomaba las pastillas igualmente.

Bianca fue la madrina y se pasó la ceremonia entera llorando, jurando que era alergia al ramo. Massimo fue el padrino y consultó el reloj dos veces durante los votos —por costumbre, me aseguró después, no por prisa.

En el brindis, levantó la copa y me miró con más de veinte años de amistad en los ojos:

—No voy a estropear este día con un «te lo dije».

Y no lo estropeó. Fue lo más cerca de un «te lo dije» que llegó en dos décadas, y, viniendo de Massimo, era prácticamente una declaración de amor.

El Gruppo seguía en pie, más limpio que nunca. La colección homenaje de Elena ganó un premio que colgué en el despacho que había sido suyo, no en el mío.

Tommaso se convirtió en proveedor oficial de procedencia de la casa: el ex buscador de piedras que autenticaba mentiras por dinero ahora sellaba verdades por contrato.

El ladrón de llaves se hizo cerrajero, pensé una vez, y casi lo dije en voz alta.

No todo se había vuelto santo, es verdad.

Yo aún me despertaba de madrugada con la vieja manía de resolverles la vida a los demás antes del café; aún me mordía la lengua tres veces al día para no decidir por ella lo que no me correspondía decidir.

La diferencia es que ahora me la mordía. Antes, hablaba.

Una caja fuerte que se abre una vez, se abre otra, me había dicho mi suegro una vez, en una cocina de azulejo gastado. Solo se

le olvidó avisar de que abrirla da trabajo cada santo día.

Aquella tarde, llegué sin avisar, como siempre, solo por el placer de llegar.

Estaba inclinada sobre la encimera, la lupa de latón de la nonna encajada en el ojo, el cuello ladeado sobre un zafiro en bruto, el pelo castaño cayéndole a un lado.

Exactamente como el día en que la vi, por primera vez, leer una estrella dentro de una piedra —en un laboratorio, años atrás— y supe, sin tener el valor de admitirlo, que ya estaba perdido.

Me detuve en la puerta solo para mirarla.

Dos años, y todavía me deja sin aire.

—Sé que estás ahí, signor Riccardi. —No se volvió, pero la sonrisa estaba en la voz—. Respiras como dueño del edificio.

El trato que un día había sido un muro entre nosotros era ahora una broma de casados: nuestra manera torcida de decir te quiero.

Crucé el taller, me detuve detrás de ella, y por fin bajó la lupa y se volvió. Cogió mi mano —la misma que un día firmó su sentencia y después dibujó un anillo torcido— y la posó, despacio, contra su propio vientre.

Tardé un segundo en entenderlo, y luego me quedé sin aire de golpe.

—Ahora somos dos aquí dentro que te necesitamos. —Los ojos castaños le brillaban, y su voz me devolvió, cerrada en círculo, la frase que yo había susurrado en una terraza de Amalfi cuando aún no tenía el valor de decir el resto—. Duerme tranquilo esta noche, papà. Nosotros hacemos guardia.

Cuarenta y dos años. Padre primerizo.

Iba a ser, de sobra, el padre más viejo de aquel parque infantil. Y, con diferencia, el más puntual: ya estaba calculando el

trayecto hasta la maternidad, el segundo trayecto alternativo, y el tercero, por si a Roma le daba por cortar una avenida el día equivocado.

Chiara leyó el cálculo en mi cara, como leía todo en mí, y se rió.

—Ya estás planeando la ruta, ¿verdad?

—Tres rutas —admití—. Y una reserva de helicóptero.

—Lorenzo...

—He dicho reserva. No he dicho que vaya a usarla. —Apoyé la frente en la suya—. Probablemente.

La atraje hacia mí, con un cuidado redoblado ahora, le besé lo alto de la cabeza, y la estrella enmarcada en la pared nos miró desde arriba como una vieja testigo.

Yo fui un hombre que se pasó la vida entera encerrando todo lo que amaba en cajas fuertes, en la oscuridad, donde nadie pudiera alcanzarlo para robarlo.

Y la mujer a la que acusé de robo fue quien me robó, una a una, todas mis llaves. Que no me devuelva nunca, nunca, ninguna...

FIN

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0H4C2VMSJ

«Su padre murió dejando una deuda de cuatro millones de euros. Y ahora, señorita Ricci, esa deuda es suya.»

Tres semanas después del entierro de mi padre, un abogado llamó a mi puerta y desmoronó la única versión de mi vida que conocía.

Cuatro millones doscientos mil euros de deuda. Fondos desaparecidos. Siete años de secretos escondidos detrás de la sonrisa del hombre más íntegro que jamás conocí.

Mi padre era contable. Vivía con prudencia. Y aun así se marchó dejándome una cifra imposible y un nombre que nunca habría imaginado cruzar.

Matteo Valenti.

Propietario de un banco privado que su familia construyó a lo largo de cuatro generaciones. Un hombre al que toda la ciudad respeta y al que nadie se atreve a desafiar. Frío, dueño de sí mismo, capaz de leer a las personas como quien lee un contrato — línea por línea, hasta lo que no está escrito.

Fui a verlo para negociar. Un aplazamiento. Cualquier cosa que no implicara perder la casa en la que crecí.

Él me miró como si ya me conociera. Como si llevara años esperándome.

Y entonces me hizo su propuesta: cinco años de contrato, bajo su supervisión. A cambio, mi casa, mi apellido y lo que queda de la memoria de mi padre.

Firmé — porque era lo único que me quedaba por hacer.

Pero cuantos más días paso a su lado, más comprendo que Matteo Valenti no me salvó solo para saldar una deuda.

Me mira como si yo guardara una respuesta que lleva años buscando. Y yo, que debería odiarlo con todas mis fuerzas…empiezo a olvidar por qué.

✓ **Romance Intenso y Emocional**

✓ **Diferencia de Edad**

✓ **Contrato / Deuda**

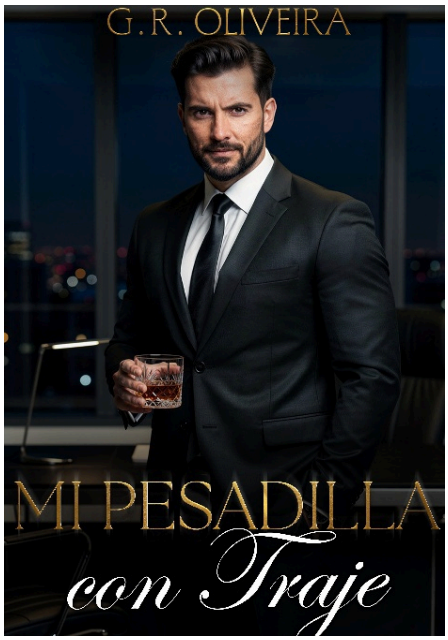
✓ **CEO Millonario**

✓ **Jefe / Empleada**

✓ **Secretos de Familia**

✓ **Tensión Romántica**
✓ **Slow Burn**

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0H31RJ7KP

Es arrogante. Insoportable. El peor jefe que podría haberme imaginado. Y, joder, también es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

LUIZA GOULART

He luchado durante años para llegar donde estoy.

Directora General en GCR Turismo, la agencia de mis sueños, después de dejar un puesto cómodo en Argo's para buscar algo que fuera realmente mío. Carrera en pleno crecimiento, autoestima por las nubes, vida social envidiable. Todo perfecto.

Hasta que llega él.

Victor Hugo. El nuevo CEO. Tatuajes que asoman bajo el cuello de la camisa, sonrisa de chulo y una arrogancia que roza lo ridículo. Parece sacado de una sesión de fotos, pero se comporta como si el mundo entero le debiera favores.

Me llama por un nombre que no es el mío. Me trata como si fuera su secretaria personal. Y lo peor: me mira con esa sonrisa imposible de descifrar, como si supiera exactamente el efecto que me provoca.

No lo soporto. Y el problema es que no consigo dejar de pensar en él.

VICTOR HUGO

Trabajo con resaca. Insulto a mis empleados sin pensármelo dos veces. Me visto como me da la gana y hablo como me apetece. Soy el peor director ejecutivo que GCR Turismo ha tenido jamás — y me importa absolutamente nada.

Al menos, no me importaba. Hasta que la conocí.

Luiza Goulart. La directora general. La mujer que me planta cara como nadie se ha atrevido nunca, que no se deja impresionar ni por mi apellido ni por mi cuenta bancaria, y que tiene esa boca insolente que me dan ganas de hacer callar de todas las maneras posibles.

Ella me odia. Y me lo dice a la cara.

Debería dejarla en paz. Debería centrarme en el trabajo. Debería dejar de provocarla solo para ver cómo le brillan los ojos de rabia. Debería. Pero no lo voy a hacer.

—Eres insoportable.

—Lo sé. Por eso sigues hablando conmigo.

—¡Hablo contigo porque eres mi jefe!

—No, guapa. Hablas conmigo porque te divierte. Exactamente igual que me divierte a mí.

- ✓ **Enemies to Lovers**
- ✓ **Jefe / Empleada**
- ✓ **Héroe arrogante e irreverente**

- ✓ **Heroína fuerte que no se deja pisar**
- ✓ **Tensión verbal y química explosiva**
- ✓ **Forced Proximity en la oficina**
- ✓ **Bad Boy tatuado**
- ✓ **Slow Burn**

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0H1JQVT45

Una noche. Un desconocido. Una promesa silenciosa de no volver a verse jamás. Diez años después, él entra en su despacho.

BEATRIZ FONSECA

Tenía dieciocho años cuando lo conocí en una playa de Florianópolis.

Sin nombres. Sin promesas. Sin preguntas.

Solo una mirada azul cargada de heridas que no supe descifrar, un beso que me cambió para siempre, y una frase susurrada antes de que desapareciera en la noche: «Gracias por salvarme.»

Nunca volví a verlo. Construí mi vida sin él — estudios, carrera, un puesto ganado con esfuerzo en la empresa de mi padre. Aprendí a no esperar a nadie.

Hasta que mi padre me presenta al nuevo director de Argo's.

Y es él.

Daniel Falcão. El mismo hombre. Los mismos ojos azules. Solo que ahora lleva un traje hecho a medida, dirige un imperio y arrastra una frialdad que quema más que cualquier palabra.

Me ha reconocido. Lo sé. Pero finge que soy una desconocida. Y no sé si quiero entender por qué.

DANIEL FALCÃO

Me convertí en el hombre que soy destruyendo todo aquello que pudiera hacerme vulnerable.

Sin amigos cercanos. Sin ataduras. Levanto empresas al borde del abismo, reescribo las reglas, me marcho antes de que alguien pueda acercarse demasiado.

Beatriz Fonseca era la única excepción que me había permitido. Una sola noche, hace diez años, cuando aún era un chico roto que no sabía cómo transformar el dolor en armadura.

Ahora es la hija de mi nuevo jefe. Y la mujer que cada mañana entra en mi despacho con esos ojos verdes y me recuerda exactamente por qué nunca debí volver a Florianópolis.

Mis reglas son claras: no mezclar trabajo y deseo. No dejar que el pasado vuelva a la superficie. No enamorarme.

Tres reglas. Estoy a punto de romperlas todas.

—No puedes mirarme así.

—¿Y cómo te estoy mirando?

—Como si me conocieras de toda la vida.

—Es que te conozco, Beatriz. Desde hace mucho más tiempo del que imaginas.

✓ **Segunda Oportunidad**

✓ **CEO Carismático e Inaccesible**

✓ **Él Se Enamora Primero**

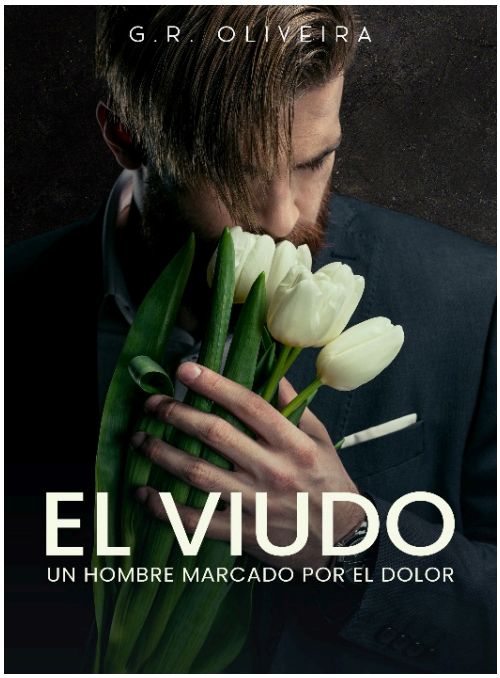
✓ **Jefe / Empleada**

✓ **Tensión Sexual Extrema**

✓ **Héroe con Pasado Oscuro**

✓ **Slow Burn Intenso**

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.
Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él.
Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.
A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

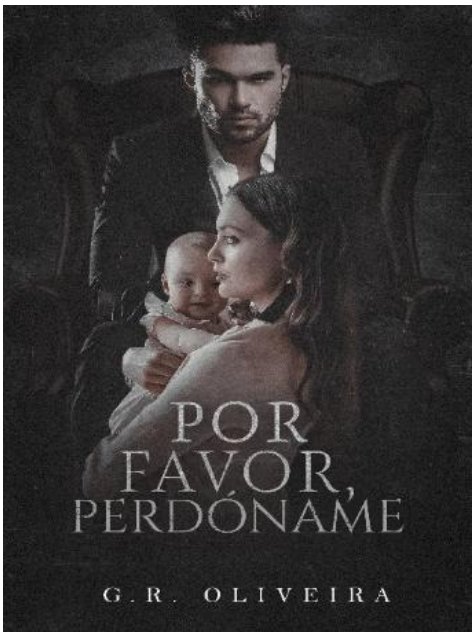
Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser

humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!
—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…
—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?
Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.
—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!
Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

NOTA DEL AUTOR



Espero que disfrutéis de la lectura y os divirtáis con esta nueva historia. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si te ha gustado la historia, deja tu valoración.

Vuestra valoración es muy importante para mí en este camino de intentar ofrecer momentos cada vez mejores a mis lectores, y hace que aprenda un poco más con cada libro.

Muchas gracias a todos los que le habéis dado una oportunidad a esta historia, y espero que disfrutéis de las próximas.

INSTAGRAM

FACEBOOK